coralia press

Cómo Atrapar a un HIGHLANDER por NAVIDAD



Serie *Highlanders* 6

ANNA CAMPBELL

Cómo atrapar a un Highlander por Navidad

Serie Highlanders
Vol. 6
Anna Campbell



Capítulo 1

Castillo de Bruard, Tierras Altas Occidentales de Escocia, diciembre de 1728

Dougal Drummond de Bruard había comprendido hacía tiempo que había nacido para un destino extraordinario. Desde el momento en que tuvo edad suficiente para conocer el mundo y el lugar que ocupaba en él, se había dado cuenta de que estaba en esta tierra para llevar a cabo audaces hazañas y ganar una gran gloria para su orgulloso clan.

Cien años atrás, o incluso cincuenta, esa gloria habría significado asestar un golpe decisivo a los enemigos ancestrales de los Drummonds, los Mackinnon. Pero gracias a su padre y a Callum Mackinnon, *laird* de Achnasheen, la paz había reinado en aquellas salvajes cañadas de las Highlands durante más de veinticinco años. Así que no había gloria que ganar reanudando la disputa. Por no mencionar que, con tantos matrimonios mixtos entre los antiguos enemigos mortales, probablemente estaría matando a un pariente si empezara ahora a asesinar Mackinnons.

De hecho, esta Escocia en la que vivía era demasiado pacífica para su gusto. Sobre todo, porque no tenía ningún interés en involucrarse en las guerras dinásticas entre los Estuardo y los Hannover. Le parecía demasiado sórdido y mundano para alguien de sus elevadas aspiraciones.

En cambio, todos sus sueños pertenecían a una época anterior, más sencilla, en la que un hombre podía demostrar su valía en el campo de batalla o siendo un caballero errante. Dougal no podía evitar sentir que había nacido en la era equivocada. Su alma anhelaba formar parte de las historias de su muy leído ejemplar de *Le Morte d'Arthur*. Quería cabalgar con sir Lancelot y sir Gawain. Quería enderezar entuertos, matar dragones y rescatar princesas de sus torres. Quería ser un caballero galante, valiente, firme y leal.

Sobre todo, quería hacer algo extraordinario. Algo que requiriera cada gramo de su fuerza, corazón y coraje. Algo que le deparase peligros, sacrificios y sufrimiento. Algo trascendental, heroico y arriesgado.

Algo digno de convertirse en leyenda.

Pero en estos tiempos en que primaban la política, la diplomacia y el dinero, las Tierras Altas se habían vuelto tristemente civilizadas. Y eso era suficiente para desesperar a un muchacho como él, lleno de valor, inquietud y ambición.

Hasta que, en un día de invierno, cuando tenía veinticuatro años, oyó a un hombre hablar de la Bella Ellen de las Islas, y se dio cuenta de que la era de la caballería no había desparecido del todo.

Kirsty Macbain detuvo a Nevis, su caballo, en el promontorio que protegía el pequeño puerto de Askaval, la isla de su padre. Debajo de ella, el amanecer de finales de invierno ofrecía un espectáculo inesperado. El cielo y el agua estaban teñidos de rosa bajo el sol naciente, pero, a diferencia de la mayoría de los otros días en que ella había hecho este viaje, el mar salvaje no

estaba desierto.

En el agua se zarandeaba un pequeño velero que había sufrido lo peor de la violenta tormenta de la noche anterior. Le faltaba la mitad del mástil y había perdido las velas. De lo que quedaba de la jarcia colgaban jirones de tela blanca y sucia. Abordo, un marinero solitario avanzaba entre las olas con unos remos y una pequeña vela improvisada, hecha con una camisa rasgada que había atado al muñón del mástil. A pesar de la distancia, Kirsty pudo ver que el marinero era un muchacho fuerte y que su abundante pelo rojo brillaba como un estandarte resplandeciente bajo la intensa luz.

Kirsty espoleó a su montura a lo largo del estrecho sendero que conducía al puerto. Los visitantes de Askaval eran lo bastante raros como para despertar su curiosidad, aunque no necesitó comprobar que el forastero estaba ileso. Los daños causados por la pasada tormenta lo rodeaban todo. Había nasas de pesca esparcidas por todas partes y el tejado del Aprisco de Bruce había volado por los aires. También había ramas caídas de árboles frutales desnudos y algunas vallas rotas.

Podría haber sido más grave aún. La alta colina que había a sus espaldas había mantenido al pueblo a salvo de mayores estragos. Pero le daba miedo pensar en lo mala que debió de haber sido la borrasca en alta mar. Fuera quien fuera el hombre de la barca, tenía que ser un buen marinero para haber sobrevivido a los vendavales y a las corrientes de una tempestad invernal en las islas Hébridas.

Un marinero valiente, aunque no el más sabio.

¿Quién se embarcaría en un barco tan pequeño en mares tan peligrosos en los meses más oscuros del año? Faltaba menos de una semana para Navidad. Cualquier hombre sensato estaría acurrucado junto a la chimenea con una copa en sus manos para mantener el frío lejos de sus huesos. Lo que fuera que había empujado a este extranjero a realizar este viaje, debía de ser muy importante.

Para cuando Kirsty detuvo a Nevis en el muelle de piedra, la pequeña embarcación ya estaba firmemente amarrada a una pesada argolla de hierro incrustada en el muro, cerca de los escalones que conducían al agua. A Kirsty, el estilo de la nave no le resultaba familiar: el casco era alargado y de poco calado, con la proa y la popa puntiagudas, lo que hacía que el barco fuera estrecho en los extremos y más ancho en el centro. Kirsty se preguntó de nuevo cómo había sobrevivido aquel forastero a la tormenta en algo que parecía tan frágil.

Desde su posición a lomos de su caballo, Kirsty estudió al recién llegado. Él estaba de espaldas a ella, mirando hacia la popa mientras guardaba los remos. Su cabello rojo se agitaba por el viento, acariciando sus anchos hombros. Una camisa que antes había sido blanca, tan maltrecha como la que pendía del mástil, se ceñía a su poderosa espalda. Unos ajustados calzones de cuero marrón revelaban la forma de sus estrechas caderas y largas piernas. Las botas negras que calzaba estaban llenas de arañazos, pero eran de buena calidad.

Kirsty se deslizó de la silla de montar y se colocó en el borde del muelle, justo por encima del desconocido.

—¿Está herido? —le preguntó.

El hombre se enderezó y se volvió hacia ella. Al levantar la cabeza, se encontró la mirada preocupada de Kirsty. Esta vio que él no parecía no tener problemas para mantener el equilibrio sobre el barco que se balanceaba. El mar seguía tan agitado que, incluso en este puerto normalmente tranquilo, las olas agitadas sacudían con fuerza la embarcación.

Quedó atrapada por unos ojos azul oscuro, cargados de cansancio, pero con un atisbo de sonrisa en sus profundidades. Y así, tan rápido como un relámpago, Kirsty se enamoró.

—*Och*, solo unos rasguños y moretones. Fue una noche dura, señora. Mi pequeña nave está en un estado mucho más triste que yo.

Kirsty apenas escuchó una palabra de lo que él dijo. Estaba demasiado ocupada memorizando cada detalle de la apariencia del recién llegado. En sus diecinueve años, nunca había visto un hombre como él. Sus rasgos parecían esculpidos por un maestro escultor. Frente noble. Nariz recta y aristocrática. Una boca amplia y flexible que, como sus ojos, insinuaba sonrisas. Y una mandíbula cuadrada.

Dios Santo, ¿quién era él? Fuera quien fuese, haría llorar a Miguel Ángel. Aunque Askaval recibía muy pocas visitas, ella había visto suficientes hombres como para reconocer que este era un ejemplar realmente único.

Él le dirigió su profunda mirada mientras se ponía un abrigo. Eran del mismo azul intenso de los jacintos que cubrían los bosques alrededor de la casa de su padre en primavera, convirtiéndolos en un paraíso. Las cejas marcadas y expresivas, de un rojo más oscuro que su espectacular cabello, se fruncieron con preocupación.

—¿Señora?

El calor inundó las mejillas de Kirsty. ¿Qué demonios le pasaba? Debía de estar mirándolo como una tonta. El corazón le latía como un tambor, y se sentía vulnerable a todo lo que la rodeaba, como si le faltara la piel.

—Le ruego que me disculpe, señor. —Kirsty maldijo su traidora tartamudez—. No estamos acostumbrados a recibir visitas, aquí en Askaval.

—¿Askaval? —preguntó él con una voz profunda que resonaba como un trueno lejano y a la vez suave, mientras saltaba del maltrecho barco a los escalones, con una gracia que hizo que a Kirsty le diera un vuelco el corazón—. ¿Estoy en Askaval?

—Sí —le respondió, aunque cualquier otra palabra se le quedó atrapada al verlo subir hasta colocarse justo frente a ella.

Kirsty alzó la cabeza. Y luego la alzó un poco más. Por todos los santos, aquel hombre era un gigante.

Ella era de baja estatura. Su padre la llamaba «mi pequeña ardilla». Pero, al lado de este joven Hércules, se sentía diminuta. Su padre era un hombre corpulento, con más de un metro ochenta de estatura, pero este muchacho de cabello de fuego lo superaba por unos cuantos centímetros más.

Ahora que estaban al mismo nivel, los hombros de él parecían aún más imponentes. Y ese tono de zafiro en su mirada resultaba aún más extraordinario de cerca, rebosante de inteligencia, vitalidad y calidez.

Parecía un héroe sacado de un antiguo relato, como Jasón, Teseo o Héctor. Incluso hablaba como un héroe, con una voz profunda y rica. No era de extrañar que una simple tormenta no hubiera podido vencerlo.

—Me alegra saberlo, señora. —Una sonrisa torcida curvó esa maravilla de boca, dibujando atractivas líneas alrededor de sus ojos—. ¿Y dónde queda exactamente Askaval?

Ella le devolvió la sonrisa. Imposible hacer otra cosa, en realidad. Para entonces, su atolondrado corazón había dejado de dar saltos. Ahora palpitaba de forma animada, como su padre en la fiesta de Navidad después de unos cuantos tragos.

—Estamos al suroeste de Islay —le explicó.

—Entonces estoy a unos buenos ciento cincuenta kilómetros fuera de rumbo. —El músculo de su mejilla acentuó un pómulo tan afilado como una nota clara de flauta—. El viento me ha llevado al sur y al oeste cuando quería ir al norte. Supongo que he tenido suerte de que este

vendaval no me haya arrastrado hasta América.

Otra sonrisa resignada hizo que aquel rostro, de una belleza imposible, se volviera aún más hermoso. El estómago de Kirsty se tensó al sentir un placer tan intenso en su presencia que casi le dolía.

Un simple soplo de viento había decidido su propio destino. Ese pensamiento la hacía demasiado consciente de la fragilidad de su actual felicidad. Si la tormenta de la noche anterior hubiera soplado unos grados más al norte o al este, este prodigio de la creación podría haber terminado en la costa de alguna otra afortunada doncella.

—¿Adónde iba usted? —preguntó Kirsty, intentando reprimir la ansiedad en su voz.

Una mirada distante suavizó el azul de sus ojos. Aunque él se encontraba solo a unos pasos, ella tuvo la extraña y poco bienvenida sensación de que su mente vagaba por tierras lejanas, como si ni siquiera pensara en ella en ese momento.

Dougal pronto volvió a enfocarse en Kirsty, como si algo lo hubiera devuelto al presente.

—Voy rumbo a las Innishes.

Kirsty frunció el ceño.

—¿Las Innishes?

—Sí, al noroeste de Lewis. Las islas Innish Mor e Innish Beag.

Él hizo una pausa, como esperando alguna reacción, pero ella jamás había oído hablar de esos lugares.

—Perdone, señora. Permita que me presente. Soy Dougal Drummond, de Bruard.

Se inclinó en una reverencia con una elegancia deslumbrante. Para ser un hombre tan grande y robusto, se movía con una ligereza asombrosa, como un bailarín.

De forma instintiva, Kirsty le respondió con otra inclinación y solo entonces recordó cómo iba vestida. Sintió una oleada de vergüenza y contuvo un gemido.

Se había preparado para un día de trabajo duro, con una blusa suelta y una chaqueta corta de lana negra. Pantalones y botas completaban su atuendo poco femenino. En Askaval, era la mano derecha de su padre, y resultaba más práctico moverse por la isla en ropa cómoda de hombre. Esa mañana, se había recogido el espeso cabello oscuro en una trenza desordenada, que ya estaba deshecha por el viento. Los isleños estaban acostumbrados a su apariencia y maneras, pero, para los ojos de un extraño, debía de parecer terriblemente poco femenina, incluso antinatural.

Sin embargo, hasta el momento, Dougal no había mostrado el menor signo de desaprobación. Estaba claro que este modelo de belleza masculina era también un ejemplo de buenos modales.

Kirsty jamás había deseado que un hombre la encontrase bonita. Pero, allí de pie, deseó estar envuelta en seda y perlas, y saber coquetear. Lo deseaba tanto, que el anhelo era perturbador. Aunque podía manejarse perfectamente con una oveja problemática o una red de pesca enredada, no tenía ni la menor idea de cómo atraer la atención del sexo opuesto. Y, por primera vez en su vida, deseaba con desesperación que un hombre la mirara con deseo.

—¿Y puede decirme con quién tengo el placer de hablar, señora?

Tal vez él fuera un modelo de buenos modales, pero estaba claro que ella no. Debería haberle dicho su nombre de inmediato, pero la primera visión de él la había dejado aturdida por completo, haciendo que olvidase todo su sentido común.

—Soy Kirsty Macbain. —Notó cómo el color subía de nuevo a sus mejillas mientras respondía—. Mi padre, Augustus Macbain, es el *laird* de esta isla.

El señor Drummond se inclinó de nuevo.

—Encantado de conocerla, señorita Macbain.

«Ojalá fuera cierto y no solo pura cortesía». Kirsty reprimió un suspiro.

—Permita que lo lleve a casa —dijo ella, y casi fue un alivio empezar a pensar en cosas prácticas—. Después de la noche que ha pasado, estoy segura de que apreciaría un baño caliente, una buena comida y una cama.

—Sí, gracias. —Esa sonrisa encantadora volvió a aparecer—. Acepto con gusto, y tal vez su padre pueda proporcionarme los materiales para reparar mi nave. Me gustaría partir tan pronto como pueda, sobre todo, ahora que el tiempo parece haberse calmado tras la tormenta.

«¿Partir tan pronto como fuera posible?» Esas palabras hicieron que el frágil castillo de sueños de Kirsty se desmoronara y se convirtiese en polvo.

Porque si Dougal se hubiera sentido tan impresionado por ella, como ella lo estaba por él, no estaría hablando de una rápida partida. Estaría hablando de quedarse el tiempo necesario para dejar huella en ella. Kirsty no sabía de coqueteos, pero sí sabía que si un hombre se interesa por una mujer, no tiene prisa por zarpar para escapar de su lado.

«Kirsty, pequeña tonta, ¿por qué iba un hombre como él a fijarse en ti? Solo para ver que tienes modales toscos, que pareces una granjera y que tu pelo está tan enmarañado como un nido de águilas».

Le ordenó a la voz venenosa que se callara. «No me importa. Hoy no se ha fijado en mí de esa forma, pero eso no significa que no lo haga en el futuro. Papá dice que me parezco a mamá, y todos me dicen que ella era muy hermosa. Tal vez, si me pongo un vestido y me lavo la cara, y le pido a Lucy que me arregle el pelo y…»

Pero para entonces, Dougal Drummond ya se habría ido.

—¿Dónde está Bruard? —preguntó ella, vacilante.

—En el interior de Skye, bastante al norte de aquí.

Así que no había ninguna posibilidad de que volvieran a encontrase una vez que él se marchara.

Y ese misterioso Innish, a donde él quería llegar, estaba aún más lejos.

Después de que la tempestad, o el destino, lo llevase hasta ella como un regalo, ahora, ambos parecían empeñados en llevárselo de nuevo. Qué crueldad…

—¿Dejó usted a su esposa en Bruard?

Kirsty temía estar siendo demasiado obvia, pero la rápida respuesta de él no indicó que cuestionara sus motivos para preguntar.

—No, *lassie*, no estoy casado. Todavía no.

Fue un alivio. Al menos no había una señora Drummond en Bruard que tuviera su corazón.

—¿Tiene familia en Innish?

La expresión lejana volvió a aparecer en su mirada.

—No.

Kirsty tuvo una horrible sospecha: quizás había una dama en Innish, alguien que pudiera competir por su afecto. Cuando él mencionó el matrimonio, ese «todavía no» le sonó como una promesa para el futuro, aunque intentara no darle importancia.

Se dijo a sí misma que era una locura pensar que él era el hombre perfecto para ella después de aquel único y breve encuentro. Pero su obstinado corazón se negaba a escuchar razones. Al mirar a Dougal Drummond, algo dentro de ella clamaba que debía ser suyo.

A su alrededor, el pueblo y el pequeño puerto comenzaban a despertar. En esta época del año, la pesca era escasa, pero en un día despejado como este, aunque frío, los ancianos del lugar disfrutaban sentándose frente a la pequeña taberna para pasar el tiempo. Johnny Garrett ya se había instalado en su banco de siempre y observaba a Kirsty y al señor Drummond con una curiosidad descarada. La llegada del extraño pronto sería tema de conversación en toda la isla, y

Kirsty no dudaba de que los isleños adivinarían la razón del rubor de ella y de su nerviosismo.

—La casa está al final del pueblo —dijo Kirsty—. ¿Quiere acompañarme ahora, señor Drummond?

—Será un placer, señorita Macbain. Y le agradezco su amabilidad con este desconocido que ha llegado a su isla por azar.

—Es la hospitalidad habitual en las Highlands —respondió ella, quitándole importancia—. Estoy segura de que, si yo llegara a Bruard, usted haría lo mismo por mí.

¿Y si ella lo siguiera hasta su hogar, buscando una excusa para provocar otro encuentro? Pero ¿de qué le serviría, si su corazón ya estuviese ocupado?

«Pero debe ser mío», insistía esa pequeña voz en su interior.

«No, él va a marcharse. Y no volverá jamás. Y alguna mujer de Innish disfrutará de sus besos, de sus dulces palabras y de sus sonrisas, mientras yo me quedo aquí, sola y desolada, en Askaval», pensaba después.

La vida, simplemente, no era justa.

Capítulo 2

Dougal observó a la inusual lassie caminar delante de él, llevando a su poni de las riendas. Nunca había visto a una muchacha vestida con ropa de chico. El efecto debería haber sido impactante, pero había algo en la forma en que los pantalones de ante se ajustaban a sus gráciles curvas que lo fascinaba. Lo cual era curioso, porque hasta ahora su gusto en mujeres había tendido hacia lo delicado, lo femenino y vulnerable. Esas muchachitas encantadoras que apreciaban el brazo fuerte de un hombre que las sostuviera mientras tropezaban por la vida.

Su mirada se quedó fija en el vaivén de las caderas de la señorita Macbain, hasta que recordó que él era un caballero en una misión sagrada, y que desear a doncellas de curvas insinuantes y ropa ajustada no era propio de su noble causa.

Le costó más de lo que debería apartar su atención para observar los alrededores. Y justo a tiempo, además.

La señorita Macbain se giró para comprobar su avance.

—Estoy segura de que estará deseando una comida caliente, señor Drummond.

Las casas dispuestas en hilera junto al muelle estaban bien cuidadas y en perfecto orden. Una de ellas parecía ser una especie de posada, a juzgar por los ancianos sentados fuera, con jarras de cerveza en la mano. Todos saludaban a su peculiar guía, y ella respondía con una soltura que dejaba entrever una relación cordial y amistosa entre el *laird* y sus arrendatarios.

Los barcos amarrados en el puerto se encontraban también en buenas condiciones. Los campos que se extendían por las colinas estaban delimitados por cercas en buen estado, y las ovejas, con su denso pelaje de invierno, se veían gordas y saludables. Había algunos destrozos debido a la tormenta, pero Dougal pudo ver que cualquier daño había sido superficial.

—¿Tiene hambre, señor Drummond?

—*Aye*,[1] *lassie*, si le echara un poco de salsa a mi barco, me lo comería de un bocado —respondió él con una sonrisa al alcanzarla.

Ella rió.

—Tuvo suerte de llegar a la orilla —dijo Kirsty.

—Sí —convino él con emoción, disimulando un estremecimiento al recordar la lucha por mantener el *Kestrel* a flote y en rumbo contra las olas furiosas y el viento aullante. El fuerte crujido cuando el mástil se rompió aún resonaba en sus oídos—. Y también ha sido una suerte que los daños no sean graves.

—Debe de tener un motivo importante para navegar hacia len Innish Beag en pleno invierno, a pocos días de Navidad. Las islas occidentales son traicioneras en diciembre por las intensas tormentas.

En realidad, Dougal había tenido tiempo de arrepentirse de su impulsiva decisión de zarpar en Bruard en cuanto concluyó que rescatar a la Bella Ellen era su destino. Cuando el casco del barco comenzó a filtrar el agua suficiente para ahogar a un elefante y perdió toda noción de hacia dónde iba, él se preguntó si tal vez el rescate de la Bella Ellen podría haber esperado hasta que

llegara el buen tiempo.

Su madre y su padre le habían acusado de ser temerario por salir sin preparativos y sin alguien que lo acompañara. Y luego le dijeron cosas peores por haberse embarcado en un pequeño barco de vela, en lugar de en una nave más sólida.

Pero él estaba seguro de su capacidad para afrontar el mar. Había pasado la vida navegando desde Achnasheen con sus primos Mackinnon. Él era joven, fuerte y estaba lleno de convicción. Su misión era noble, así que Dios lo llevaría sano y salvo hasta Innish Beag.

Todo esto le había sonado muy bien cuando tenía los pies en tierra firme. Pero después le pareció demasiado peligroso cuando estuvo a punto de hundirse en el fondo del mar.

Sin embargo, había llegado al puerto, magullado, pero vivo. Aunque estaba a más de ciento cincuenta kilómetros de donde había empezado su viaje, y necesitaba hacer reparaciones importantes antes de poder reanudarlo.

Cuando él y la señorita Macbain entraron por unos portones de hierro forjado abiertos y siguieron un camino flanqueado de olmos que conducía a una elegante mansión de ladrillo, quedó claro que el *laird* de esta isla remota vivía con cierto lujo.

Todo en aquella propiedad parecía elegante y refinado.

Todo, salvo la hija del *laird*, con su ropa masculina. En Bruard y Achnasheen, las *lassies* solían ser independientes. Pero Dougal no podía imaginarse a ninguna de ellas atreviéndose a pasearse vestida como un chico.

Sin embargo, aquel atuendo revelador no conseguía que la señorita Macbain pareciera un chico. Más bien, Dougal era más consciente del cuerpo femenino bajo aquellas prendas ceñidas, que si ella hubiese llevado una falda y un blusa, como el resto de las muchachas.

No pudo evitar que su mirada siguiera las líneas esbeltas de su espalda y sus hombros, perfilados bajo la chaqueta corta, la estrecha cintura que él podría abarcar con ambas manos, las piernas torneadas y los pies enfundados en botas, que pisaban el camino empedrado con una arrogancia que no había visto nunca en una mujer. Con cada paso, la gruesa trenza negra rebotaba entre sus omóplatos con un ritmo descarado que hacía que el corazón se le acelerase.

Todo en esa chica lanzaba un desafío. Su primera impresión de la señorita Kirsty Macbain era la de una energía apenas contenida. Incluso después de ese fugaz encuentro, le sorprendía cómo el aire parecía chispear a su alrededor. Cuando sus inusuales ojos grises se posaron en él por primera vez, parpadeó, asombrado, a pesar de haber sufrido una noche tan agotadora que levantar la mano le parecía como mover un yunque.

Era una muchacha sorprendente, incluso si uno ignoraba su excéntrica apariencia. Ella era de baja estatura, compacta y llena de curvas. Su rostro estaba hecho de ángulos intrigantes, con unas cejas negras y rectas, nada dispuestas a comprometerse. Una mandíbula decidida y una nariz recta, algo altiva, salpicada de un desconcertante rocío de pecas.

En su corazón, Dougal ya sabía cómo era la Bella Ellen. Las historias le habían dado suficientes pistas. Pálida, frágil y dulce, ansiosa por adorar al hombre que la salvara de sus penas.

No podía haber una mujer más alejada del aspecto que él había imaginado de la Bella Ellen que esta joven animada, que lo guiaba hacia la parte trasera de la casa, donde había unas caballerizas tan bien cuidadas como todo lo que él había visto en la isla hasta ahora.

—Aquí, en Askaval, no somos ceremoniosos —dijo ella, conduciendo su caballo al interior de un amplio establo. Las caballerizas estaban a mitad de su capacidad, aunque un par de animales asomaron sus cabezas por encima de las puertas para ver qué ocurría.

—¿Le importaría que entremos por la cocina? —preguntó la joven—. Rara vez usamos la puerta principal. Podría llamar para que una de las doncellas nos abra, pero en este momento

están ocupadas horneando pan

Dougal pensó que Bruard era más grande y formal que Askaval, pero él estaba acostumbrado a un recibimiento más familiar cuando visitaba el castillo de su primo Callum, en Achnasheen.

—Le agradezco su hospitalidad —dijo él, pasando junto a ella para desensillar el caballo—. No hace falta que se tome ninguna molestia.

—Creo que su visita causará revuelo —dijo Kirsty—. No recibimos muchas. La isla está demasiado apartada de las rutas de navegación habituales.

—Será una novedad pasajera. No estaré aquí el tiempo suficiente para interrumpir su rutina. Me iré en cuanto pueda y todos podrán volver a su vida tranquilida. —Dougal inclinó la cabeza hacia la silla que sujetaba en sus manos—. ¿Dónde la pongo?

La señorita Macbain levantó la vista desde donde llenaba el pesebre con avena.

—La guarnicionería está por allí —dijo, haciendo una pausa para quitarle el bocado al caballo y entregárselo a él—. Gracias por su ayuda.

Cuando Dougal regresó, ella estaba cepillando al caballo para limpiarlo. A él le costaba evitar mirar cómo se marcaban sus curvas bajo esas prendas reveladoras mientras realizaba la sencilla tarea.

—¿No tiene usted un mozo que haga esto por usted? —preguntó Dougal, tratando de disimular un leve toque de irritación. No era culpa de la muchacha que él la encontrara tan desconcertante.

La señorita Macbain lo miró, sorprendida.

—Tienen cosas más importantes que hacer que atender a mis caprichos. Ya se lo dije, aquí no somos ceremoniosos. Es una isla pequeña, con poca gente. La mayoría nos apañamos solos cuando podemos.

—Pequeña, pero próspera —comentó Dougal, apoyándose en la pared mientras la observaba, aunque no quisiera hacerlo. Nunca había conocido a una *lassie* que llamara la atención como lo hacía ella, aunque no era precisamente bonita, al menos no en el estilo pálido y dulce, con mejillas rosadas y labios rellenos que solía atraer a los hombres.

—Sí, mi padre es un buen terrateniente, y tenemos la suerte de contar con pastos ricos. En primavera, la mayoría de nuestras ovejas paren dos corderos, y algunas hasta tres. En las islas cercanas, el cordero de Askaval tiene muy buena reputación.

—En Bruard es la lana —dijo él—. Y el ganado. De hecho, nuestro ganado es tan bueno que, en su tiempo, a los clanes vecinos les gustaba demasiado la carne de Bruard y encontraban nuestros rebaños demasiado fáciles de robar.

Ella lo miró con interés.

—¿Una disputa de clanes? Qué romántico.

—No tanto —dijo Dougal encogiéndose de hombros—. Hubo muchas escaramuzas sin sentido que aportaron poco.

—Salvo el ganado para los vecinos.

La agudeza de ella le hizo sonreír.

—Salvo el ganado para los vecinos.

Al arrimarse más a la pared del establo para dejarla pasar, Dougal captó su aroma. Desde luego, olía a caballos, pero también emanaba de ella una esencia fresca y cautivadora, como de hierba cortada o nieve recién caída.

Dougal tuvo que tragar saliva para humedecer su garganta seca antes de continuar.

—Pero todo eso terminó hace tiempo —dijo—, y los clanes han estado en paz desde antes de que yo naciera.

Ella le dirigió una mirada perspicaz.

—Parece que lo lamenta.

La percepción de ella lo sorprendió.

—¿De veras?

—Sí.

Antes de que él hubiese aprendido a desconfiar de las historias que describían a sus aguerridos antepasados como eternamente valientes y justos, había escuchado con fascinación las historias que le contaba su padre. Dougal había disfrutado de cada relato de hazañas y peligros temerarios.

—La paz es mejor para todos, tanto para los Drummond como para los Mackinnon —declaró.

La sonrisa que curvó los labios de Kirsty reflejaba una sorprendente comprensión.

—Pero no ofrece muchas oportunidades de aventura —dijo esta.

—Ayer por la noche tuve una aventura —dijo Dougal con énfasis, mientras la seguía fuera del establo.

Por Dios, debería haber avanzado solo. O debería hacerlo, si al menos supiera hacia dónde iba. El cautivador vaivén de las caderas de la chica era imposible de ignorar.

Ella se volvió hacia él.

—Y disfrutó de cada momento —dijo.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Estaba empapado hasta los huesos, helado, perdido y asustado.

—¿Y feliz?

Una sonrisa involuntaria asomó a los labios de Dougal.

—Sí, feliz. Lo cual, considerando lo cerca que estuvo mi barco de naufragar, me convierte en un loco a los ojos de la mayoría.

Ella seguía sonriendo.

—Sí —dijo—. Un loco aquí o allá hace la vida más interesante.

No podía apartar la vista de ella. Kirsty Macbain no tendría una belleza ideal, pero cuando sonreía mirándolo a los ojos, resplandecía por completo. Sus ojos grises lo atrapaban sin remedio, y sus rasgos voluntariosos y fascinantes se volvían tan vivos y hermosos como un amanecer.

Dougal tragó saliva y se recordó a sí mismo que estaría allí solo hasta que reparara su nave, y luego se embarcaría de nuevo. Estaba decidido a rescatar a la mujer a quien se había consagrado.

La Bella Ellen de las Islas.

Aunque, al margen de aquella noble misión, no podía dejar de pensar que, cuando sonreía, Kirsty Macbain podía rivalizar con cualquier mujer. Incluso con la legendaria dama atrapada en su torre.

Esta chica de Askaval lo inquietaba, enturbiaba su firme propósito. Y él solo llevaba media hora en su compañía. Necesitaba arreglar su barco y marcharse cuanto antes. Malditos fueran los mares agitados y los vientos tempestuosos.

—Venga a conocer a mi padre —dijo ella de pronto—. Él se alegrará de tener compañía.

Desconcertado e intrigado a pesar de todo, Dougal la siguió hasta una bulliciosa cocina. Las mujeres que se ocupaban en preparar el desayuno levantaron la cabeza para mirarlo con curiosidad.

Si Askaval era como cualquier otro lugar de Escocia, los rumores sobre su llegada ya estarían corriendo por toda la isla. Dougal dudaba que ni el sonido de un ratón pasara desapercibido en

Bruard sin que llegara a oídos del habitante más apartado.

El olor del pan recién hecho y del beicon frito hizo que su estómago vacío rugiera de hambre. Había sido una noche larga y terrible, y él era un joven saludable. Había comido en Achnasheen antes de zarpar en su bien provisto barco, pero una ola inesperada había empapado su cesta de comida, que se echó a perder por el agua salada.

—Ruth, hace falta preparar un plato más para el desayuno —dijo la señorita Macbain al entrar.

Una mujer mayor, regordeta y de cabello gris, dejó de amasar y fijó la mirada en Dougal. Él intuyó que debía de ser la cocinera o el ama de llaves.

—Con el tamaño de este mozo, *lassie*, diría que más bien harán falta dos platos más.

La señorita Macbain soltó una carcajada y le lanzó a Dougal una mirada divertida, como si compartieran una especie de conspiración. Él tuvo que recordarse cuál era su propósito, aunque aquella sonrisa burlona lo atraía como la llama atrae a una polilla.

—Dado que el señor Drummond ha estado luchando contra la tormenta toda la noche, yo diría que mejor serán tres platos.

—¿Ha salido con vida de esa pesadilla? —Ruth sonaba impresionada—. Debe de ser usted un marinero de primera.

—Tuve suerte —dijo Dougal—. Hubo momentos en los que pensé que acabaría alimentando a los peces.

—Pues ahora serán los peces los que le alimenten a usted. Le prepararemos un buen plato de salmón, no se preocupe.

—Y, Ruth, por favor —intervino Kirsty—, prepara también una habitación para el señor Drummond.

—No se moleste, señora —dijo este—. Me iré en cuanto repare mi nave.

Dougal sintió una punzada de pesar ante la idea de abandonar aquella casa tan acogedora. Después de una noche de olas y viento helado, la idea de pasar unos días en una habitación cálida y con buena comida, era peligrosamente tentadora. Sin mencionar la posibilidad de ver a la señorita Kirsty Macbain sonriéndole mientras él devoraba lo que prometía ser un par de buenos platos.

—El mar seguirá agitado tras la tormenta —dijo la señorita Macbain—. Ha estado usted batallando contra los elementos toda la noche. Estoy segura de que sus amigos no se molestarán si espera un día más para recuperarse. Un baño y algo de descanso le sentarán bien para continuar su viaje.

Una cama… La idea de hundirse en un colchón suave y cálido, después de relajarse en una bañera de agua caliente, lo tentaba más que cualquier otra cosa.

—Mi asunto es urgente, señora —dijo Dougal, maldiciendo el leve temblor de su voz.

—Debe de serlo —respondió ella.

Él había esperado que su misión lo llevara al límite. Después de todo, esa fue una de las razones por las que la eligió. La muchacha tenía razón al decir que una parte de su carácter, algo temerario, había disfrutado de esa noche salvaje y el riesgo inminente de muerte que acababa de correr. El coraje y la firme determinación lo harían digno de su dama.

Sin embargo, apenas llevaba un día de viaje, y los lujos cotidianos de un hogar bien organizado ya debilitaban su convicción.

—Aceptaré con gusto un baño, de todos modos —dijo él, con una sonrisa irónica—. No estoy precisamente en condiciones de sentarme en la mesa de un caballero.

La mirada que Kirsty le dirigió estaba llena de aprobación.

—Al menos se quedará a desayunar...

—No me lo perdería por nada del mundo. —Dougal hizo una pausa—. Aunque tal vez necesite pedir prestada una camisa limpia.

Su ropa de repuesto había corrido la misma suerte que sus provisiones al empaparse con agua del mar, pero una buena lavandera podría devolverle algo de utilidad a su limitado vestuario. Ojalá pudiera decir lo mismo del pan, el queso y las salchichas que había cogido de las reservas de su primo.

—Creo que podremos arreglar eso —dijo Kirsty.

—Solo si tenemos a otro gigante en casa —dijo Ruth, sacudiendo la harina de sus manos y comenzando a desatarse el delantal—. Pondré a estas muchachas a preparar el baño. La alcoba amarilla está lista para recibir invitados, señora. Si lleva al muchacho arriba, yo me encargaré aquí de lo demás.

—¿Ya está despierto mi padre? —preguntó Kirsty.

—*Lass*, ya sabe que en una fría mañana de invierno su padre no se levantará hasta que el café esté bien caliente y servido en la mesa del comedor.

—Entonces tenemos tiempo para ponerle presentable —le dijo Kirsty a Dougal.

Su tono no contenía el menor rastro de desdén, pero él tenía el suficiente orgullo como para avergonzarse del aspecto que debía de tener, con su ropa sucia, la piel cubierta de salitre y las magulladuras de su batalla contra las olas. No le hacía ningún honor al noble apellido Drummond.

Solo cuando Dougal la siguió por una elegante escalera de roble adornada con una serie de retratos familiares intimidantes, pensó en algo que no era nada respetable.

—Señorita, no es propio que la hija soltera de la casa acompañe a caballeros jóvenes hasta su habitación.

Kirsty se giró desde dos escalones más arriba. Él había estado esforzándose para no mirar cómo los ajustados pantalones se ceñían a las deliciosas curvas de su trasero con cada peldaño que subía. Maldita sea, ojalá se hubiera puesto una falda.

—Las doncellas están ocupadas preparando su baño y el desayuno —dijo ella.

Al encontrarse con esa mirada inocente y sin malicia, Dougal se sintió aún más como un descarado. Ni siquiera podía pretender que ella intentara atraer su interés. A los ojos de alguien inocente, todo parecía inocente. Estaba claro que ella llevaba una vida protegida e intachable aquí, por más excéntrico que fuera su atuendo.

—Tal vez podría despertar a su madre, y ella podría encargarse de mí.

Un destello de tristeza oscureció los ojos de Kirsty.

—Mi madre murió cuando yo era muy pequeña, señor Drummond —dijo, en un tono más apagado de lo que él le había oído hasta ahora—. Yo soy la señora de Tigh na Mara.

«Casa junto al Mar». Qué nombre tan bonito y adecuado. Y no era que él pensase que hubiera nada en esa pequeña isla que estuviera lejos del mar.

—Aun así… —protestó. Una matrona particularmente severa lo observaba desde el retrato que tenía sobre su cabeza—. No es lo adecuado.

Kirsty se encogió de hombros.

—Ya le dije que aquí no somos ceremoniosos. Y aunque lo fuéramos, ¿quién lo sabría? Usted está a salvo de mis artimañas.

Para su vergüenza, Dougal sintió que el rostro se le encendía.

—Pero usted no sabe si está a salvo de las mías, señora. Soy un desconocido, y no debería ser tan confiada. Es una cuestión de honor.

Él no logró interpretar del todo la expresión que ella le dirigió.

—¿Me está diciendo que no puedo confiar en el suyo, señor Drummond?

Maldita sea, ¿por qué seguía ruborizado?

—Por supuesto que puede, señora.

Ella se giró y continuó subiendo los escalones. Dougal creyó oírla murmurar algo por lo bajo que sonaba como «lástima». Pero seguramente sus oídos lo engañaban.

—Es una cuestión de apariencias —dijo él, incómodo—. No es propio que las jóvenes solteras entren y salgan de las habitaciones de caballeros solteros. Askaval podrá ser un lugar aislado, pero no tanto como para obviar el decoro.

Kirsty avanzó por un pasillo y se detuvo para abrir una puerta.

—Su habitación, señor —dijo con decisión—. Para preservar su modestia, no avanzaré de este umbral. Su virtud está a salvo.

Que la peste se la llevara… ¿Cómo había logrado esta muchacha que él pareciera un quisquilloso sin remedio? Dougal estaba en lo cierto, y ella estaba equivocada. El desdén de Kirsty ante sus intentos perfectamente razonables —e incluso caballerosos— por proteger el buen nombre de ella, estropeaba la imagen que él tenía de sí mismo como un caballero valiente y virtuoso.

—Una *lassie* debería ser precavida —dijo él, entrando en la agradable habitación, con vistas hacia el sur sobre las islas que salpicaban el mar plateado—. Sobre todo, cuando es tan bonita como usted.

Al darse la vuelta, Dougal notó la sorpresa en su rostro.

—¿Bonita? — preguntó Kirsty.

Parecía como si ella nunca se hubiera planteado que tuviera algún atractivo. Quizá estaba equivocado, y Askaval era tan aislado como parecía.

La molestia por haberla hecho sentir que él era pomposo y anticuado se disipó. Quizá fue una suerte que, justo en ese momento, Ruth y un par de doncellas irrumpieran en la habitación, disculpándose al pasar junto a la señorita Macbain. Dougal estuvo a punto de empezar a enumerar las muchas cosas que encontraba encantadoras en su anfitriona.

Pero hacerle cumplidos a otra mujer, cuando había prometido su lealtad a Ellen de las Islas, le parecía un acto de deslealtad.

Capítulo 3

Para cuando Dougal se hubo bañado y cambiado de ropa, estaba hambriento. Tanto que ni siquiera protestó cuando la señorita Macbain apareció en su puerta para acompañarlo escaleras abajo.

Aquella no era su casa. Él no tenía derecho a insistir en que la joven mostrara un mínimo de cuidado por su reputación. Además, aún le dolía el repaso que ella le había dado cuando él abordó el tema. Pero él era un hombre que formaba su opinión con rapidez y, en los primeros minutos después de conocerla, ya había decidido que le agradaba esa *lassie* tan poco convencional. Odiaría que algún insensato interpretara su actitud desenfadada como una invitación a aprovecharse de ella.

De hecho, le sorprendía cuánto le molestaba esa idea. Sí, le agradaba la joven, pero acababan de conocerse. Una vez que él reparase su barco y se hiciera a la mar, probablemente no volvería a verla.

Ella había cambiado la chaqueta y los pantalones por un vestido de lana azul oscuro que le sentaba de maravilla. Dougal había esperado que, al verla con ropa de mujer, su interés en ella disminuyera. Pero al notar cómo el vestido realzaba su figura, se dio cuenta de que esa esperanza era inútil y que seguía atrayéndolo incluso más que antes.

—Vaya —dijo Kirsty, mirándolo de arriba abajo con una sonrisa apenas contenida y sacándolo de sus pensamientos.

Él hizo una mueca irónica y siguió su mirada hacia su propia ropa.

—*Aye*, soy un grandullón. Nunca he podido usar nada prestado sin que me quede pequeño. ¿Cree que estoy lo bastante decente para el desayuno? Tengo camisas en el barco, pero están tan mojadas como un arenque.

—Ya le he dicho que aquí no somos….

—Sí, ceremoniosos —la interrumpió—. Eso ya me ha quedado claro —añadió él, sintiéndose como una salchicha embutida. Si movía un solo músculo, seguro que rasgaría la impoluta camisa. Al menos, alguien en la isla tenía pies grandes, porque los zapatos eran lo único de su talla—. Pero no estoy muy presentable para conocer al *laird*.

—A mi padre no le importará, y al menos el *kilt*[2] le queda bien.

—Gracias a Dios —dijo Dougal. De lo contrario, estaría caminando por aquella isla como su madre lo trajo al mundo.

—Si quiere, puedo mandar a una doncella al barco para que traiga su ropa. La lavaremos y estará lista en un santiamén. Con este viento, se secará enseguida.

La calma tras la tormenta había durado poco. Ahora un vendaval sacudía las ventanas y silbaba por la chimenea. Aunque el sol seguía brillando, las condiciones para navegar no eran mucho mejores que las de la noche anterior.

—Mi idea es marcharme en cuanto arregle mi barco —dijo él.

Ella frunció el ceño.

—¿No preferiría llegar a su destino con un aspecto decente?

La pregunta, aunque torpe, no tenía ninguna malicia, y él no pudo evitar reírse.

—Sí, sin duda.

—Y con este viento es peligroso navegar —añadió Kirsty.

—Sí, lo es.

Ella lo miró con curiosidad, y Dougal esperó que le preguntara cuál era su destino. Pero, por una vez, la señorita Macbain siguió las reglas de la cortesía y dejó que él decidiera si quería hablar de ello. Dougal optó por guardar silencio sobre el asunto.

—Debe de estar agotado tras la noche pasada. ¿No sería más sensato descansar, reparar después su nave, y recuperarse antes de continuar el viaje? Solo un loco se echaría hoy al mar.

—El viento podría amainar.

—Créame, el vendaval soplará al menos hasta mañana por la noche.

Dougal conocía bien el clima de las Hébridas. No podía discutir las conclusiones de la muchacha, por mucho que quisiera.

La impaciencia lo consumía. Desde que oyó hablar sobre los problemas de Ellen, sentía una urgencia imparable por rescatarla. Era como si el destino mismo lo empujara a encontrar a la joven y liberarla de su cautiverio. Aunque no era supersticioso por naturaleza, en la última semana sentía como si una fuerza superior guiara sus pasos.

—No quiero causarle molestias a usted ni a su padre —dijo.

Dougal ya debería haberse acostumbrado al deslumbrante encanto de la sonrisa de ella, pero aún le provocaba una sacudida por dentro.

—Señor Drummond, mi padre le rogará que se quede hasta la noche de Reyes, acuérdese de mis palabras.

Y así fue.

Augustus Macbain, el *laird* de Askaval, era un hombre alto, robusto y rubio como un vikingo. Su alegría por tener a alguien nuevo con quien conversar era palpable. El hombre no se parecía en nada a su delicada hija de cabello oscuro, aunque no podía negarse que ambos se profesaban un gran cariño.

El *laird* saludó a Dougal como a un hijo pródigo, y mientras devoraba un abundante desayuno, escuchaba cada palabra del relato de Dougal sobre su batalla con la tormenta. Finalmente, el *laird* masticó el último bocado de huevos fritos y se recostó en su silla, dándose una palmada en el estómago.

—*Aye*, muchacho, ¡qué aventuras has tenido en tu camino hasta nosotros! Gracias al Buen Dios que llegaste sano y salvo al puerto de Askaval.

Dougal dejó los cubiertos sobre el plato y sonrió a su anfitrión. Había logrado seguir el ritmo del apetito de Augustus y se sentía mejor por ello.

—Tuve suerte. Esta isla es pequeña y, si no hubiera dado con ella, me habría esperado una buena extensión de mar para ahogarme. Al final, ya no estaba navegando en condiciones. Con el mástil y el timón rotos, lo mejor que podía hacer era tratar de no hundirme.

—Aun así, fue un ejemplo notable de habilidad marinera —comentó la señorita Macbain, que estaba al otro lado de la mesa, bebiendo café.

—*Aye*, he pasado toda la vida rodeado de barcos.

—¿Bruard está en la costa?

—No, está bastante tierra adentro, pero crecí con mis primos Mackinnon, que viven frente a la Isla de Skye, así que siempre estábamos en el agua. ¡A veces, literalmente!

Cuando ella sonrió, el corazón de Dougal dio un salto en su pecho. Casi empezaba a

acostumbrarse a ello. La joven parecía más mayor, ahora que llevaba ropa femenina. Mayor y, curiosamente, más enigmática. Se había recogido el bonito cabello oscuro en un moño elegante, y ese estilo le daba un aire sofisticado.

Debía de tener unos veinte años. Dougal se preguntó por qué no estaba ya casada. Ella era algo cabezota, sin duda, pero no todos los hombres querían una esposa sumisa. Su propia madre le había prometido obediencia a su padre cuando se casaron, pero Dougal veía poca evidencia de aquello en el día a día. Su prima Mhairi también sabía bien cómo hacerse oír frente a su aguerrido esposo Callum, el *laird* de Achnasheen.

—Las aguas alrededor de las Hébridas son frías —dijo Kirsty.

Dougal hizo una mueca teatral, fingiendo un escalofrío.

—*Aye*, señora. Anoche estuve a punto un par de veces de convertirme en un pequeño témpano de hielo.

—¿Un pequeño témpano? —preguntó Kirsty con una ceja alzada.

—¡Un gran témpano, entonces! —respondió él, apreciando su tono de broma—. Gracias por acogerme. Ya me siento casi como un ser humano otra vez.

—Espero que te quedes para Navidad —intervino Augustus—. Solo faltan unos días, y haremos una gran fiesta en la casa. Un par de danzas escocesas te calentará la sangre y te hará olvidar el mal trago de haber luchado contra el viento y las olas.

Dougal tuvo más dificultad de la que esperaba para apartar la mirada de los brillantes ojos grises de Kirsty y responder al *laird*.

—Es usted muy amable, señor Macbain.

Augustus soltó una carcajada.

—No hay necesidad de tanta formalidad, muchacho. Llámame Gus. Aquí en Askaval no somos ceremoniosos.

Con el rabillo del ojo, Dougal vio a la señorita Macbain disimular una sonrisa mientras se llevaba la servilleta a los labios.

—Eso había oído, señor —dijo Dougal, sospechando que podría ser el lema de la familia Macbain.

—¿Entonces te quedarás? El clima seguirá cambiante, y siempre damos la bienvenida a un rostro nuevo en nuestras fiestas.

Dougal ya estaba negando con la cabeza.

—Debo marcharme, señor.

—Gus.

—Gus —se corrigió Dougal.

—En esta época del año, uno debe estar muy desesperado para lanzarse al mar. Ya tuviste suerte en llegar a Askaval sano y salvo. Al menos espera a que pase la época de tormentas.

—Es usted muy generoso —dijo Dougal—. Pero si me prestan las herramientas y los materiales necesarios para arreglar mi barco, me iré en cuanto esté listo para navegar.

—Tu familia no querrá que se ponga en peligro solo para llegar junto a ellos en Navidad, ¿verdad? —dijo la señorita Macbain.

—*Aye*, muchacho, habrá otras Navidades. Lo mejor es seguir vivo para disfrutarlas, ¿eh?

Dougal dejó la taza de café en la mesa.

—No me dirigiré de vuelta a Bruard. Voy a Innish Beag.

—Entonces, todo es por una muchacha... —dijo el *laird*—. Entiendo bien la urgencia de un joven por reunirse con su amada. Pero también querrá verte con vida, eso tenlo claro. Ninguna joven quiere llorar en Año Nuevo porque su enamorado se ahogó el día de Navidad.

—Ella no tendrá que llorar —dijo Dougal, antes de recordarse que no había planeado compartir con nadie el motivo de su viaje. Su familia lo había sometido a un implacable ridículo por ser un romántico, lanzándose de forma precipitada al rescate de una joven que ni siquiera conocía. Si quienes lo querían no comprendían su propósito, ¿cómo podía esperar que lo hicieran unos extraños?

—¿Ella no te quiere? Eso me cuesta creerlo. Pareces un buen muchacho.

—No, no se trata de eso. —Dougal sintió cómo el calor subía a sus mejillas. Aunque su atención estaba en el *laird*, sentía la mirada de la señorita Macbain sobre él—. Pero gracias.

—Si la joven no te hace caso, menos motivo tienes para aventurarte en una tormenta en diciembre. Quédate con nosotros y deja que esa ingrata sepa lo que se pierde.

Dougal suspiró y se pasó una mano por el cabello, ahora limpio y recogido en una coleta. Mejor decir la verdad sobre su misión que dejar que la imaginación de Gus volara sin freno, pensó.

—No es una ingrata. Ni siquiera sabe que existo.

Gus frunció el ceño.

—Estoy seguro de que eso no es cierto, muchacho. Es natural sentirse desanimado cuando un cortejo no prospera.

Dougal soltó una risa seca.

—No, lo digo literalmente. Ella no me conoce. Ni siquiera de oídas.

—¿Y aun así has zarpado para conocerla en el peor mes del año? —preguntó Kirsty.

Dougal se giró hacia ella. Su tono no había sido crítico, sino intrigado. Él suspiró de nuevo.

—Sé que hablo en acertijos —admitió—, pero la verdad es que se trata de algo muy simple. Estoy decidido a rescatar a la Bella Ellen de las Islas del vil cautiverio de su padre.

Los grandes ojos grises de la señorita Macbain se abrieron con asombro.

—Pero ella no existe realmente. Es una leyenda. Como una *banshee*[3] o como Morgana.

—En cualquier caso, si existe, ella no está en Innish Beag —dijo Gus—. Escuché que estaba en Pabbay. ¿O era Canna? ¿O podría haber sido Scalpay?

—Al menos ha oído hablar de ella —insistió Dougal con terquedad.

—Claro que sí —dijo Gus, con un claro escepticismo—. La muchacha más hermosa de Escocia encerrada en una torre en un acantilado, prisionera de su tirano padre, que quiere mantener a raya a los pretendientes. Es un cuento de hadas, señor Drummond.

—No lo es —insistió Dougal—, aunque estoy de acuerdo en que lo parece. Me lo ha dicho alguien de confianza, alguien que asegura que ella es real y que está sufriendo en su cautiverio.

—¿En Innish, en Scalpay o en Canna? —El tono cínico de la señorita Macbain le dolió.

—La encontraré, aunque tenga que recorrer cada isla entre aquí y Boston —respondió Dougal con firmeza—. Ella es víctima de una injusticia atroz. Cualquier hombre con un ápice de caballerosidad en su alma debe acudir a su rescate.

Kirsty lo miró como si él fuera una especie extraña.

—Sospecho que lleva un exceso de caballerosidad en su alma, señor Drummond —dijo ella.

«Y poco cerebro», adivinó Dougal que ella se estaba guardando de añadir. Él se sonrojó de vergüenza.

—Es una misión que merece la pena —afirmó.

—Si la Bella Ellen es real y no solo un producto de la imaginación de algún bardo de las Highlands —dijo Kirsty en tono seco—. Usted debe de tener una fe inmensa en quien le contó la historia.

—Es uno de mis primos.

Ella se mostró sorprendida.

—¿Ha visto él a la Bella Ellen con sus propios ojos?

Dougal se removió incómodo en su asiento. Para él, su deber hacia la doncella cautiva era muy claro, pero cada vez que expresaba sus intenciones, ese noble propósito sonaba frágil e imprudente.

—Mi primo conoció a uno de los hombres que construyó su prisión.

—¿De veras?

—Mi primo no es un mentiroso, señora.

El breve destello de irritación en la voz de Dougal no sirvió para disipar el escepticismo en los astutos ojos de la señorita Macbain.

—Estoy segura de que él no lo es —dijo ella—. Pero ¿puede poner la mano en el fuego por el hombre que le contó esa historia a su primo?

Si la nave de Dougal hubiera estado en condiciones, se habría levantado en ese momento, se habría despedido y zarpado enseguida. Cuando partió de Bruard, estaba convencido de la justicia de su causa, a pesar de la oposición de su familia. La señorita Macbain no había dicho nada que su propia madre, su padre y sus hermanos no le hubieran dicho ya. Pero, de algún modo, la duda dolía más cuando venía de una muchacha bonita.

—La historia de la Bella Ellen circula por todas las Highlands —dijo Dougal—. Incluso ha llegado a Askaval y, como usted misma dice, apenas tienen visitantes. Algo de verdad debe de haber en los rumores.

Augustus observaba el intercambio entre su invitado y su hija con expresión absorta.

—No cabe duda, muchacho. Pero ¿cuánta verdad? ¿Es siquiera bonita la joven? Podría ser una vieja bruja arrugada con el genio de un perro rabioso.

—Aunque lo fuera, aun así necesitaría ser rescatada —respondió Dougal con terquedad, aunque en su mente nunca se había imaginado salvando a una anciana, sino a una joven y hermosa doncella.

—Muy loable. —La expresión de la señorita Macbain indicaba que adivinaba sus pensamientos, y estos no parecían impresionarla—. Sospecho que la leyenda se ha extendido tan rápido porque se trata de la Bella Ellen, no de una Ellen bien entrada en carnes o en la ancianidad.

—Y ya sabe cómo les gusta a los escoceses adornar una buena historia —apuntó Gus.

Dougal, por desgracia, lo sabía bien.

—Estoy decidido a encontrarla, sea quien sea.

—Pero ¿no te quedarás a pasar la Navidad con nosotros antes, muchacho? Nos encantaría que lo hicieras —dijo Gus con un tono que sonaba nostálgico—. Solo serán unos días de retraso. Aunque todo sea tal y como esperas, que la joven esté en Innish, que sea una belleza y esté deseando enamorarse de ti, ella ya lleva ahí tanto tiempo que una semana más no hará mucha diferencia.

Dougal notó cómo sus mejillas volvían a incendiarse. Era su maldición por tener la piel clara.

—Nunca he hablado respecto al amor.

Aunque, claro, en sus fantasías, la Bella Ellen lo miraba y se enamoraba perdidamente de su caballero galante. Él la alzaría en volandas para sentarla sobre su noble corcel blanco, que en este caso era un buen barco construido por el mejor carpintero de Achnasheen, y luego la llevaría consigo para convertirla en su esposa.

Quizás el señor Macbain no estaba tan equivocado al acusarlo de creer en cuentos de hadas.

No, Dougal se negaba a dejarse influir por nadie para apartarse de su objetivo. La Bella Ellen

era real y sufría una gran injusticia. Él estaba decidido a salvarla, sin importar lo que sucediera después. Si todo salía como imaginaba, excelente, pero nada de eso restaría valor a su propósito.

—Pero eso es lo que esperas encontrar —dijo Gus en tono irónico.

—Gracias por su amabilidad, señor Macbain. Y por su invitación. —Dougal necesitaba cambiar de tema antes de parecer más tonto aún—. Pero en cuanto repare mi barco, seguiré mi camino.

Gus negó con la cabeza, como si lamentara la impetuosidad de la juventud.

—Veo que estás decidido.

—Lo estoy.

Dougal evitó mirar a la señorita Macbain. Ella también debía de pensar que era un insensato por rechazar unos días de celebraciones y comodidad, en favor de una travesía marítima incierta y peligrosa.

—En ese caso, tienes permiso para tomar todo lo que necesites para arreglar tu nave. Y disfrutaremos de tu compañía todo el tiempo que desees quedarte.

Su madre lo llamaría un maleducado aprovechado por beneficiarse de la hospitalidad de los Macbain y luego marcharse en cuanto tuviera la oportunidad.

—Le estoy muy agradecido, Gus.

—*Och*, guarda el aliento para enfriar tu *porridge*[4], muchacho. Yo también fui joven una vez. Sé cómo una idea puede encender la fiebre en la mente de un hombre, sobre todo, si implica a una muchacha bonita.

Dougal quiso protestar. La descripción que hacía Gus de su viaje sonaba trivial y caprichosa, mientras que para él se trataba de una misión noble, digna de un caballero antiguo. Pero sabía que, si así lo expresase, parecería desesperadamente ingenuo. Ya se había expuesto bastante frente a sus nuevos amigos.

—Le ayudaré con el barco —dijo Kirsty de repente.

—Gracias, pero no es necesario, señorita Macbain.

Dougal notó cómo ella fruncía los labios cuando su padre habló.

—A mi hija se le da de maravilla trabajar la madera.

Por supuesto que sí. De forma inesperada y poco bienvenida, a Dougal le vino a la mente la imagen de ella vestida con ropa de hombre. Era una imagen desafiante, pero tan dulce y sugerente como difícil de encontrar al sur de Cape Wrath.

Dougal sospechaba que la señorita Macbain podía hacer casi cualquier cosa tan bien como un hombre. Jamás necesitaría ser rescatada, por Dios. Si su padre fuera lo bastante lunático como para encerrarla en una torre, ella la desmontaría piedra a piedra para escapar.

—Es impresionante —respondió Dougal, y lo decía de verdad.

La señorita Macbain era, sin duda, una criatura impresionante. Ella nunca se aferraría a un hombre para depender de su fuerza como protección ante un mundo peligroso.

—Mi Kirsty te acompañará para buscar lo que necesites.

—No quiero molestarla más de lo que ya lo he hecho.

Dougal no quería pasar el día con la señorita Macbain. De hecho, un poderoso instinto le decía que cuanto menos tiempo pasara en su compañía, sería mucho mejor.

Desde que había decidido rescatar a la Bella Ellen, su mente estaba clara y decidida, llena de puras intenciones. Pero ahora, solo con mirar de reojo y encontrarse con las brillantes pupilas de Kirsty Macbain, ese glorioso propósito amenazaba con resquebrajarse, como el mástil de su barco la noche anterior.

No, debía abandonar Askaval y todos sus encantos lo antes posible. Si pudiera nadar hasta el

maldito Innish desde allí, por todos los demonios que lo haría. Quizás un par de horas sumergido hasta el cuello en agua fría le sentarían bien.

—No es ninguna molestia —dijo ella, como él ya sabía que haría.

—Y quizá a cambio te quedes con nosotros el tiempo suficiente para ayudarnos a decorar la casa para la fiesta de Navidad —propuso Gus—. Es una tradición aquí reunirnos todos en Nochebuena para celebrar el nacimiento del Salvador con una *ceilidh*[5]. Sería una pena que te lo perdieras.

«Y todo por pura obstinación», pensó Dougal. No hacía falta que el anfitrión lo dijera en voz alta.

Dougal supo que estaba vencido. Ya se había aprovechado bastante de la hospitalidad de Askaval. Ni siquiera un hombre en una misión sagrada podía negarse a ofrecer su ayuda cuando el anfitrión se la pedía de forma tan directa.

—*Aye*, me alegrará hacerlo —mintió.

—¿Y te quedarás con nosotros esta noche? Con el mar tan bravo, es peligroso zarpar.

—*Aye*, me quedaré esta noche. —Dougal hizo una mueca al oír su tono reacio y se esforzó por sonreír—. Ayudar con los preparativos navideños es lo mínimo que puedo hacer para agradecer su generosidad. Pero si logro reparar el barco hoy, debo marcharme mañana.

Esperó una protesta, pero Gus asintió.

—*Och*, eso está bien. Ya veremos qué nos trae el mañana, muchacho. Como bien descubriste anoche, nunca se sabe lo que pasará en las Hébridas.

Capítulo 4

Dougal se apartó del clavo recién martillado en la borda y sintió la satisfacción de un trabajo bien hecho. Había resistido la tentación de tumbarse en la cómoda cama de su lujosa alcoba, a pesar de que el cansancio le embotaba los sentidos. En lugar de eso, él y la señorita Macbain habían pasado toda la mañana y buena parte de la tarde trabajando en la reparación del Kestrel. La pequeña embarcación volvía a parecer la que había sido. Incluso habían logrado reinstalar el mástil, una tarea laboriosa en la que Dougal agradeció la ayuda de la joven.

—Creo que ya está todo listo.

Kirsty apartó la vista de la vela que estaba remendando y que había traído de Tigh na Mara.

—Entonces podrá partir mañana, después de todo —dijo.

Dougal no pudo evitar fijarse en la destreza con la que ella manejaba la gran aguja marinera. A lo largo del día, le resultaba cada vez más difícil no mirarla a los ojos. Había algo en aquel brillo gris que hacía que su corazón reaccionara de maneras insólitas: acelerándose, saltando, como si diera volteretas.

No era una sensación desagradable, pero sí inquietante, ya que le distraía de su propósito. Durante varias horas, apenas había pensado en la Bella Ellen y en su misión. En cambio, pensamientos mucho más terrenales lo absorbían: el vaivén de la falda sobre sus curvas femeninas, el modo en que el corpiño se ceñía a su torso esbelto cuando ella se estiraba para clavar una tachuela.

Un hombre entregado a una causa noble no debería dejarse distraer por los encantos de una joven, pero él había caído en la tentación. Tanto, que unas pocas horas de trabajo se habían alargado mucho más de lo necesario.

—*Aye*, con un poco de suerte, el mar estará en calma para navegar —dijo Dougal—. Le agradezco su ayuda; no habría terminado tan rápido sin usted.

El padre de la muchacha no había exagerado al hablar de sus habilidades para la carpintería naval. Y ella, a diferencia de Dougal, había mantenido la concentración en la tarea. Además, la señorita Macbain resultaba una compañía agradable. Demasiado, en realidad, pues disfrutar de la conversación y del ingenio de otra joven le hacía sentir una sutil traición hacia la Bella Ellen.

—Es un placer haber sido de ayuda —dijo Kirsty, cortando el hilo grueso y alzando el último remiendo para revisarlo.

—Aunque crea que estoy embarcado en una causa perdida —comentó él, sin poder evitar la provocación, y a pesar de haberse prometido no tocar más el tema.

Ella se encogió de hombros, dejó la vela a un lado y se puso en pie.

—No es asunto mío, ¿verdad?

Dougal esbozó una sonrisa, deseando que su barco fuera tan grande como un galeón. No podía refugiarse en ninguna parte del aroma embriagador de esta *lassie* y, mientras se movían por el barco, cada roce accidental hacía que un intenso calor le recorriera el cuerpo, amenazando

con borrar cualquier otro pensamiento. Estaría encantado de zarpar al día siguiente y poder volver a concentrarse en su misión.

—Parece que usted ha cambiado —declaró Dougal con una sonrisa.

Ella le devolvió el gesto, y él no pudo evitar mirarla con agrado, antes de recordar que su corazón y su alma ya estaban entregados a otra causa.

—Solo es cortesía —dijo Kirsty—. No tengo derecho a imponer mi opinión a alguien que apenas conozco.

Ese era otro problema. Dougal sentía cada vez menos que fueran desconocidos. Si lograba ignorar la atracción física que ella le despertaba —¡ojalá pudiera hacerlo!—, le parecía que llevaban toda la vida compartiendo momentos de intimidad, y no solo un par de días.

—Aunque le gustaría —la provocó él.

Ella rió con suavidad.

—Aunque me gustaría —convino—. Desde que murió mi madre, mi padre ha estado solo, y aunque él ama Askaval, aquí no hay mucha variedad de compañía. Estaba emocionado con la idea de tener una cara nueva en la celebración de Navidad.

Dougal hizo una mueca.

—Ahora me hace sentir como un egoísta, lo que significa que no he correspondido como se debe a su hospitalidad.

—No debería sentirse así. Sabemos que tiene la mente puesta en encontrar a la Bella Ellen.

—En Innish, Pabbay, Scalpay o Canna —respondió él, preguntándose por qué era tan rápido para minar su propio propósito.

—*Aye*, bueno, la encontrará tarde o temprano. —Ella hizo una pausa—. Si es que existe.

Antes de partir, Dougal no había dudado nunca de la historia sobre la Bella Ellen. Le frustraba que una breve estancia en Askaval y un encuentro con Kirsty Macbain erosionaran su certeza, sobre todo, cuando él había desestimado las dudas de su familia sin pensárselo dos veces.

Realmente era hora de marcharse, si no quería correr el riesgo de cambiar de idea y abandonar su misión por completo. Pero antes debía cumplir con sus anfitriones.

—Ahora debo ser yo quien les sirva. Dígame dónde están los adornos de Navidad, señorita Macbain.

Ella lo miró, dudosa.

—¿No preferiría descansar? Estuvo luchando contra la tormenta toda la noche.

Con un gruñido, Dougal se estiró y soltó el martillo. Sí, estaba cansado. Y no solo eso, encorvarse para trabajar en el barco era complicado para alguien de su tamaño. Pero ya se sentía bastante en deuda con los Macbain, y pensaba compensar su generosidad con trabajo, aunque le costara la vida.

—Prometí ayudar. —Dougal saltó fuera de la embarcación y subió los escalones del muelle —. Ya dormiré esta noche.

—Entonces, estaré encantada de aceptar su ayuda, señor Drummond.

Sin pensar en la conveniencia de aumentar la cercanía, Dougal dijo:

—He oído que en Askaval no se andan con ceremonias. Permítame llamarla Kirsty.

La sonrisa de ella se tornó aún más dulce mientras lo miraba desde el barco.

—Muy bien, entonces yo le llamaré Dougal.

Él notó que le sonreía más de lo que pretendía, y que eso parecía poner en peligro su misión. Pero, de forma involuntaria, le tendió la mano para ayudarla a subir al muelle.

Ella aceptó su ayuda, por supuesto. La señorita Macbain no intentaba mantener un plan que

se desmoronaba con cada segundo.

Dado cómo su sonrisa hacía latir su corazón, Dougal ni siquiera se sorprendió cuando el contacto de sus manos le estremeció. Era como si la energía que rodeaba a Kirsty saltara de su cuerpo al suyo.

Sin pensarlo —cualquier pensamiento coherente estaba más allá de sus posibilidades actuales —, Dougal dio un paso atrás para dejarle sitio en el muelle. Incluso se sintió lo bastante aturdido como para lamentar que ella le soltara la mano en cuanto estuvo a salvo en tierra. No tenía sentido, pero la idea de pasar el resto del día sosteniendo la mano de Kirsty le resultaba endiabladamente atractiva.

Y él hizo mucho más que resentirse de que ella no mostrara reacción. Dougal subió los escalones con paso firme, como si el mundo no se tambaleara sobre su eje, y se dirigió hacia los hombres sentados fuera de la taberna que él había visto antes.

Los isleños llevaban el día entero observando cómo el *Kestrel* recuperaba su forma. Dougal tenía la impresión de que Askaval era un lugar donde ocurrían pocas cosas. Ver a un forastero reparar un barco parecía ser todo un espectáculo.

Preocupado por su reacción descontrolada hacia esa joven tan inusual, siguió a Kirsty hasta la taberna.

Resguardados del viento, el día resultaba agradable para ser diciembre. Dougal llevaba una chaqueta vieja de pescador que, milagrosamente, le quedaba bien. A saber dónde la habría encontrado la señorita Macbain. Él agradecía el calor que le daba mientras trabajaba en el Kestrel... claro que, con la hija del *laird* tan cerca, no le hacía mucha falta.

—Johnny, Bill, Jock, lleváis ahí todo el día —dijo Kirsty con una sonrisa divertida—. Ya va siendo hora de que mováis los pies Venid a ayudarnos a recoger ramas para decorar la fiesta de Navidad. Cuando terminemos, os invito a una ronda.

Dougal no se sorprendió al ver cómo los tres hombres miraban a la joven con ojos brillantes. ¿Y quién podría culparlos? Era una delicia contemplarla. Incluso un hombre comprometido en rescatar a la dama más bella de Escocia tenía que admitirlo.

—*Och*, Kirsty, muchacha —dijo uno de los ancianos—, aquí al sol se está de maravilla. Ya tienes a un mozo fuerte que te puede ayudar. No nos necesitas.

Kirsty soltó una carcajada mientras se acercaba al grupo.

—Cuantos más, mejor, Johnny. Y además, podréis disfrutar de nuestro esfuerzo en la fiesta —les respondió ella con picardía.

—*Aye*, y tu acompañante también. Vaya mozo fuerte que te has buscado, ¿eh? —añadió otro con asombro mientras Dougal se unía a ellos.

—Eso parece —dijo ella, dedicándole a Dougal una de esas sonrisas encantadoras que le cortaban el aliento, por mucho que él lo evitara—. Señor Drummond…

—Dougal —le recordó él, antes de caer en la cuenta de que tal vez debería mantener cierta distancia con la hermosa hija del *laird*.

¿Acaso la sonrisa de ella se volvió aún más cálida? Estaba perdido.

—Dougal, permítame presentarle a los alborotadores locales: Johnny Garrett, Bill y Jock Macbain. Este es Dougal Drummond de Bruard.

—¿De Bruard, dices? ¿Y eso dónde queda? —preguntó uno de los ancianos.

Dougal estrechó la mano de los tres.

—En el interior —dijo—, cerca de Achnasheen.

—Bueno, esa información es tan útil como una gallina con dientes —comentó Bill o Jock; Dougal no estaba seguro.

Él se rió ante otra muestra de la informalidad de Askaval. Como heredero de las tierras de los Drummond, no estaba muy acostumbrado a que le tratasen con liberalidad, pero disfrutaba del ambiente relajado que se respiraba allí.

—Bruard está en el extremo sur de Skye —aclaró Dougal.

—Has viajado lejos hacia el sur, muchacho —dijo el otro hombre.

—La tormenta de anoche me arrastró hasta Askaval.

Johnny lo miró con evidente curiosidad.

—Así que estás aquí por accidente.

—*Aye*, claro —respondió Dougal, sintiendo de nuevo ese molesto calor en las mejillas. Tras las respuestas que había recibido de Kirsty y de su padre, prefería no hablar sobre su misión y arriesgarse a recibir más burlas—. Tengo asuntos que requieren mi atención al oeste de Lewis.

—Deben de ser muy urgentes si te has lanzado al mar en invierno —comentó Johnny, sin disimular su curiosidad.

Dougal se preparó para que Kirsty contara la historia de la Bella Ellen, pero ella miró a Johnny con firmeza.

—Sé que estás deseando enterarte de todos los detalles, Johnny —dijo ella—, pero ten un poco de educación. Dougal no merece un interrogatorio.

Johnny alzó las cejas.

—¿Interrogatorio, dices? Yo solo estaba siendo amable.

—Y cotilla —respondió Kirsty, sin acritud.

—Eres un buen marinero si has conseguido sobrevivir a la tormenta de anoche —comentó Jock—. ¿Estabas solo?

—Así es. Hubo momentos en los que pensé que sería mi final. Jamás me había enfrentado a un mar así.

—Fue una noche terrible, eso es cierto —concedió Johnny—. Ahora, te unirás a nosotros para celebrar la Navidad. En Askaval, la celebramos a lo grande. Claro que sí.

—Por desgracia, mis asuntos no pueden esperar —replicó Dougal—. Partiré mañana por la mañana.

Bill o Jock —como Dougal no pensaba quedarse en la isla, no le importaba quién era quién — negó con la cabeza, desaprobando la decisión.

—*Och*, estás provocando al mar para que te trague.

—*Aye* —asintió el otro—. El Buen Dios te trajo a puerto sano y salvo para que puedas celebrar la Navidad como un buen cristiano. Ahora estás desafiando a Dios al lanzarte de nuevo al mar. No lo hagas, muchacho. Estás buscando problemas.

Por un momento, Dougal se preguntó si los ancianos tendrían razón, pero recordó que él era un hombre moderno y no creía en cuentos de viejas.

—Me arriesgaré, aunque agradezco la bienvenida que me han dado en Askaval. No podría haber sido más cálida.

—No solemos tener muchas visitas aquí, señor Drummond. Cuando llega un forastero, intentamos retenerlo el mayor tiempo posible —dijo Johnny, y sus compañeros asintieron con aprobación.

—Aun así, el señor Drummond debe partir, ahora que ha reparado su barco —intervino Kirsty, lanzando a los ancianos una mirada satisfecha—. Así que, si queréis aprovechar que tenéis a alguien nuevo con quien charlar, será mejor que vengáis con nosotros al bosque.

Johnny rió, divertido.

—Eres lista, Kirsty Macbain. El hombre que te tome por esposa se llevará a una mujer

inteligente, sin duda.

Dougal notó que, con la provocación adecuada, su anfitriona también podía sonrojarse.

—Vamos, Johnny Garrett. Nadie está hablando aquí de casarse conmigo.

—Y nadie lo hará mientras sigas correteando como un salvaje con ropas de hombre y no trates con nadie más que con estos viejos a los que conoces desde que eras una cría —replicó Johnny.

—*Aye*, me alegra verte con un vestido, Kirsty —dijo Bill—. Eres una muchacha muy hermosa. Es una lástima que no haya jóvenes en la isla que puedan admirar lo guapa que eres.

Kirsty tenía las mejillas tan rojas como manzanas maduras. Al principio, Dougal había agradecido que los ancianos centraran su atención en ella y dejaran de interrogarlo sobre sus intenciones. Sin embargo, no pudo evitar sentir lástima por la muchacha que soportaba esa reprimenda ante un extraño.

—Es cierto —dijo Dougal—. Es muy guapa, lleve lo que lleve. Deberían dar gracias por tener a la hija del *laird* ocupándose de todos, en vez de estar sentada entre sedas, bordando y comiendo dulces.

Tres pares de ojos inquisitivos se posaron en Dougal, y él se sorprendió al notar que sus propias mejillas ardían de la misma manera que las de Kirsty.

—¿Eso es lo que piensas? —preguntó Johnny, en un tono deliberadamente neutro.

—Parece que has observado muchas cosas desde que llegaste a Askaval, joven —añadió Jock.

—*Och*, no cabe duda de que es un hombre observador —dijo Bill.

—El más observador de todos —terció Johnny—. Dime, ¿estás casado?

—Johnny, ya basta —dijo Kirsty con severidad—. Ya os habéis divertido a costa mía. ¿Vais a venir al bosque a ayudar?

—Silencio, muchacha —dijo Bill—. No nos dejaste preguntarle adónde va, así que deberías dejarnos preguntar de dónde viene.

—*Aye*, sería una descortesía no hacerlo —dijo Jock, con un brillo travieso en sus ojos—. Sería de mala educación. Y poco hospitalario, cuando él ya nos ha dicho lo mucho que agradece nuestra bienvenida en la isla.

—Entonces, dinos, ¿estás casado? —repitió Johnny, con un aire de inocencia en el que Dougal sabía que no debía confiar.

—No, no estoy casado —respondió Dougal, quien ya había lidiado con suficientes madres casamenteras como para saber cómo actuar. Lo mejor era fingir que esas preguntas no llevaban ninguna intención oculta.

A su lado, Kirsty cambiaba el peso de un pie al otro, visiblemente incómoda. No debía de resultarle fácil que en Askaval vieran a cualquier hombre soltero como un posible pretendiente para ella.

—Vaya, qué lástima —comentó Bill.

—¿Lo es? —preguntó Dougal, sorprendido.

Johnny soltó una risita.

—Claro, un hombre necesita una buena esposa que le haga la vida cómoda y le dé hijos. No estarás en contra de la idea, ¿verdad?

A pesar de sí mismo, Dougal admiraba la franqueza y desparpajo de los ancianos. No tenían ni pizca de vergüenza, por Dios.

—En absoluto.

Si la Bella Ellen decidiera corresponder su valentía y aceptarlo como esposo, él estaba más

que dispuesto a asumir ese papel. Al fin y al cabo, cuando un caballero rescataba a una dama en apuros, ¿no era así como terminaba siempre el cuento?

—Y supongo que en ese tal Bruard eres un hombre de cierta posición —dijo Jock con voz calculada.

—Jock, por favor —intervino Kirsty, casi sin aliento.

—Bah, solo hay que ver esa nave que tienes amarrada en el muelle —añadió Johnny—. Parece una embarcación costosa y, desde luego, no de las que se usan para trabajar. Es un capricho de ricos.

Dougal decidió responder. Después de todo, ya era hora de que Kirsty y su padre supieran algo más del hombre que cobijaban y alimentaban.

—Mi padre es John Drummond, el *laird* de Bruard.

—¿Y es una buena propiedad? —preguntó Bill.

Dougal no pudo evitar sonreír.

—Lo bastante buena.

Jock lo miraba con una curiosidad evidente.

—¿Y tienes hermanos mayores?

—No, soy el mayor. Tengo cuatro hermanos y dos hermanas menores.

—Esa es una familia bien grande. Debes de venir de una estirpe muy fértil.

Kirsty soltó un gemido de horror, y Dougal estalló en carcajadas. Esperaba que ella comprendiera que no había mala intención en esas preguntas; los viejos solo querían asegurarse de que Dougal era un buen pretendiente para su querida dama.

La muchacha debía de saber que estaba a salvo de cualquier interés indebido por parte de él. Dougal no podía haberle dejado más claro que partiría al día siguiente. Era poco probable que volviera a cruzarse con la señorita Macbain.

Sin embargo, para su sorpresa, sentía una pizca de pesar que un solo día junto a ella no debería provocarle. La joven era lista, interesante y resultaba una compañía más que agradable; además, tenía talento con el martillo y el taladro cuando un hombre necesitaba ayuda con su barco. Y, por si fuera poco, era fascinante de contemplar. Sus rasgos poco comunes se volvías más atractivas a cada momento, y él se sorprendía deteniéndose en medio de su jornada de trabajo solo para observar las expresiones que cruzaban su rostro, tan cambiantes como el impredecible clima de las Highlands.

Ahora mismo, el pronóstico parecía anunciar tormenta, si él era buen juez del tiempo… y del temperamento femenino. Pudo ver el lado divertido de que los miembros del clan de la señorita Macbain lo estuvieran entrevistando como su posible marido, mientras ella estaba mortificada por completo.

—No hay ni un ápice de cobardía en los Drummond —dijo Dougal.

Johnny le lanzó una mirada significativa a Kirsty, y esta lo fulminó con la suya.

Dougal comprendía la reacción de ella ante la chanza de los ancianos; aunque las preguntas eran en parte serias, los viejos no podían evitar añadir un toque burlón. Además, eso parecía una prueba más del aislamiento de Askaval. En Bruard, lo habían molestado intentando buscarle una esposa desde que él había tenido la edad suficiente para fijarse en las chicas.

Kirsty cruzó los brazos y miró a los ancianos con el ceño fruncido.

—Dejando de lado la cuestión de la virilidad del señor Drummond, ¿me vais a ayudar? Nos quedan solo un par de horas de luz.

Johnny la observó con una sonrisa maliciosa.

—¿A cambio de una ronda, Kirsty querida?

Esta, pese a todo, soltó una risita, y Dougal se sintió impresionado por su buen carácter.

—Dos rondas, si os dais prisa y dejáis de avergonzar a nuestro invitado.

—Vaya, yo no me siento avergonzado —dijo Dougal—. Un poco de curiosidad es natural.

Bill se mostró satisfecho.

—Me caes bien, muchacho.

Johnny se levantó.

—Pues manos a la obra —dijo—. Esos árboles no se cortarán solos. Y nuestra Kirsty necesita uno o dos acompañantes como carabina.

—No necesito ningún acompañante —protestó ella, indignada—. ¡Os estáis excediendo!

—Solo asegúrate de no excederte tú, chico —dijo Johnny, dirigiéndose a Dougal—. Recordamos bien cómo era ser joven, ¿verdad, muchachos?

—Oh, claro que sí —dijo Bill, con un brillo nostálgico en sus ojos.

—Pues poned toda esta energía en ayudarme a preparar la Navidad —dijo Kirsty.

—¿Por dos rondas? —preguntó Jock, esperanzado.

—Ya veremos —contestó Kirsty, alejándose con un paso firme y molesto que Dougal no pudo evitar observar. Con o sin Bella Ellen, retaba a cualquier hombre a no disfrutar de la vista de la señorita Kirsty Macbain alejándose con ese orgullo tan natural en ella.

Dougal notó la mirada atenta de Jock sobre él y se dio cuenta de que el anciano había captado su interés. Y que lo aprobaba.

—Solo estaré aquí hasta mañana —dijo Dougal, aunque no tenía que dar explicaciones a esos viejos pícaros sobre su interés en una muchacha bonita.

—Eso ya lo ha dicho, chico —comentó Jock con un tono neutral que hizo que Dougal lo mirara con cierta suspicacia.

—Sí, ya lo ha dicho —añadió Johnny.

—La señorita Macbain lo sabe.

—Estoy seguro de ello —dijo Bill con el mismo tono ligero.

—Hemos oído que vas en busca de la Bella Ellen de las Islas. Ese es el asunto que te espera al oeste de Lewis —dijo Johnny—. ¿No puedes quedarte aquí unos días, ni siquiera para celebrar el Día del Señor.

Maldita sea. Dougal se dio cuenta de que se estaba sonrojando de nuevo.

—¿Cómo saben eso?

Johnny se encogió de hombros.

—Es una isla pequeña, y tú, muchacho, eres lo más interesante que ha pasado aquí desde que la perra de Peg tuvo un cachorro con un ojo marrón y otro azul.

A pesar de su incomodidad, Dougal no pudo evitar reír ante esos viejos traviesos y sus ocurrencias.

—Bueno —dijo—, puedo imaginar que fue todo un acontecimiento.

—El mejor perro pastor de Askaval, pero eso es otra historia. Dicen que te diriges a Innish Beag.

Ya no tenía sentido ocultar su propósito.

—Sí, así es.

—¿Por qué Innish? —Bill frunció el ceño—. Yo escuché que la muchacha estaba en Inch Kenneth, frente a Mull.

Jock se mostró pensativo.

—Pero yo he oído que la retenían en una torre sobre una roca al oeste de Hyskeir.

Johnny agitó la mano.

—Bah, los dos estáis mal de la cabeza. Todo el mundo sabe que ella está recluida en un escollo frente a John O'Groats.

Dougal sentía que el desánimo se apoderaba de él. Había prometido encontrar a la Bella Ellen. La buscaría en cada isla de las Hébridas si hacía falta, pero llevar de vuelta a Bruard a su doncella rescatada antes del invierno le empezaba a parecer un sueño lejano.

—Mi sobrino conoció al que construyó la torre —dijo Bill de repente.

—¿En serio? —Johnny lo miró con escepticismo—. El barquero de Lewis debe de haber conocido a ese mismo tipo, pero me contó una historia distinta. O puede que fuera el encargado en Jura quien me lo dijo.

—Supongo que usted lo escuchó con sus propios oídos, ¿verdad? —preguntó Dougal a Jock.

El anciano negó con la cabeza.

—No sabría decir quién me dijo que ella se encontraba en Hyskeir. Yo estaba borracho en ese momento.

Johnny soltó otra risita.

—Eso suena bastante probable.

Jock lo miró con una seriedad que contrastaba con el tono de la conversación.

—Muchacho, admiro tu ambición por rescatar a la chica. ¿Se te ha ocurrido pensar que esas historias sobre ella no son más que susurros llevados por el viento de las Highlands? No sé si en Bruard pasa igual, pero aquí, en las islas, escuchamos montones de disparates. La mayoría resultan ser poco más que sueños empapados de whisky, cuentos de viejas o simples fantasías.

—Sí, a veces los cuentos de hadas se disfrazan de verdad —admitió Dougal con cautela—. Hay muchas noches de invierno en las que una historia fantástica puede sonar tan creíble como entretenida.

—¿Y no te suena a cuento eso de la Bella Ellen? Piénsalo, jovencito. La doncella más hermosa de las Highlands encerrada en una torre en lo alto de un risco imponente, y solo el caballero más valiente del reino puede salvarla. Mi abuela me contaba ese mismo cuento cuando yo era niño, por Dios.

Dougal se removió incómodo bajo la mirada perspicaz del anciano.

—Que suene a cuento de hadas no significa que sea una mentira.

—Quizás no sea una mentira, pero puede que sea una verdad demasiado exagerada —dijo Bill, y Dougal ocultó un leve gesto de incomodidad ante la amabilidad en la voz del hombre.

—Siento en los huesos que es cierto —dijo Dougal, pensando que ojalá tuviera algo más concreto que ofrecer a su escéptica audiencia.

—Oh, los huesos pueden ser cosas muy poderosas —replicó Johnny—. Ahora mismo, los míos me dicen que preferiría quedarme aquí antes que ir a molestar a unos inocentes acebos que nunca me han hecho daño.

Dougal miró al frente y notó que Kirsty atravesaba un campo a lo lejos. Agradeció que el trío de isleños hubiera cambiado de tema. No era un necio, aunque tenía la sospecha de que Bill, Johnny y Jock así lo consideraban a él. Los numerosos relatos sobre la Bella Ellen y el hecho de que la historia pareciera ser de origen reciente, lo habían convencido de que la existencia de la dama iba más allá de la famosa imaginación de los escoceses.

—Nuestra Kirsty está decidida a que la ayudemos —dijo Bill.

—Y no olvidéis que hay dos rondas en juego —apuntó Jock.

—Solo si ella quiere —comentó Johnny.

—Johnny, ya sabes que nuestra pequeña Kirsty es blanda de corazón —dijo Jock—. Pagará nuestras dos rondas, bien lo sabes.

—Es una buena muchacha, Kirsty —dijo Bill, lanzando a Dougal una mirada astuta—. Y creo recordar que mencionaste que también es bonita, ¿verdad, chico?

Parecía que el tema de conversación no había cambiado, después de todo. Dougal emitió un gruñido sin humor.

—Sí, es bonita.

—Será mejor que vayas tras ella —dijo Jock—. Va a necesitar ayuda con la tala.

—¿No vienen ustedes? —preguntó Dougal.

—Llegaremos a su debido tiempo —respondió Bill—. Pero no nos esperes, muchacho. Sigue a Kirsty a través del campo y sube por la colina. Desde la cima verás el bosque en el valle de abajo.

—Sí, no tiene pérdida —añadió Johnny.

Dougal apenas se contuvo de sacudir la cabeza ante los viejos bribones y sus descarados intentos de hacer de casamenteros. Lo hacían de forma tan evidente y con tan buen humor que no podía enojarse. Aunque, si a cada hombre que desembarcaba en Askaval le daban el mismo tratamiento, imaginaba que sus bromas le parecían menos divertidas a Kirsty. Él solo la conocía de un día, pero ya había notado que era una joven orgullosa.

Un hombre que partía con la marea de la mañana podía tomarse las maquinaciones de los lugareños con calma. Mientras tanto, había prometido ayudar a una chica encantadora a recoger ramas para la celebración de la Navidad. Y Kirsty Macbain era mucho más agradable a la vista que sus envejecidos convecinos.

Capítulo 5

Kirsty se levantó de la cama, se quitó el camisón de franela y lo dejó caer sobre una silla. En pocos minutos, ya estaba vestida con su camisa y pantalones y bajaba las escaleras. Se detuvo un instante para recoger el bulto pesado que había dejado escondido tras el poste de la puerta después de la cena.

Seguía haciendo buen tiempo, aunque al salir al aire libre, se alegró de haberse puesto una chaqueta antes de abandonar la casa. La lluvia no la habría detenido, pero habría hecho la excursión mucho menos cómoda. Además, no le convenía dejar barro por todas partes y correr el riesgo de que su salida fuera descubierta.

A la luz del farol, recorrió el sendero que llevaba al muelle y luego giró hacia el puerto.

—No lo entiendo —dijo Dougal, de pie en el muelle y con el ceño fruncido mientras observaba el agua que se filtraba a través del casco de su barco con cada suave ola—. Juraría que había reparado todos los daños.

El día había amanecido despejado, con un ligero viento del sur, justo lo que necesitaba para poder navegar. Dougal se había levantado temprano y había salido de la casa antes del desayuno para comprobar su embarcación, asegurándose de que todo estuviera listo para zarpar.

Ahora, Kirsty observaba a su lado el *Kestrel* con una expresión preocupada.

—Parecía que había hecho usted un buen trabajo… —dijo ella.

Esa mañana, Kirsty llevaba una blusa y una falda con un patrón de cuadros azul y amarillo claro que Dougal reconoció como el tartán de los Macbain. Un chal del mismo diseño cubría sus hombros. Su cabello oscuro, brillante como la tinta, estaba trenzado hacia atrás, y se veía fresca, dulce… y demasiado bonita para un hombre que estaba decidido a dejarla.

Aunque, por lo visto, Dougal debía quedarse en Askaval al menos un día más. La Bella Ellen seguiría retenida, pero poco podía hacer él al respecto.

Al menos, ahora estaba vestido con su propia ropa, de modo que, si estiraba los hombros, no temía romperse la camisa. Fiel a su palabra, Kirsty había rescatado su bolsa empapada por la mañana, y había dispuesto que las criadas lavasen cada una de las prendas que contenía.

—Eso creía —le respondió Dougal—. No encontré desperfectos en el casco, pero parece que se me pasaron por alto.

Él no logró comprender del todo la mirada que ella le dirigió.

—Hay una playa cerca. Podría usted remar hasta allí y sacar el barco a tierra para hacer las reparaciones. Puede que así sea más fácil.

Él observó la capa de agua dentro del casco.

—No estoy seguro de que lo consiga.

Kirsty alzó una ceja.

—Si voy con usted y achico el agua, deberíamos lograrlo. No está lejos, y es un día perfecto para navegar.

—*Aye* —respondió Dougal, deseando poder aprovecharlo—. ¿Haría eso por mí?

Ella levantó la cabeza y lo miró con gravedad.

—Por supuesto.

Dougal esbozó una sonrisa.

—Gracias.

Su impresión de la hija de su anfitrión se había afianzado el día anterior, después de estar varias horas cortando ramas en su compañía. Los viejos de la posada también acudieron a la tarea, pero, en lugar de echar una mano, solo se dedicaron a parlotear. Aun así, Dougal y Kirsty se unieron a ellos en la taberna para beber las dos rondas que ella les había prometido. Parecía que Jock tenía razón al decir que la señorita Macbain era una persona de buen corazón.

Y también estaba claro que todos los que Dougal había conocido en la isla la adoraban.

—Es lo menos que puedo hacer —dijo Kirsty—. Y también le ayudaré con la reparación de su barco —añadió tras una pausa.

—Es usted muy amable.

Ella apretó los labios, como si el cumplido la incomodara. Eso era algo que a Dougal le gustaba de ella. Su falta de vanidad.

—No tiene importancia —dijo Kirsty.

—Tendré que imponerles mi presencia a usted y a su padre una noche más.

Ella hizo un gesto despreocupado.

—Es más que bienvenido a quedarse. A papá le encanta tener visitas y, de todos modos, usted le gusta.

—Y él a mí.

Durante la cena de la noche anterior, la conversación había sido fácil y mucho menos polémica que su charla con Johnny, Bill y Jock. El *laird* no había parecido tan interesado en ver a Dougal como un posible pretendiente para Kirsty, lo cual fue un alivio. No solo para él. Dougal estaba seguro que para Kirsty también.

Esta lo miró como si intentara leer su mente.

—¿De veras está tan decepcionado por no poder marcharse hoy?

¿Lo estaba? Tal vez, «decepcionado» no era la palabra adecuada. Le gustaba estar allí, en Askaval. Demasiado. El placer de la compañía de Kirsty estaba debilitando su determinación de embarcarse y cumplir con su misión. Si la influencia de esta *lassie* podía minar su empeño en un solo día, él temía lo que podría ocurrir si permanecía allí más tiempo.

Pero, por supuesto, no podía decirle eso. Así que enderezó los hombros y trató de hablar con una firmeza que no sentía en absoluto.

—Así es —dijo él—. Ya sabe usted lo ansioso que estoy por salvar a la Bella Ellen.

—Una mujer a la que ni siquiera conoce. —La voz de Kirsty sonó extrañamente plana a los oídos de Dougal.

—Ella se encuentra en apuros. La caballerosidad exige que cualquier hombre de carácter acuda en su ayuda.

—*Aye*…

«Otra respuesta plana», pensó Dougal. «Algo muy inusual para esta chica tan vivaz».

—No puedo ignorar la injusticia que sufre. —Maldita sea, ahora él sonaba como si se estuviese justificando.

Kirsty lo miró fijamente, y Dougal sintió que no estaba del todo satisfecha con lo que veía.

—La caballerosidad y todo eso... —dijo ella.

—*Aye*. —A pesar de saber que la señorita Macbain estaba en lo cierto, se sintió incómodo

bajo esa mirada evaluadora, como un niño que es sorprendido robando bollos de miel de la alacena.

—Podríamos llevar el barco ahora —ofreció Kirsty—. Luego nos uniremos a mi padre para el desayuno y empezaríamos con las reparaciones después.

Cuando ella cambió de tema para abordar un asunto más práctico, Dougal soltó un suspiro.

—Excelente idea —dijo.

—Bien —respondió Kirsty, todavía con tono apagado.

—Pero quizás no quiera mojarse las faldas.

—Necesitará a alguien para achicar el agua.

—Podríamos pedirle ayuda a Johnny, Bill o a Jock.

—Estarán durmiendo a esta hora. Me subiré las faldas. Si se mojan, sólo será cuestión de enjuagarlas con agua dulce más tarde.

—Debería haberse puesto los pantalones.

Ella le lanzó una mirada afilada que, de nuevo, Dougal no pudo interpretar.

—¿Se está burlando de mí, Dougal?

—Hoy está usted de un humor muy raro, señorita Macbain —dijo él frunciendo el ceño—. ¿Preferiría que me hubiera ido con la marea de la mañana, después de todo?

Para su sorpresa, ella se rió.

—En absoluto. Le dije que nos encantaría que se quedara aquí hasta después de Navidad.

Dougal se relajó. Ahora, ella se parecía más a la joven vivaz del día anterior.

—Y no bromeaba sobre sus pantalones —le dijo él—. Si tiene que trepar por un barco encallado, son mucho más prácticos que cincuenta capas de enaguas.

Kirsty alzó las cejas, sorprendida.

—Pensaba que no los aprobaba.

—Me desconcertó verla así por primera vez, pero, por lo que he podido observar, su atuendo poco convencional es práctico y no parece escandalizar a nadie en la isla. Está claro que, lleve lo que lleve, la respetan y la quieren como hija del *laird*. —Dougal hizo una pausa antes de añadir con tono más suave—: Y, si me permite decirlo, le sienta endemoniadamente bien.

Ella se ruborizó un poco.

—No me importa en absoluto que lo diga.

—Lo mismo podría decir del vestido de ayer. Y también de la blusa y la falda que lleva esta mañana.

«Detente, Dougal. Basta ya. Le juraste lealtad a la Bella Ellen. No tienes derecho a elogiar los encantos de otra mujer.»

Pero su boca parecía actuar por su cuenta, ignorando por completo los gritos de su conciencia. Para su horror, se oyó continuar:

—Es usted terriblemente hermosa. Podría recorrer toda Askaval vestida con harapos, y seguiría admirándola.

Los ojos de Kirsty se abrieron como platos, reflejando un asombro evidente. Sin duda, ella pensaba que estaba tan loco como él temía estar.

—¿De veras me admira? —preguntó, incrédula.

—*Aye*, claro que sí. Más de lo que puedo expresar. —Maldita sea, estaba sonrojándose otra vez—. ¿No se lo dije ayer?

Ella dio un paso atrás, como buscando espacio.

—Bueno… gracias —respondió, aunque su tono seguía diciendo que no acababa de creérselo.

Se instaló un silencio incómodo. Era la primera vez que Dougal vivía algo así con la señorita Macbain. Una de las muchas cosas que admiraba de ella —y no mentía en eso, aunque lamentara lo torpe que había sido al declararlo— era lo fácil que resultaba hablar con ella.

Sin embargo, la muchacha lo estaba mirando con una intensidad que lo hacía sentirse como un chiquillo pillado en falta. Peor aún, no podía apartar los ojos de ella.

Era extraño cómo parecía volverse más bonita a cada minuto que pasaba. La primera vez que la vio, le pareció llamativa, más que hermosa en el sentido clásico. Pero ahora, bajo la luz suave de una mañana de diciembre en las Hébridas, le parecía la mujer más bonita que había visto nunca.

Claro que él no había visto aún a la Bella Ellen. Las historias podían variar en detalles, pero todas coincidían en una cosa: su belleza era incuestionable.

«Eso no cambia nada, Dougal. Ellen es tu destino. Kirsty es solo una tentación pasajera.»

Por desgracia, en ese momento, Ellen parecía un cuento lejano y etéreo, mientras que Kirsty estaba ahí, frente a él, al alcance de su mano, mirándolo como si nunca hubiera visto a un hombre antes.

Sus ojos eran plateados como el mar al amanecer. Su piel, blanca como la leche. Sus labios, rojos y carnosos, estaban entreabiertos mientras tomaba aire con nerviosismo, dejando entrever unos dientes blanquísimos.

Unos labios que parecían tan suaves, tan cálidos, tan...

Dougal parpadeó y se dio cuenta de que se estaba inclinando hacia Kirsty, como si fuera a tomarla en sus brazos. «¿Qué demonios te pasa, Dougal? Esto no es más que una parada temporal en tu viaje. Tienes grandes cosas por hacer, y no incluyen a esta mujer».

Se enderezó de golpe y retrocedió, rompiendo la conexión que parecía haberse formado entre ambos. Porque, por su parte, y por mucho que deseara negarlo, aquello no era otra cosa que pura atracción.. Carraspeó y desvió la mirada hacia su barco. El agua dentro del casco había subido unos centímetros más, según había temido.

Tenía que salir de esa isla cuanto antes.

Volvió a carraspear.

—Vamos a llevar el barco a la playa que mencionó —dijo—. Seguro que el daño no es grave y puedo arreglarlo en un día. —Su voz sonó áspera, y era demasiado consciente del calor que le subía por el cuello.

Cuando él se giró, tuvo que reprimir un gemido. Kirsty estaba recogiéndose las faldas. ¿Había sido él el idiota que lo había sugerido?

Dougal cerró los ojos, pero era demasiado tarde. Había visto sus piernas, esbeltas y cubiertas por medias verdes, con un pequeño lazo amarillo atado a la rodilla. Sabía que la imagen de aquella liga ondeando sobre la curva de su pantorrilla lo perseguiría sin descanso. Definitivamente, era hora de marcharse. Aunque salir de allí no sería tan fácil con una embarcación medio llena de agua.

Él le indicó que bajara primero las escaleras y se prometió no volver a mirar sus piernas. Al menos, las faldas le cubrían ahora hasta las rodillas. Pero, cuando ella saltó al *Kestrel* con una ligereza que hizo que su rebelde corazón le diera un vuelco, Dougal vislumbró de nuevo el pequeño lazo amarillo.

Sus manos se cerraron en puños. Solo un canalla saltaría tras ella para desatar esas ligas, tocar esas piernas y deslizar las manos por sus muslos hasta perderse en el paraíso.

Más despacio, la siguió hasta el barco y le tendió el achicador. Si él podía arreglárselas sin su ayuda, por Dios, la mandaría de vuelta a casa. Pero, por desgracia, sin alguien que achicara,

acabaría atravesando el mar a nado.

—Tenga. —Dougal intentó que no se le notara la tensión en la voz.

Ella lo miró con curiosidad, pero tomó el achicador y comenzó a trabajar con vigor. Lo cual, para empeorar las cosas, la obligó a quitarse el chal. Cada vez que ella se inclinaba y se estiraba, él notaba el movimiento de su pecho o cómo la falda se ceñía a sus caderas.

Dougal se sentía como un bruto, un completo animal. A este paso, no sería digno ni de la Bella Ellen, aunque llegara a encontrarla.

Solo cuando navegaban fuera del pequeño puerto, un pensamiento fugaz lo golpeó. Mientras él había mirado a Kirsty como hechizado, ella lo había mirado exactamente de la misma forma.

Capítulo 6

—¡Maldita sea, esto no tiene ni pies ni cabeza!

Kirsty levantó la vista de donde estaba guardando provisiones en el fondo del casco del *Kestrel*. Dougal debía de haber descubierto dónde había aflojado los remos.

El bote había estado dos días en la playa mientras él trabajaba en él. Pero estaba tan satisfecho con los avances que, la noche anterior, había remado hasta el cabo y había atado la nave al muelle para salir temprano al día siguiente. Ahora se encontraba en la popa, mirando con desánimo el daño causado.

—¿Qué ocurre? —Kirsty se levantó y trató de parecer preocupada e inocente, lo que se estaba volviendo más difícil con el paso de los días.

—Podría jurar que revisé estos remos ayer. Y ahora están rotos. Y también juraría que esas tablas estaban alineadas, y ahora están desajustadas.

—Pasó por una tormenta tremenda —dijo Kirsty, esperando no sonar tan falsa como le sonaba a ella misma. —No es de extrañar que el bote necesite reparaciones.

Con un gruñido de frustración, Dougal se pasó una mano grande por su espeso cabello rojo.

Cada mañana, antes de encontrarse con Dougal, Kirsty se decía a sí misma que se había imaginado su belleza, que él no podía ser tan espectacular como lo recordaba. Luego lo veía, y su corazón hacía volteretas en su pecho y las rodillas se le volvían de gelatina, y entonces sabía que la imagen que llenaba sus sueños cada noche no hacía justicia a su gloriosa realidad.

En ese momento, con el cabello revuelto y la irritación brillando en sus ojos azules, Dougal parecía que nunca un ángel, aunque tal vez uno vengativo. Kirsty reprimió un escalofrío al preguntarse qué haría él si descubría su traición. Pero no hacía falta imaginarlo. Ese rico cabello rojo sugería un terrible temperamento, aunque él había sido el mejor de los compañeros. Casi deseaba que él tuviera mal carácter. Cada momento a su lado la sumergía más en su enamoramiento.

—Han pasado tres días. Mañana es Nochebuena. Y el *Kestrel* siempre ha sido un barco fiable. Brendan MacNeill es un buen artesano. No construiría un barco que se viniera abajo después de un poco de mal tiempo.

—¿Sería tan horrible quedarse aquí? —preguntó ella en voz baja.

Durante tres noches seguidas, Kirsty había salido sigilosamente de la casa para hacer destrozos en el *Kestrel*. Había sido cuidadosa, causando solo daños menores, pero se le estaba agotando el tiempo. Y también la forma de hacerlo sin que Dougal notara que intentaba mantenerlo en Askaval.

En su segundo día en la isla, él le había dicho que la admiraba. Se preguntó si también estaba listo para admitir que estaban destinados a estar juntos. Por un breve instante, en el muelle, la miró como si ella fuera la respuesta a todas sus oraciones. Incluso recordar ese momento fascinante hacía que su corazón hiciera acrobacias.

Pero desde entonces, él se había refugiado en una amistad cautelosa que hacía que Kirsty

ansiara ver alguna señal de que pensaba que ella era especial. Habían trabajado juntos en una armonía que la hacía sentir como si se estuviera muriendo de hambre, mientras tenía a su alcance de una comida nutritiva. Habían arreglado el bote; habían preparado la gran casa para Navidad; habían comido juntos; se habían sentado a charlar por las noches con su padre. No podían estar más unidos, a menos que escandalizara a su padre y a los isleños metiéndose en la cama de Dougal.

Kirsty tenía la sensación de que, si tomaba semejante paso escandaloso, Dougal solo le dirigiría una fría y desinteresada sonrisa y le diría que se fuese a dormir sola.

Esa misma sonrisa fría y encantadora que le había estado dedicando durante los últimos tres días.

Ahora se giró hacia ella, sonriendo como si no fuera nada más que una conocida casual. El ardiente corazón de Kirsty se encogió con un doloroso anhelo mientras buscaba en su rostro algo más allá de la mera amabilidad. Buscó en vano.

—La hospitalidad aquí no podría haber sido más cálida —declaró Dougal.

—Pero quiere irse —dijo ella, preguntándose por qué insistía en el tema. Cuando hablaba de su partida, siempre sentía como si estuviera hurgando en una herida.

Ya sabía que él quería irse. Cada día hablaba de zarpar con la próxima marea, y ella no había notado ni el más mínimo tono de arrepentimiento en su voz.

No, él solo se lamentaba por haber descubierto que su barco ya no era apto para navegar.

Ella debería odiarse a sí misma por engañarlo de manera tan descarada. Una cosa era segura, si él se enteraba de sus actividades nocturnas, la odiaría. Era un pensamiento aterrador, pero no lo bastante como para hacerla cambiar de planes.

Él suspiró de nuevo.

—Sí, quiero irme. Pero si esa tormenta me enseñó algo, es que necesito una nave más fiable.

Si Kirsty tuviera algo de conciencia, se quedaría en la cama esa noche y se ahorraría un viaje en la fría oscuridad de diciembre. Estaba claro que Dougal no estaba más cerca de enamorarse de ella hoy que cuando llegó aquella mañana. Era cruel mantenerlo alejado de su misión.

Pero ella ya estaba pensando en la idea de hacer algunos agujeros pequeños detrás del armario donde él guardaba sus provisiones. No estaban a la vista, de modo que él no tendría idea de que alguien estaba conspirando para retenerlo en la isla. Solo faltaban dos días para Navidad. Seguramente, él no querría viajar en el día de la Natividad del Señor.

Quizás después de eso, este inusual período de buen tiempo acabaría y lo mantendría aquí por más tiempo. Entonces…

«Kirsty, eres malvada», se dijo a sí misma.

—No querrá arriesgarse a hundirse —dijo ella al fin, y se alegró de que su tono sonara justo como el de una amiga preocupada.

Lo observó guardar su frustración y afrontar la tarea con la firmeza que había empleado desde el principio. La Bella Ellen —si es que la zorra existía— era una afortunada.

—No, no quiero. Así que pongámonos a trabajar.

¿Era un progreso que él asumiera que ella se quedaría a su lado todo el día? Kirsty debería ayudar con los dulces de Navidad. De hecho, se sorprendió de que Ruth no la hubiera alcanzado para insistirle en que hiciera su parte.

—Sí, sí, capitán —dijo ella con una sonrisa burlona, lo que provocó la sonrisa que había pretendido.

Le encantaba su sonrisa. Le encantaba forma en que su rostro se arrugaba con un gesto de diversión y sus ojos azules brillaban. Cada vez que él le sonreía, ella caía más y más bajo su

hechizo.

Si el destino no tenía la intención de que este hombre hermoso fuera para ella, ¿por qué diablos lo había traído a sus isla? Dougal era perfecto para ella en todos los aspectos. Excepto en uno. Era un poco lento para darse cuenta de que Kirsty Macbain también era perfecta para él.

—Así me gusta —dijo Dougal—. Obediencia inmediata.

Cuando él pasó a su lado, rozó su cuerpo. El pequeño barco ofrecía un espacio restringido, aunque, para su pesar, Dougal había siso hasta el momento un perfecto caballero. Kirsty se detuvo para subirse más las enaguas y luego las sujetó con su cinturón para que no tocaran el agua que llenaba el casco, cortesía de su propio trabajo con el taladro la noche anterior. Un cosquilleo en el cuello le dijo que él la observaba mientras ella revelaba sus tobillos y pantorrillas, cubiertas por unas bonitas medias azules bordadas. Pero cuando Kirsty se giró, él seguía mirando los remos dañados.

No la había estado mirando. Claramente, era solo un deseo por su parte. Kirsty se contuvo para no suspirar y salió del bote en busca de más suministros para el viaje que esperaba que él nunca realizase.

Kirsty había perdido el ánimo al ver que, por más que lo intentara, parecía que todos sus esfuerzos malintencionados eran en vano. Deseaba a Dougal Drummond más de lo que había deseado algo jamás. Sin embargo, cada vez que él abría la boca, era para herirla.

Dougal reprimió una maldición al golpearse el pulgar con el martillo por segunda vez en media hora. Dolía como el demonio.

Maldita sea, era increíblemente difícil concentrarse en reparar su barco cuando no podía quitarse de la cabeza la imagen de esas medias azul celeste que envolvían aquellos esbeltos muslos. No veía los clavos que estaba clavando en el casco del *Kestrel*, solo podía ver las piernas de Kirsty bajo sus faldas de tartán. El recuerdo le secó la boca por completo.

Lo más curioso de todo esto era que ya tenía una idea bastante clara de cómo era el cuerpo de la muchacha. Después de todo, la había visto con sus pantalones ceñidos, que dejaban poco a la imaginación.

La deseaba con todas sus fuerzas, maldita sea. Incluso cuando no estaba con ella, su mente no dejaba de atormentarlo con imágenes de lo que podría ver si ella no llevase puesto nada en absoluto, mientras su magnífico cabello negro flotaba sobre su piel desnuda. Ni siquiera podía escapar de esta tortura cuando dormía. Durante las últimas noches, sus sueños, ardientes e inquietos, lo atormentaban. Cada vez que intentaba tocarla, ella desaparecía, dejándolo con los brazos vacíos y un dolor insoportable.

Dougal necesitaba irse de Askaval, pero hasta que su barco no estuviese arreglado, quedaría atrapado allí. Y cada día, los encantos de este lugar lo envolvían más y más, hasta que sofocaban por completo su propósito.

Cuando llegó, la isla le había precido un destino poco prometedor. Pequeña, aburrida, incomunicada, aunque, sin duda, próspera. Pero después de pasar casi toda una semana allí, pensaba que era uno de los lugares más bonitos que había visto. Las playas y los cabos eran de una belleza impresionante. Las suaves colinas y los verdes campos llenaban de paz su alma, acostumbrada a las salvajes y rocosas Highlands.

Lo mismo ocurría con la gente. Su anfitrión, Gus, era afable, encantador y siempre tenía historias entretenidas que contar. Los isleños con los que se había cruzado eran orgullosos, francos y le habían ofrecido una cálida bienvenida. Las ocurrencias de Johnny, Jock y Bill nunca dejaban de hacerle reír.

Y luego estaba la hija del *laird*.

Al igual que la isla, sus encantos lo habían envuelto poco a poco. Ni siquiera la había considerado particularmente bonita cuando la conoció. Ahora, no se sentía despierto hasta que veía ese rostro tan expresivo y vibrante y escuchaba su voz baja y ronca deseándole los buenos días.

Empezaba a pensar que era la chica más encantadora que había visto en su vida. Lo que lo hacía sentir como si estuviera traicionando a la Bella Ellen.

Pero la Bella Ellen no compartía el espacio reducido del casco de un bote con él. La Bella Ellen no lo volvía loco con el aroma de las flores silvestres aplastadas. La Bella Ellen no se rozaba con él cada vez que tenía que alcanzar un trapo o una herramienta.

Aún peor, la marea baja significaba que el barco estaba a un nivel muy inferior del muelle, por lo que no había nadie observándolos mientras la tarde se convertía en noche. En ese momento, Dougal habría dado cien guineas por tener media docena de ojos curiosos fijos en el *Kestrel*, para ayudarlo a mantenerse en el camino recto. Él y Kirsty tenían demasiada intimidad para su tranquilidad.

—¿Está bien, Dougal? —preguntó ella detrás de él.

—Claro que estoy bien, diablos —bufó Dougal, girándose para mirarla.

—No lo parece. —Esos malditos ojos tan perceptivos como espejos plateados lo miraban fijamente. —Y sigue gruñendo en voz baja.

Sintió cómo el color le subía a la cara. Nadie en este mundo lo hacía sonrojarse como esa chica.

—Lo siento.

Ella parecía preocupada.

—Sé lo difícil que debe de ser para usted, atrapado aquí cuando tiene otros lugares a donde ir.

Dougal no soportaba ver cómo se opacaba el espíritu brillante de Kirsty. Ella había nacido para sonreír y ser feliz. Él ardía en deseos de dedicar su vida a asegurarse de que nunca estuviera triste, cuando la dolorosa verdad era que ya había hecho su elección en un lugar lejano. Cuando dejara Askaval, era muy probable que nunca volviera a verla.

Eso le desgarraba el corazón y lo hacía querer gritar al viento.

Que Dios lo ayudara. Tenía un gran problema. ¿Qué demonios le pasaba?

Apenas logró contenerse para abrazarla y decirle que todo iría bien, porque él se encargaría de ello. El dolor que profundizaba esos ojos grises y translúcidos hizo que quisiera romper algo con el martillo que aún sostenía en la mano.

—¿Dougal? —preguntó ella con incertidumbre, y él se dio cuenta de que la estaba mirando como un lunático. Movió la cabeza y se recordó a sí mismo que tenía grandes logros que cumplir y gran fama que alcanzar. No podría conseguir ninguna de esas cosas en la pequeña y encantadora Askaval.

—No tengo derecho a descargar mi mal humor sobre usted, señorita Macbain —dijo, con voz áspera—. ¿Ya ha terminado?

Ella miró la vela que tenía en las manos y asintió. Seguía viéndose extrañamente apagada. Desde el día en que la conoció, el aire a su alrededor vibraba con vida. Pero esa tarde, esa vitalidad parecía atenuada.

Y no le gustaba.

—Sí, está lista para su viaje de mañana.

Dougal frunció el ceño.

—Le agradezco todo su esfuerzo, sobre todo, porque esto se ha convertido en un gran tarea, en lugar de una reparación de una sola tarde. Sin su ayuda, dudo que estuviera listo para partir incluso ahora.

Eso no pareció alegrarla.

—Lo he disfrutado —dijo Kirsty.

—Yo también —respondió Dougal, no del todo contento de darse cuenta de que era la verdad.

Kirsty había sido una compañía maravillosa. Alegre. Inteligente. Interesante. Y una razonable conversadora. Si él hubiera pasado todo este tiempo con sus hermanas, se habría quedado sordo. Ellas nunca callaban y solo hablaban de cosas que a él no le importaban en absoluto, aunque las quería. Kirsty siempre encontraba el equilibrio adecuado. El hombre con el que ella se casara algún día sería afortunado.

Ahora, Dougal no se sentía tan feliz. Claro, la chica se casaría. Aunque no fuera tan brillante ni tan bonita, era la heredera de Askaval. Algún malnacido que iría tras el dinero la ganaría tanto a ella como a la isla.

—La voy a echar de menos —dijo, aunque sabía que debía callarse. ¿Qué sentido había en seguir lamentándose, si tenía toda la intención de irse a la mañana siguiente?

Los ojos de ella se oscurecieron mientras lo observaba.

—Yo también lo voy a echar de menos —dijo, antes de que él pudiera identificar la emoción que espesaba su voz. Luego continuó con rapidez, con un tono más alegre—: Usted se ha ganado a todos en la isla.

¿Y nada más? Dougal quiso hacer la pregunta, pero esta vez su discreción prevaleció y volvió a concentrarse en terminar lo que estaba haciendo. La tarde de invierno avanzaba, y la luz en el barco era escasa.

—¿Debería encender las velas? —preguntó Kirsty, demasiado cerca aún.

Dougal dejó el martillo y se giró para mirarla.

—No, ya he terminado. Quiero...

Maldita sea, ella estaba aún más cerca de lo que había pensado. Apenas unos centímetros los separaban. Respiró hondo y su mente se llenó del evocador aroma de Kirsty. Un toque del aire salado que siempre parecía rodearla, como si ella fuera parte del mar salvaje y el cielo, aquí, en su hermosa isla.

—¿Quieres...? —repitió ella, inclinándose aún más hacia él.

Dougal tragó para aliviar la presión en su garganta, mientras su corazón daba saltos en su pecho como un saltamontes.

—Quiero... —Sonó como si le faltara la voz. Sus manos se cerraron en puños a sus costados, y la cabeza le daba vueltas con un sinfín de anhelos imposibles.

«Quiero abrazarte».

«Quiero besarte».

«Quiero llevarte lejos en mis brazos, cruzar las olas y llevarte de vuelta a Bruard».

«Quiero...».

No podía decir en voz alta ninguno de esos deseos prohibidos, pero mientras Kirsty lo miraba, sus ojos se agrandaron como si hubiera escuchado las palabras de todos modos.

—¿Sí? —susurró ella, aunque no había nadie más que él para escuchar. Ni siquiera los viejos que se sentaban fuera de la taberna, que ya se habían retirado a sus hogares hacía una hora.

El día ya llegaba a su fin. Dougal tenía una noche más por delante en Askaval, antes de partir para siempre.

Eso había sido su objetivo desde que llegó. ¿Por qué ahora le parecía un castigo peor que la muerte?

Los labios de Kirsty se separaron. Esos labios rojos y llenos que en sus sueños impuros lo besaban una y otra vez. A través de la penumbra, vio sus dientes pequeños y rectos. Los ojos plateados se volvieron suaves y nebulosos, como la niebla que se deslizaba desde el mar.

—¿Kirsty? —dijo él con voz quebrada.

—¿Sí? —repitió ella, mirándolo a los ojos sin parpadear.

—Oh, Dios… —murmuró Dougal, y extendió la mano para cogerle los brazos con manos temblorosas. Por un momento abrasador y perdido, se quedó absorto en ese rostro inolvidable.

Luego, que el Cielo lo ayudara, la besó.

Capítulo 7

El jadeo de sorpresa de Kirsty se convirtió en un largo suspiro tembloroso de placer. Se inclinó hacia él y se entregó al beso. Los brazos de Dougal la rodearon, y su corazón golpeó contra sus costillas antes de comenzar una carrera acelerada. Él emitió un sonido bajo de satisfacción contra sus labios y apretó sus brazos aún más alrededor de ella, atrayéndola hacia su cuerpo.

Más calor. Más emoción. Sintió como si sus huesos se derritieran en miel caliente, y se pegó a él, deseando más. Deseando que esto nunca terminara.

Durante días, su aroma masculino y penetrante la había atormentado, se había colado en sus sueños. Ahora, ese aroma se convertía en el aire que respiraba.

De forma instintiva, separó los labios, deseando más de su delicioso sabor. Otro de esos susurros inarticulados de aliento... Y luego, sorprendente, deliciosamente, sintió su lengua deslizándose en su boca. Un sonido de sorpresa se escapó de ella, mientras la suya propia respondía al contacto.

Este encuentro ansioso y voraz la hacía temblar y desear más. Un latido profundo de deseo comenzó a palpitar entre sus piernas, y un pesado calor de excitación se instaló en su interior. Nunca había sentido algo igual. Y aún así, su boca seguía saqueando la suya, reclamándola como parte de él.

Cuando se apartó, la cabeza le daba vueltas por la falta de aire y el arrollador asalto de necesidad que la embargaba. Sentía las rodillas como lana mojada, y su corazón galopaba más rápido que un caballo salvaje. Las manos poderosas y tiernas de él sobre sus brazos fueron lo único que la mantuvo en pie. En estos días de hambre por Dougal, no había comprendido hasta ahora que el amor podía ser tan carnal.

—Kirsty…

—¿Sí? —susurró ella, mirándolo atónita.

Siempre lo había considerado guapo. Ahora, con esos ojos ardientes de fuego azul y el ardor reflejado en sus facciones esculpidas, su belleza parecía incandescente.

Sus manos acariciaban sus brazos, y ella se acercó más. La dicha la inundó al darse cuenta de lo que eso significaba. Al fin, había ocurrido. Seguramente, todas sus oraciones habían sido respondidas. Dougal reconocería el vínculo inquebrantable que los unía, el vínculo que ella había reconocido desde su primer encuentro. Le diría que la amaba. Le diría que ella era la única mujer para él. Le diría que se quedaría.

Y si el destino tuviera un mínimo de misericordia, la besaría de nuevo. Podría pasar el resto de su vida besando a Dougal Drummond y contar los años bien vividos. Sus besos la llevaban al cielo, aunque él se había retirado demasiado pronto.

—Tenemos que parar.

Kirsty frunció el ceño, sin entender. Las palabras estaban demasiado alejadas de la declaración que ella esperaba, la que anhelaba oír.

—No, no tenemos por qué —dijo—. No hay nadie que nos pueda ver.

Un sonido bajo surgió desde lo más profundo de la garganta de él. No, para su pesar, no era el gruñido de placer que había hecho vibrar sus sentidos. No, esto sonaba… enfadado.

—Eso no es lo que importa. Soy un invitado en la casa de tu padre. No he recibido más que amabilidad de su parte. Y de la tuya. Te mereces algo mejor que ser mancillada por un hombre que se marchará con la siguiente marea.

Kirsty movió la cabeza y logró esbozar una sonrisa. Dougal era un verdadero caballero.

—No me siento mancillada. Me siento… deseada.

Entonces, el velo en su mente se despejó lo suficiente para entender su expresión. No parecía un hombre que hubiera conseguido sus sueños más deseados. Parecía infeliz, incómodo y, lo peor de todo, culpable. Al fin, Kirsty entendió lo que él quería decir, y el calor que latía en su sangre se convirtió en un hielo afilado que cortó sus ilusiones como una navaja.

—¿La siguiente marea? —repitió ella lentamente.

Dougal la miró con gesto severo.

—Sabes que debo irme, ¿verdad, *lassie*?

—Sé que esa era tu intención cuando llegaste —dijo Kirsty con voz plana.

¿Cómo podía todo ese calor tan hermoso evaporarse en nada? Cuando la besó, ella pensó que nunca volvería a sentirse sola. Ahora se sentía más perdida y sola de lo que se había sentido desde la muerte de su madre.

Y lo peor de todo, se sentía avergonzada.

Dougal la soltó con brusquedad, y a Kirsty se le partió el corazón. Dio un paso atrás, lo más lejos que pudo, aunque en el *Kestrel* no había mucho espacio.

—Nunca he ocultado mis intenciones de irme —declaró él.

—No —dijo ella—. No lo has hecho.

Ciegamente, Kirsty extendió la mano y rodeó con sus dedos el mástil de suave roble. El placer pudo haberse desvanecido, dejando solo amargura, pero los efectos físicos de su beso seguían allí. Sus piernas no parecían lo bastante fuertes para sostenerla.

—Lo siento mucho —dijo él con la misma voz apagada de ella. —No sé qué me pasó.

—No ha pasado nada —respondió Kirsty, si no contaba su corazón hecho añicos y este horrible desenlace del acontecimiento más maravilloso que le había ocurrido en la vida.

Dougal no solo parecía desconcertado, sino también molesto.

—¿Estás diciendo que esto no es nada fuera de lo común para ti? ¿Que vas por ahí besando a todo el mundo? —dijo él.

—No tienes derecho a preguntar eso —respondió ella, dejando que el calor de la ira la envolviera. El problema era que, una vez pasara la rabia, seguiría destrozada y rechazada, y maldita sea, seguiría enamorada de este gran tonto.

El calor en su rostro se convirtió en vergüenza, en lugar de pasión. Porque había sido pasión. Apostaría lo que fuera a que lo había sido. Seguro que ella no se equivocaba al pensar que, por un instante, él había olvidado su misión y había disfrutado besándola, sin importar lo decidido que estuviera ahora a negarlo.

—Te pido perdón. No, no hago eso que dices —declaró ella.

Se dijo a sí misma que dejara de hablar, que saliera del bote y regresara a la casa de su padre. Pero algún demonio la tenía mirando a Dougal con una ira que no sentía realmente. Ya había sido humillada lo suficiente, pero parecía que estaba lista para recibir más humillación, que Dios la ayudara.

—¿Te sentirías mejor si pudieras culparme a mí de lo que acaba de pasar, verdad? —le

preguntó ella.

Un músculo se movió en la mejilla de él, y sus ojos se entrecerraron al mirarla.

—En absoluto.

—Para que lo sepas, nunca he besado a nadie más que a ti. Y si siempre es así después, espero de corazón no volver a besar a nadie nunca más.

Dougal se estremeció y volvió a mostrar esa culpabilidad. Kirsty odiaba que él dejase tan claro que quisiera hacer retroceder el reloj para que nunca se hubiera producido ese beso.

—Kirsty, te ruego que me perdones. No estoy manejando esto bien.

—En eso tienes razón.

—Debes de despreciarme por abalanzarme sobre ti de una manera tan tosca.

La angustia la inundó. No había sido tosco. Había sido glorioso. El hecho de que él se negara a admitirlo le clavaba una daga en el alma.

—No, no te desprecio —murmuró ella, deseando poder hacerlo. Todo sería mucho más fácil si su corazón no se agitara con un amor eterno por él.

—Me alegro. —No sonó como si fuera cierto. —¿Preferirías que zarpara ahora mismo?

Debería, pero la idea de que él se fuera así, la hacía sentir enferma. Cuando ella lo miró con gesto desesperado, se encontró con su mirada por primera vez desde que él empezó a disculparse.

Sus ojos azules estaban opacos y apagados, como nunca antes los había visto. Kirsty ya se había acostumbrado a disfrutar del calor de su amistad. Pero esa mirada azul inexpresiva no dejaba lugar a dudas de que la afinidad que compartieron estaba fuera de su alcance. Kirsty se dio cuenta ahora de cómo su compañía había enriquecido estos últimos días, aparte del dolor interminable de su amor no correspondido.

—No.

—¿Estás segura?

«Claro que estoy segura. Nunca querré que te vayas de mi lado. Incluso cuando me miras como si fuera una cucaracha dentro de tu zapato, prefiero estar contigo que sin ti».

El amor se burla del orgullo. O al menos, en parte.

Pero ella conservaba aún el suficiente orgullo como para no confesar la humillante verdad de lo vulnerable que seguía siendo. Incluso ahora, si él la abrazara, cedería tan dispuesta como lo había hecho hacía un momento. Mucho más dispuesta, maldita sea. Después de lo de antes, Kirsty ya sabía qué delicia era sentir esa boca tan severa y expresiva cuando se encontraba con la suya.

Así que buscó otro motivo para detenerlo, y lo encontró.

—Mi padre hará preguntas si te vas tan de repente y sin explicación alguna.

Dougal asintió sin sonreír.

—Tienes razón. Si puedes soportar mi compañía durante la cena, me iré al amanecer.

—¿Ni siquiera te quedarás para desayunar?

—La marea sube temprano. Tu padre lo entenderá. —Dougal se levantó con todo su impresionante porte—. Y te será más fácil si me voy.

Kirsty quiso protestar, porque parecía que él la estaba haciendo quedar como la parte agraviada, cuando su rápida rendición debió de hacerle saber que él podía besarla cada vez que le apeteciera.

A su pesar, estaba claro que Dougal nunca volvería a hacerlo.

—Quizás deberíamos irnos —dijo él, y ella advirtió que debía de estar mirándolo con una muda desesperación.

Luchó por recuperar algo de esa breve y creciente rabia, pero ya se había alejado de ella. Lo único que le quedaba era el sombrío conocimiento de que estaba irremediablemente enamorada de un hombre que no la amaba.

—Quizás deberíamos —repitió ella, con voz quebrada.

Apretó los dientes con fuerza y se dijo a sí misma que no iba a llorar. Eso sería el colmo.

Quizás, después de todo, tenía un poco más de orgullo del que había pensado.

Cuando Kirsty se giró para bajar del barco, Dougal le ofreció la mano para ayudarla. Incluso ahora, su perfecto caballero no podía dejar a un lado la caballerosidad. Le habría provocado una sonrisa, si no estuviera tan destrozada.

—No —dijo ella, apenas en un susurro, pero aún lo bastante alto como para que la oyera.

De reojo, vio cómo la boca de él se tensaba, antes de bajar la cabeza en señal de reconocimiento para luego apartarse.

Todos sus esfuerzos por mantenerse altiva se desmoronaron, porque, en su prisa por salir del *Kestrel* y alejarse de él, tropezó con el primer escalón. Durante un vergonzoso instante, su vista borrosa se llenó con la imagen del agua verde oscura que se acercaba con rapidez.

Una mano fuerte se cerró alrededor de su brazo y la sujetó con firmeza.

—Ten cuidado, Kirsty.

Dougal estaba ahora de pie en las escaleras junto a ella. Kirsty quiso dar un tirón para liberarse —más orgullo—, pero él la soltó antes de que pudiera hacerlo. Era obvio que ni siquiera soportaba tocarla. Dougal se apartó lo más que pudo sin caer él mismo al agua.

Cuando la besó, ella pensó que todos sus sueños se habían hecho realidad. Ahora desearía no haberlo conocido nunca.

—Gracias —dijo Kirsty con tono sombrío, y se giró para subir al camino. Las lágrimas le escocían en los ojos, y una gran piedra de desdicha se atascó en su garganta.

—¿Kirsty? —dijo él a sus espaldas, pero ella le hizo un gesto con la mano para que se quedara atrás.

Gracias a todos los ángeles del cielo, él obedeció.

Capítulo 8

Como era costumbre, Kirsty despertó en la oscuridad. Como era costumbre, se levantó, encendió una vela, se puso los pantalones, la camisa y la gruesa chaqueta de pescador que la protegía del frío. El viento que golpeaba con fuerza los cristales le indicó que el buen tiempo ya había llegado a su fin.

«Perfecto», pensó con pesimismo. Justo lo que necesitaba para mañana, Nochebuena.

Justo lo que necesitaba, con la casa llena de isleños para la fiesta. No es que se sintiera muy festiva mientras cogía sus botas y se dirigía hacia la puerta cerrada. Los recuerdos de la reacción de Dougal al besarla la habían mantenido despierta toda la noche.

Una sonrisa amarga se curvó en sus labios. Una chica debería sentirse en las nubes al recibir su primer beso, sobre todo, si era del hombre en quien ella había puesto su corazón. Pero al recordar la humillación que había sentido el día anterior, la rabia le subía por la garganta. ¿Era culpa suya haber esperado algo más de él, o era culpa del terco y cabezota señor Drummond? Probablemente, de ambos.

La cena había sido incómoda. El padre de Kirsty, bendito sea, estaba tan entusiasmado con la Navidad a la vuelta de la esquina, que no dejó de hablar durante toda la comida. Al menos su despreocupación por la evidente tensión entre su hija y su invitado libró a Kirsty de tener que explicar por qué estaba tan callada.

Dougal hizo todo lo posible por mostrar una actitud normal, pero Kirsty se dio cuenta de que el beso lo había afectado tanto como a ella. Y cuando su padre lo invitó, como todas las noches, a quedarse para las fiestas, por un instante, Kirsty vio la tormenta interna que se agazapaba en él. Parecía perdido, culpable, pero enseguida se recompuso tras su sonrisa forzada. Su padre, por supuesto, no notó nada y la negativa de Dougal llegó con la misma educación de siempre.

Había llegado decidido a irse. Y seguía decidido a marcharse, maldita sea. Más decidido que nunca.

Ese beso ardiente había envenenado el aire entre ambos. La idea de escapar de lo que había hecho —porque, sin duda, eso era lo que pensaba él— debía de resultarle muy tentadora.

Kirsty no había comido mucho del estofado de cordero que Ruth había preparado. Dougal tampoco. Y dado cuánto solía comer él, como un gigante hambriento, eso ya decía mucho de su estado de ánimo.

Kirsty se quedó quieta frente a la puerta, los hombros hundidos bajo el peso de la desesperanza. Estaba agotada y sabía que la noche sería helada tan pronto como pusiera un pie fuera.

¿Y qué había conseguido con su engaño? Si el beso de esa tarde demostró algo, fue que Dougal seguía empeñado en rescatar a la Bella Ellen y que no estaba ni un paso más cerca de enamorarse de Kirsty Macbain que el día en que su barco llegó al puerto.

¿Por qué salir de nuevo al frío para causar daños en el *Kestrel*? La noche ya había sido lo bastante miserable. ¿No sería mejor dejarlo ir?

Pero ¿cómo hacerlo? Aunque ella hubiera seguido yendo al muelle para hacer de las suyas, se despreciaba más con cada intento. Esa noche, había llegado a la conclusión de que estaba completamente equivocada al intentar forzar a Dougal a que se interesara por ella.

Completamente equivocada, además de ser malvada y falsa.

Y aún así, pensaba seguir adelante, que Dios la perdonase.

Con un suspiro, empujó la puerta y bajó las escaleras.

El viento era peor de lo que había imaginado, y le costaba mantener su farol encendido. Si la tormenta empeoraba, no necesitaría hacerle un agujero al casco del *Kestrel*. Ningún hombre sensato saldría en medio de un temporal.

Cuando llegó al pueblo, apagó la luz del farol. A esas horas, bien entrada la madrugada, todo el pueblo dormía y no se veía luz alguna en las casas. Pero Kirsty seguía atenta, cuidando de no ser vista. Por suerte, había luna, aunque el viento arrastraba las nubes por el cielo como una danza frenética.

Se bajó la gorra de lana hasta la frente y se deslizó de sombra en sombra hasta llegar a las escaleras que conducían al muelle donde estaba amarrado el *Kestrel*. Una vez abajo, podría arriesgarse a encender de nuevo el farol, pero no antes.

Incluso en el puerto, el agua estaba agitada. Al subirse al pequeño barco, estuvo a punto de perder el equilibrio. Buscó el mástil, que ya había sufrido su perversa intervención.

Esto no podía seguir así. Se le estaban acabando los lugares donde causar estragos sin levantar sospechas. En ese momento, tomó una decisión. Si Dougal no cambiaba de opinión y no se quedaba para Navidad, dejaría de hacer trampas y lo dejaría marchar. Su llegada a la isla le había parecido una señal del destino, pero tal vez su destino era pasar su vida anhelando inútilmente el corazón de Dougal Drummond.

La oscuridad era casi total allí abajo, a la sombra del muro de piedra del puerto. Con cuidado, avanzó hacia el armario de los suministros. La oscuridad y el vaivén del casco hacían que cada paso fuera arriesgado. Con un sonido metálico, dejó la bolsa de herramientas y posó la linterna en la estantería a su lado. Después de tres noches de fechorías y de reparar los daños junto a Dougal, podía moverse por el *Kestrel* casi a ciegas.

Extendió una mano para abrir el pestillo. Cuando la luz iluminó el barco, casi pensó que esta provenía de su farol.

—Kirsty…

Horrorizada, soltó un sonido angustiado desde el fondo de su pecho y se apartó de la luz del farol, como si así pudiera esconderse. Pero el estrecho espacio no le ofrecía ningún refugio. Cuando levantó la mirada culpable hacia el hombre que estaba sentado en la proa, se sintió enferma.

—Dougal, puedo explicarlo… —dijo, lo cual era una mentira flagrante. Otra mentira además de los cientos que ya le había dicho.

—¿Puedes? —le preguntó él, cortante. Normalmente, el tono grave de su voz la llenaba de un placer inexplicable. Pero no esa noche. Esa noche, su voz áspera la hizo querer apartarse. —Porque a mí me cuesta entenderlo.

Él también había traído un farol. Colgaba suspendido del travesaño cerca de su cabeza. El ángulo de la luz y el vaivén del bote proyectaban sombras siniestras sobre su rostro.

Kirsty había pensado siempre que él se parecía al Arcángel Gabriel de un cuadro que había visto en el castillo de su primo, en el continente. Ahora, cualquier parecido sería al de un ángel caído. Parecía temible. Si él sacase una espada flamígera y la blandiese hacia ella, no se habría sorprendido.

A pesar de todo, Kirsty estaba decidida, aunque cualquier posibilidad de escapar de su dilema era más que remota. Se mojó los labios secos como el polvo y tragó saliva.

—Cuando el viento se levantó, me preocupó que el *Kestrel* se soltara de sus amarras, así que bajé a revisarlo. —La brillantez de su excusa sonó falsa en sus propios oídos. Al igual que los de Dougal, era obvio, porque su expresión severa no se suavizó.

—Deja de mentirme. —Él se puso en pie de repente, y Kirsty, por primera vez, fue consciente de su enorme estatura—.Trajiste una bolsa de herramientas.

Maldita sea, ella tenía que haberse dado cuenta. La bolsa de cuero se había abierto cuando la soltó y su taladro estaba a la vista.

—Podría haber necesitado arreglar algo.

Él entrecerró los ojos.

—Apostaría a que sí. Como otro agujero en el casco o una grieta en el mástil.

—La tormenta…

El gesto amplio de él la hizo estremecerse. Ese músculo en su mejilla se contrajo, y la ira brilló en sus ojos.

—No te preocupes. Estás a salvo. Nunca golpearía a una mujer. Ni siquiera a una mentirosa y pequeña arpía como tú, Kirsty Macbain.

Ella se sintió avergonzada, aunque no se había estremecido por miedo a un golpe. Se había estremecido por el desprecio en su rostro. Después de su reacción al beso de esa tarde, había pensado que él no podría hacerla sentir peor. No tenía ni idea.

—Yo no… —empezó a decir con una voz débil.

—Lo sé todo.

—¿Qué sabes? —Intentó sonar inocente, pero las palabras salieron temblorosas y llenas de miedo.

Otra de esas miradas azules abrasadoras que parecían amenazar con arrancarle la piel.

—Sé que has estado dañando mi barco todas las noches desde que llegué. —Hizo una pausa, y la desconcertante decepción que espesó su voz fue, de algún modo, peor que su indignación. Porque, aunque nunca habían sido novios, y después de esto, nunca lo serían, habían sido amigos, y ella había traicionado su confianza. Solo al perderla, comprendió lo rara y valiosa que era la confianza de un hombre como Dougal Drummond. También tuvo un presentimiento desagradable: una vez rota, esa confianza nunca volvería a ofrecérsele.

—¿Por qué, Kirsty? Sabía que algo extraño estaba pasando. Sabía que alguien estaba saboteando el barco a propósito. Supuse que sería Bill o Jock o Johnny. Esa locura parecía algo que ellos podrían considerar una gran broma. Especialmente porque tenían esa idea absurda de que me quedaría aquí para cortejarte. Pero cuando vi que eras tú…

Ella volvió a estremecerse y abrió la boca para defenderse. Cuando lo que había hecho era indefendible. Pero, para su consternación, lo que salió fue algo completamente distinto.

—¿Es tan absurdo?

Esas marcadas cejas pelirrojas se fruncieron sobre su nariz altiva. Parecía tan fiero e indomable que un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¿De qué demonios estás hablando?

Luchando por mantener el equilibrio, dio un paso hacia la luz y extendió las manos temblorosas en un gesto suplicante.

—¿Es tan absurdo que me cortesjes?

Él se sobresaltó como si ella lo hubiera golpeado, y la mirada que le dirigió ardía de hostilidad.

—Sí. He jurado entregarme a salvar a Ellen de las Islas.

Ahora fue el turno de Kirsty de soltar un bufido desdeñoso.

—Despierta de una vez, Dougal. No existe. Es solo niebla, rumor y fantasía.

—¿Y si lo es? —Su ceño se profundizó—. Eso no te da derecho a engañar y mentir.

Kirsty parpadeó para contener las lágrimas. Había llorado más en las últimas doce horas que en los últimos diez años. Y tenía el oscuro presentimiento de que sus días de lágrimas no habían hecho más que empezar.

El aire alrededor de Dougal vibraba con su furia. Su furia absorbía todo el oxígeno del barco. Kirsty sintió que se asfixiaba. Inspiró profundamente para despejar la niebla que se alzaba en su mente y dijo las palabras que debía decir, las únicas palabras que podía pronunciar en esas circunstancias:

—Me equivoqué. Lo siento.

Si su disculpa tenía la intención de ablandar su actitud, se decepcionó.

—Sí, te equivocaste. —Su voz se volvió perpleja—. ¿Qué demonios intentabas conseguir?

—Quería que te quedaras —murmuró.

Supuso que eso decía mucho de su falta de vanidad, ya que él aún no había conectado los hechos para llegar a la conclusión más humillante de todas.

—¿Porque quieres compañía en Navidad?

—No seas idiota, Dougal.

Él seguía frunciendo el ceño y apenas parecía oírla.

—No eran solo los isleños los que querían que te cortejara, ¿verdad?

—¿Por qué te parece tan increíble esa idea? —replicó ella, cansada de que la descartara como posible esposa.

—La dulce Ellen…

Su temperamento estalló. Dio un paso más cerca, con los puños apretados a los lados. Si golpear a Dougal sirviera para meter algo de sentido común en esa cabeza dura y atractiva, lo tumbaría de un puñetazo.

—Que está en Innish, o Canna, o Orkney... o en el lejano Catay, por lo que sé. —Tragó aire en un tembloroso suspiro—. Por lo que sabes tú.

—No es tu derecho…

Pero ya había encendido su propio resentimiento y no estaba dispuesta a retroceder.

—Ella no está aquí, Dougal. Y yo sí. —Luchó por controlar la amarga desesperación en su voz, pero aun así emergió un tono bajo y desolado—. Yo estoy aquí, Dougal.

—Todo esto es por el beso.

Ella se estremeció.

—Tú me besaste. Yo no te besé. —Al menos al principio—. No eres tan puro como te gustaría pensar, mi fino Highlander.

Esta vez fue él quien se estremeció, aunque no apartó la mirada.

—Sí, te besé. Y maldigo haberlo hecho.

Ella emitió un sonido angustiado.

—Eso es cruel.

Un fugaz remordimiento cruzó su rostro antes de que, demasiado rápido, volviera a fruncir el ceño.

—No, no fue el beso, ¿verdad? Has estado taladrando agujeros en el *Kestrel* desde la primera noche. Planeaste ese beso.

Ella se ruborizó de humillación y pesar, porque esa era una cosa de la que era inocente.

Quizás la única.

—No empieces a pintarme como una especie de malvada seductora en esta historia, Dougal.

—¿Qué otra cosa voy a pensar?

Ella se atrevió a dar otro paso más cerca. Más aún, se atrevió a revelar la verdad embarazosa.

—Sí, quiero que te quedes. Pensé que si pasábamos tiempo juntos, te darías cuenta de lo perfectos que somos el uno para el otro.

—¿Perfectos? —Su gruñido indicó el disgusto que le provocaba ese concepto—. Como si fuera a casarme con una bruja embustera cuya cada palabra es una mentira. Has fallado en tu intento de cazar a un marido rico, señorita Macbain. Si no sintiera tanta pena por el pobre diablo con el que acabes casándote, casi te desearía mejor suerte la próxima vez.

La horrible acusación la desgarró como una navaja. Reprimió un gemido, aunque no pudo evitar que sus lágrimas desbordaran.

—No me importa tu dinero —murmuró—. Seguro que eso lo sabes.

La rabia desapareció de sus ojos. Pero el frío que dejó atrás fue peor. La miró como si fuera algo bajo y venenoso. Una víbora. O una araña.

—¿Por qué iba a saber eso? Resulta que no sé ni lo más mínimo sobre ti.

Él tenía derecho a odiarla. Ella lo sabía. Pero eso no evitó que su corazón se contrajera de dolor.

—Sé que nunca me perdonarás.

—Eso lo tienes claro.

Era un idiota idealista por comprometerse con el mito de la Dulce Ellen, pero no podía escapar del amargo conocimiento de que lo que había hecho lo alejaba para siempre. Aunque la Dulce Ellen no fuera más real que el polvo de hadas, Dougal Drummond jamás volvería a Kirsty Macbain.

Kirsty se secó los ojos con brusquedad. Él se iba a marchar. Por supuesto que lo haría.

No quería que él se marchara con la imagen de una mujer débil y derrotada, incapaz de hacer otra cosa que llorar ahora que la habían descubierto. Porque la horrible verdad era que, si pudiera vivir los últimos días de nuevo, no haría nada diferente. El destino le había ofrecido una oportunidad de amor. No podía dejar que desapareciera en la niebla solo porque había sentido algún escrúpulo al tomar las riendas.

Le llevó un momento darse cuenta de que él le tendía su pañuelo.

—Toma. No soporto ver a una chica llorar.

—Gracias —dijo con voz entrecortada, aceptando el cuadrado de lino blanco con las manos temblorosas.

Un silencio incómodo cayó entre ellos como un peso. Cuando Dougal volvió a hablar, sonaba más como el hombre que había conocido, y menos como un extraño furioso.

—No podías seguir haciéndole agujeros a mi barco hasta el fin de los tiempos.

Ella se sonó la nariz y levantó la vista, aún empañada de lágrimas, hacia su rostro. Ese maravilloso, hermoso rostro que le había robado el corazón en el mismo instante en que lo vio por primera vez.

—Quería darte una oportunidad para enamorarte de mí.

Se arrepintió de su valiente confesión al instante, cuando él repitió la palabra como si fuera un improperio.

—¿Enamorarte?

—Sí, enamorarte —insistió ella—. Te quiero. Creo que si no tuvieras la cabeza tan llena de fantasías románticas, podrías quererme también.

La descripción sin tacto de su búsqueda hizo que la mandíbula de Dougal se tensara con resentimiento, pero no volvió a enfadarse.

—¿Y entonces me casaría contigo y montaríamos un hogar tan felices como pudieran serlo en Askaval el resto de nuestros días?

El sarcasmo de Dougal le atravesó el alma, aunque no era tan tonta como para esperar una declaración de amor recíproca tras su confesión.

—¿Y por qué no? Sería una buena vida.

—Solo te conozco desde hace unos días.

Su voz se endureció mientras intentaba mantener el control.

—El amor a primera vista es posible. No es tan distinto de lo que tú crees que pasará si encuentras a la Dulce Ellen. Te imaginas que eres Perseo, y que ella es Andrómeda, y que os enamoraréis en cuanto hayas matado al dragón y la hayas desencadenado de la roca.

Esta vez fue él quien pareció incómodo.

—Sufre una injusticia terrible, y cualquier hombre de principios…

—Si no fuera Ellen de las Islas, sino Ellen la Fea de las Islas, no habrías salido un solo paso del castillo de Bruard para liberarla de su cautiverio.

—Tal vez —admitió él con una reticencia que ella pudo oír claramente—. Pero eso no justifica lo que has hecho.

Y tenía razón. Kirsty lo admitía con amarga honestidad. No tenía derecho a decidir qué hacía Dougal Drummond. Para él, ella no era nada. Ni siquiera una amiga, gracias a sus intrigas. Su corazón pesaba como una piedra en el pecho.

—No, no lo justifica —murmuró con un hilo de voz. Su rendición le sorprendió, le silenció brevemente, como si hubiera estado preparándose para otra discusión.

—Me iré al amanecer.

Kirsty no pudo evitarlo. Comenzó a llorar de nuevo, aunque su ira volvía a surgir. Ira y frustración, aunque ninguna de las dos le serviría de nada.

—Y te marcharás odiándome.

Dougal negó con la cabeza.

—No te odio.

Mientras miraba ese rostro cincelado e implacable, reconoció que sería mejor para ella si él la odiara. Porque el odio no era lo opuesto al amor. La indiferencia lo era. Y podía ver que, una vez que él abandonara Askaval, nunca volvería a pensar en ella.

Pero no estaba en su naturaleza rendirse.

—¿No te importo nada?

La pregunta patética venía acompañada de lágrimas, pero estaba demasiado desolada para avergonzarse de la imagen que daba. Mientras el barco se balanceaba, luchó por mantenerse en pie.

Ese músculo en su mejilla seguía temblando.

—Kirsty…

Ella negó con la cabeza mientras la desesperación le helaba la sangre.

—No te importo.

Dougal extendió las manos.

—Después de lo que has hecho…

Se irguió mientras las lágrimas seguían cayendo sin control por su rostro.

—Ni siquiera me ves. Todo lo que ves es una fantasía en tu cabeza.

—La Dulce Ellen no es…

—¡No está aquí! —estalló ella—. No está aquí, Dougal. Y yo estoy justo delante de tu noble nariz. Pero ni siquiera me miras.

La luz del farol que oscilaba erráticamente reveló el rubor en su rostro. Por primera vez, él evitó mirarla a los ojos.

—Te miré.

A punto de estallar en un torrente de recriminaciones sobre su imbecilidad, se detuvo.

—¿Me… miraste?

Él retrocedió un paso y tuvo que detenerse antes de caer al agua.

—Sí, eres una chica bonita. No soy ciego.

No encontró alegría en el cumplido. Lo dijo como si fuera un insulto.

—No lo sabía.

—Pues maldita sea, deberías saberlo. Al menos cuando te besé.

Kirsty debería haberse sentido satisfecha al oírle admitir que la había besado, pero una vez más no encontró consuelo en la confesión. Sonaba como si se odiara a sí mismo.

—¿Es tan terrible que me miraras? —preguntó con voz temblorosa mientras se secaba las lágrimas con su pañuelo.

El temporal empeoraba. Dougal separó las piernas para mantener el equilibrio y apoyó una mano en el mástil.

—Sí. Me comprometí con la Dulce Ellen. No debería estar mirando a otra chica con deseo.

Ella se estremeció al escucharlo.

—¿Me deseabas?

—Sí —admitió, como si le doliera.

Ella soltó la cuerda y extendió las manos, incrédula.

—Si me deseas, y yo te deseo…

—No quiero desearte —cortó él con brusquedad.

—Dougal…

Avanzó un paso, hasta que apenas unos centímetros los separaron. Durante un instante abrasador, sus ojos se encontraron, y ella tuvo la loca idea de que, a pesar de todo, lograría lo que tanto ansiaba.

Él no era indiferente. La mirada que le dirigió revelaba ira, desprecio por sí mismo, confusión y angustia. Pero también brillaba con el deseo que acababa de confesar tan a regañadientes.

—Quédate donde estás —gruñó él.

Ella no se movió.

—Pero podríamos…

Dougal negó con la cabeza.

—No, no podríamos. Me mentiste.

Y Kirsty sintió como si la golpearan en el estómago, dejando todo el aire fuera de sus pulmones. Porque había olvidado el motivo por el que estaban allí, en mitad de la noche, en ese barco inquieto. La discusión había ido tan lejos que sus inútiles maquinaciones para retenerlo en la isla parecían haber quedado atrás.

—Te mentí porque te amo —murmuró, agarrándose de nuevo a la cuerda.

—Si eso es cierto, lo siento.

Al ver su mandíbula decidida y sus ojos firmes, su frágil esperanza murió. Si alguna vez habían tenido una oportunidad —y ahora estaba convencida de que no la habían tenido—, el descubrimiento de su engaño la había destruido.

—¿No te quedarás? —preguntó, incapaz aún de aceptar que nunca volvería a verle.

—Debes entender que no puedo.

Ella no podía entenderlo, para su desgracia.

—¿Y qué pasa con papá?

Dougal frunció el ceño, y Kirsty vio que la pregunta venía de un lugar completamente ajeno a sus preocupaciones inmediatas.

—¿Gus?

Kirsty dio un paso atrás, tomándose un momento para recuperar el equilibrio antes de responder.

—Deberías despedirte de él. No es culpa suya que tú y yo hayamos discutido.

—Sabe que me voy con la primera marea.

—Aun así, te espera para desayunar.

Los hombros de Dougal se hundieron, como si se estuviera rindiendo ante un peso que no podía soportar.

—Intentará convencerme de que me quede para Navidad.

Si su corazón no se estuviera rompiendo, Kirsty habría sonreído.

—Teniendo en cuenta que el tiempo está empeorando, quizá sería lo más sensato.

Él negó con la cabeza.

—Después de lo que he descubierto esta noche, debo irme.

—*Aye* —respondió ella, aunque su necio corazón gritaba que no tenía por qué marcharse, que debía quedarse en Askaval y no dejarla nunca.

Respiró hondo, intentando contener la mezcla de tristeza y rabia que amenazaba con desbordarse. Pero las palabras salieron igual.

—Podrías quedarte un poco más. Solo hasta que pase la tormenta.

Dougal la miró, serio, y durante un momento ella pensó que iba a ceder. Pero la firmeza en sus ojos desmintió esa esperanza.

—Si me quedara, solo sería más difícil. Para los dos.

La respuesta fue como una bofetada, pero Kirsty no se permitió flaquear.

—¿Y qué pasa con mi padre? —insistió, su voz más dura de lo que pretendía.

—Tu padre es un buen hombre. Lo respeto. Pero sabe que debo irme.

—Eso no significa que no le duela —replicó ella. Luego, con un tono más suave—: Al menos comparte con él un último desayuno. No se merece menos.

Dougal cerró los ojos un instante, como si estuviera evaluando las implicaciones de quedarse unas horas más. Cuando los abrió, su mirada tenía una mezcla de cansancio y resignación.

—Está bien. Me quedaré para desayunar. Pero después de eso…

Kirsty asintió, obligándose a aceptar lo inevitable.

—Lo entiendo.

Pero no lo hacía. No podía entender cómo él podía marcharse tan fácilmente, cómo podía dejarla sin mirar atrás.

El silencio entre ellos era tan pesado como la creciente tormenta. El viento silbaba alrededor del pequeño puerto, sacudiendo el barco y arrancándole a ella mechones de cabello que se pegaban a su cara. Dougal, siempre tan sólido, parecía ajeno al caos que los rodeaba.

—Volvamos a casa —dijo él al fin, con voz grave.

Kirsty no respondió, pero se giró hacia la colina que conducía al pequeño cottage donde había crecido. Sus botas resbalaban en el barro mientras subían en silencio, y el peso de lo que no decían era más opresivo que el cielo cargado de lluvia sobre sus cabezas.

Cuando llegaron a la puerta, Dougal se detuvo. Kirsty lo miró, esperando, deseando que él dijera algo que le diera una chispa de esperanza. Pero él simplemente murmuró:

—Buenas noches, Kirsty.

—Buenas noches, Dougal —respondió ella, aunque su voz apenas era un susurro.

Se quedó en la puerta mientras él entraba, observando cómo la luz del interior lo envolvía un instante antes de que la madera crujiera al cerrarse tras él. Y allí, bajo la lluvia que ya empezaba a caer con fuerza, Kirsty supo que no había más que pudiera hacer. Él se marcharía, y ella no podría detenerlo.

Ni siquiera trató de secarse las lágrimas mientras permanecía allí de pie, dejando que el agua helada mezclara sus sollozos con el estruendo del viento y las olas en la distancia.

Capítulo 9

Dougal todavía estaba furioso mientras navegaba el Kestrel fuera del pequeño y ordenado puerto de Askaval aquella mañana. Pero, bajo su rabia, se ocultaban incredulidad y un dolor aún más profundo. ¿Cómo había sido tan engañado por Kirsty? Había pensado que era la chica más maravillosa, y resultó ser una serpiente con forma humana. Peor aún, la había deseado. Y si era sincero consigo mismo, aún la deseaba, a pesar de todo lo que ahora sabía. ¿Qué decía eso de su capacidad para juzgar a las personas?

Alzó una última mano para saludar a la gente alineada en el muelle y se dio cuenta de que echaría de menos Askaval. Bill, Jock y Johnny se habían quejado de su partida. Gus, como era de esperar, había insistido en que Dougal no podía zarpar en Nochebuena, especialmente con tormentas amenazando. Incluso los criados de la casa habían bajado a despedirle, al igual que otros isleños que había conocido en su breve estancia.

No se había dado cuenta del lugar que había encontrado para sí mismo en aquella isla remota. No debería sentirse como si estuviera dejando su hogar para siempre. Después de todo, solo llevaba unos días en Askaval. Pero, por Dios, así era.

Otra persona estaba en el muelle, observando su partida. Había luchado por no mirarla, igual que había luchado por no mirarla cuando se unió a los Macbain para desayunar y le dijo a Gus que planeaba marcharse en menos de una hora. No podía dejar de revivir esa terrible escena entre ellos en mitad de la noche, cuando ambos dijeron cosas que no deberían haber dicho.

Cuando ella le dijo que lo amaba.

Quería descartar esa declaración como un capricho pasajero, propio de una joven. Pero la miserable valentía con la que ella pronunció esas palabras indicaba algo más profundo que un simple arrebato.

Había llorado cuando la sorprendió en medio de su duplicidad. Su traición le había dolido profundamente, haciendo que cada uno de los momentos que compartieron pareciera una mentira.

Y, sin embargo, no podía considerar todo lo que ella había dicho como falso, igual que no podía descartar su beso como otra cosa que no fuera una explosión de deseo, un deseo que lo había atormentado desde que la vio por primera vez.

Ella le había dicho que era su primer beso. Anoche, quería creer que había caído víctima de las maquinaciones de una mujer astuta. Pero, por mucho que quisiera pintarse como una víctima inocente de aquella conflagración de placer, sabía que no podía. Como Kirsty había señalado, él la había besado a ella, no al revés. Y en sus labios había saboreado la inocencia.

Había mentido sobre tantas cosas, pero no había mentido sobre eso: él había sido el primer hombre en besar aquellos labios carnosos y rojos.

Dougal dirigió su barco hacia la salida del puerto y luchó por no recordar la dulzura de su beso, los suspiros entrecortados de placer que había hecho mientras sus labios exploraban los suyos, la forma en que la sorpresa inicial se había derretido en una rendición ardiente.

No, por Dios, no pensaría en eso.

Y entonces volvía a rumiar lo que ocurrió en el *Kestrel* la noche anterior. Cómo Kirsty lloró al darse cuenta de que todo había terminado. Sus hermanas solían usar las lágrimas como herramienta de manipulación, y con los años él se había vuelto inmune a esos arrebatos de histeria femenina.

Hasta anoche. La pura, desmesurada tristeza en el llanto de Kirsty había hecho que su estómago se retorciera en un nudo. Ella le había hecho sentirse culpable, cuando el buen Dios sabía que el agraviado era él, no ella.

Esa mañana, no había llorado. Durante el desayuno, mientras él informaba a Gus de que se iba a Innish, independientemente de que fuera Nochebuena, había estado callada y desgarradoramente digna. Y en el muelle, cuando se marchó, fue peor que callada. Se había mantenido apartada, absolutamente en silencio, pero incluso desde la distancia, Dougal había percibido su orgulloso sufrimiento y odiaba haberlo provocado.

Anoche había decidido que cualquier desdicha que ella sufriera era culpa suya, pero su vigilia sin dormir en el *Kestrel* tras la partida de Kirsty le dio tiempo para arrepentirse de su miseria. Por mucho que quisiera dejarla consumirse en su propio engaño, no podía mantenerse implacable. Especialmente al verla esa mañana. Le faltaba la energía chispeante de siempre, sus ojos plateados estaban apagados como peltre sin pulir, y aquella boca plena, tan besable, estaba rígida de dolor.

Al abandonar el resguardo del puerto, el viento hinchó las velas y el pequeño barco voló sobre las olas encrespadas. Con suerte, llegaría a Islay esa misma tarde, y luego seguiría hasta Innish para encontrarse con su gran destino. Si lograba mantener el rumbo, ese viento lo llevaría hasta la Dulce Ellen.

Mañana era Navidad. Qué día tan perfecto para reclamar su destino.

Una vez lo hiciera, nunca más tendría que pensar en Kirsty Macbain.

Kirsty despertó sobresaltada por un golpe atronador en la puerta principal de Tigh na Mara. Abrió los ojos, irritados por el llanto y el poco sueño, y vio cómo la luz se filtraba por los bordes de las cortinas de su habitación. El reloj sobre la repisa de la chimenea marcaba más de las nueve. La tormenta y su propia pena la habían mantenido despierta hasta después de las cinco, cuando finalmente cayó en un sueño intranquilo, atormentada por sueños de Dougal, mirándola como si la odiara, antes de darse la vuelta y marcharse. Esos sueños no eran fantasía. Solo repetían lo que había ocurrido en la realidad.

Se levantó de un salto, se echó un chal sobre el camisón de franela y se calzó las zapatillas antes de estar del todo despierta. La mayoría de las mañanas, especialmente después de una tormenta, ya estaría fuera revisando la isla. Un nudo de inquietud y pena le retorció el estómago. Maldito Dougal. Había puesto todo su mundo patas arriba. Ahora esto podía ser un isleño informando de algún daño grave o accidente que requiriera la atención de la *laird*.

Solo cuando bajó corriendo la escalera de roble hacia el vestíbulo se dio cuenta de que era poco probable que un isleño llamara a la puerta principal. Todo el que vivía en Askaval entraba por la cocina, como le había explicado a Dougal aquel primer día, cuando aún albergaba esperanzas de ganarse su corazón.

Doblando el rellano, vio a Betsy, la hija de Ruth, subir apresuradamente desde las cocinas y cruzar el suelo embaldosado en blanco y negro para abrir la puerta. Parecía exasperada, limpiándose las manos llenas de harina en el delantal. Kirsty quizá había dormido más de la cuenta, pero los criados llevaban en pie desde el amanecer, preparando la cena de Navidad y los

dulces para el ceilidh de aquella noche.

El estrépito de los golpes cesó cuando Betsy corrió el cerrojo.

—¡Voy, voy! No hace falta despertar a los muertos.

Kirsty estaba ya en el último tramo de escaleras cuando vio quién estaba en el umbral, con el cielo escocés ventoso detrás de él.

—Dougal…

—¿Ha tenido problemas con el barco, señor? —preguntó Betsy con una torpe reverencia.

Por el contraluz no podía verle el rostro, pero su voz fue amable al responder.

—No, Betsy. El *Kestrel* ha soportado la tormenta como un campeón.

La muchacha dio un paso atrás para dejarla pasar al vestíbulo.

—Pensábamos que se había ido.

—Sí, eso creía yo también. —Él avanzó hasta el pie de las escaleras, levantando la mirada hacia Kirsty—. Pero me di cuenta de que había dejado algo atrás y tenía que volver a buscarlo.

Tal vez aún estaba soñando. No parecía enfadado. De hecho, la emoción ardiente que brillaba en aquellos ojos azules hizo que su maltrecho corazón cobrara vida.

Su mano se aferró con fuerza al pasamanos mientras obligaba a salir de sus labios la pregunta que determinaría el resto de su vida.

—¿Qué te has dejado, Dougal?

Esa sonrisa radiante curvó sus labios, y ella pensó que nunca lo había visto tan hermoso.

—A ti, Kirsty Macbain.

La respuesta la golpeó como un mazazo. Le robó el aliento, le detuvo el corazón y le arrebató cualquier capacidad para hablar. Perdida, le sostuvo la mirada, tratando de dar sentido a lo que acababa de oír con una mente todavía empañada por el cansancio y la emoción.

—¿A mí? —Para su vergüenza, la pregunta salió como un patético susurro. Alzó una mano temblorosa hasta su garganta, donde sentía los latidos de su pulso como un tambor desbocado.

—Sí, a ti. —Un atisbo de incertidumbre se deslizó en su rostro, apagando un poco su sonrisa. —Eso, si estás dispuesta a escucharme después de las cosas que te dije la última vez que estuvimos a solas.

Kirsty intentó tragar para aliviar el nudo de emoción que le cerraba la garganta, pero tenía la boca completamente seca. Parpadeó para enfocar de nuevo a Dougal y se dio cuenta de que había olvidado respirar.

Inspiró profundamente, tragó saliva otra vez y logró articular unas palabras rasposas:

—Te escucharé. —Entonces cayó en la cuenta de que Betsy seguía en el vestíbulo, mirándolos con ojos muy abiertos y, sin duda, con las orejas bien atentas. —Betsy, creo que tu madre necesita ayuda en la cocina.

—Sí, Kirsty. —La joven lanzó una última mirada entre Dougal y su señora antes de girarse con visible reticencia hacia las escaleras que conducían a las cocinas. —Feliz Navidad.

Kirsty frunció el ceño. Había olvidado qué día era.

—Feliz Navidad para ti también, Betsy.

La mirada de Dougal no se apartó de ella ni un instante mientras Betsy los dejaba solos.

—Feliz Navidad, mi amor.

Otra oleada de asombro y desconcierto la atravesó como una descarga eléctrica. ¿Dougal la había llamado “mi amor”? ¿Acaso el mundo se había vuelto del revés durante la noche? Quizás todavía estaba soñando.

—¿Qué haces aquí?

Sus ojos le decían cosas imposibles, cosas como que la amaba, que había vuelto para

quedarse, que la deseaba y que lamentaba haberle roto el corazón. Kirsty se humedeció los labios e intentó tranquilizarse. La burbuja de felicidad que sentía hincharse dentro de ella podía estallar en cualquier momento, dejándola aún más devastada que ayer. Ya había hecho suficiente el ridículo por este hombre.

Dougal se apoyó con un codo en la base del pasamanos, con un aire casi despreocupado.

—He venido a hablar con tu padre.

—¿Con mi padre? —Kirsty frunció el ceño, temerosa de haberlo entendido todo mal, una vez más. —¿Qué tiene que ver mi padre con esto?

Cuando Dougal dejó escapar una risa suave, ella juró que había ternura en ese sonido. ¿Estaba loca por creerlo? La última vez que le había hablado, él no parecía tener ni un ápice de afecto por ella. La había tratado como si no valiera más que una brizna de hierba bajo sus botas.

—Kirsty, normalmente eres más lista que esto. ¿Por qué iba un hombre joven a hablar con el padre de una muchacha, salvo para pedirle permiso para cortejarla?

—¿C-cortejarme?

Dougal volvió a reír, y pese a todo, un estremecimiento de placer recorrió a Kirsty. Siempre había amado el sonido de su risa.

—Muchacha, nunca pensé verte sin palabras. Sí, eso es lo que hace un hombre cuando está desesperadamente enamorado de una chica. Le pide que se case con él.

—Pero no me querías.

La mandíbula de Dougal se tensó con una terquedad que le resultaba dolorosamente familiar.

—Claro que sí.

—Ayer no me querías. —¿Por qué, por todos los cielos, estaba discutiendo y no cayendo de rodillas para darle gracias al destino por tenerlo ahí?

—Sí te quería.

—Pues lo disimulabas bien —respondió ella con dureza.

—Eso es porque te enamoraste de un cabezón con pocas luces, *mo chridhe*.[6] Pero ya no soy ese cabezón. Creo que me enamoré de ti a primera vista, pero mi atención estaba puesta en un espejismo en el horizonte. No es de extrañar que tropezara al tratar de navegar lo que tenía justo delante.

¿Amor a primera vista? ¿Había dicho Dougal que la amaba? Las piernas de Kirsty se convirtieron en gelatina, y el aire abandonó su cuerpo en un largo suspiro. Se aferró con más fuerza al pasamanos para no desplomarse.

—Estabas tan seguro de que no me querías. —Su voz bajó a un murmullo culpable, porque él tenía razón al despreciarla. —Y yo te hice tanto daño…

Dougal la miró como si hubiera vivido toda su vida en la oscuridad y ella le hubiera dado su primer amanecer. En todos sus sueños —y habían sido muchos—, nunca se imaginó que Dougal Drummond pudiera mirarla así. Su mente le pedía precaución, pero su corazón ignoró la advertencia y empezó a llenarse de esperanza. ¿Era posible que todo saliera bien? Cuando lo vio por primera vez, había sentido la tonta certeza de que él era el único hombre para ella. ¿Y si esa certeza no era tan tonta después de todo?

—No, me hiciste mucho bien.

La firmeza en su voz comenzó a convencerla de que hablaba en serio, por asombroso que eso fuera.

Kirsty negó con la cabeza, no porque quisiera rechazar lo que decía, sino porque lo que decía desafiaba todo lo que podía creer.

—Pero estabas tan enfadado conmigo. ¿Qué cambió? ¿Qué te hizo volver? Anoche lloré

hasta quedarme dormida, segura de que te habías ido odiándome y de que no te volvería a ver.

—Lo siento.

—Te mentí una y otra vez.

—*Och*, querida, te perdoné. Te perdoné antes de haber navegado una milla lejos de Askaval.

A pesar de la dicha que revoloteaba dentro de ella como un ejército de mariposas, Kirsty frunció el ceño.

—¿Tan fácil?

—Tan fácil. —Se encogió de hombros. —Aunque no puedo decir que cuando me fui no estaba enfadado contigo.

Ella no pudo evitar estremecerse al recordar su furia.

—Vaya si lo estabas.

—Pero, a menos que me hubieras retenido en Askaval, habría seguido navegando para perseguir un mito y habría dejado atrás lo mejor que jamás habría encontrado.

¿Lo mejor? ¿Se refería a ella? Tenía que ser así.

—No pude quedarme lejos, muchacha. Cuanto más me alejaba de Askaval, más me dolía el corazón, hasta que el dolor de estar separado de ti se volvió insoportable.

Kirsty, llena de asombro, bajó un paso más.

—Dougal…

—Estoy agradecido por lo que hiciste, Kirsty —dijo, su voz profunda vibrando con sinceridad—. Porque si hubieras seguido las reglas, no estaría aquí ahora. Y si me hubiera perdido esto, mi vida habría sido un lugar vacío.

Ella le estudió durante unos segundos más, buscando algún indicio de que guardaba resentimiento. Pero su expresión no mostraba más que entusiasmo. Entusiasmo y, tal vez, un deseo apenas contenido.

Bajó otro paso.

—Dougal…

—Sí, Kirsty.

Sus ojos cambiaron, oscureciéndose con hambre mientras él subía los dos escalones que los separaban. Ahora solo quedaban seis. Y parecía que quería besarla. Y ella tenía la sensación de que podría dejarle hacerlo.

—¿Qué es todo este alboroto? ¿Es que no sabéis que es día santo y, además, hace frío? Un hombre de mi edad necesita su sueño. Kirsty, mi pequeña ardilla, y… —La voz de su padre resonó mientras se apresuraba por el rellano. Luego se detuvo en lo alto de la escalera, con la cara mostrando una incredulidad cómica. Vestía una bata de cuadros desgastada sobre una larga camisa de dormir blanca, y un gorro de dormir caía ladeado sobre su cabeza—. Vaya, ¡llámame inglés y fríeme en mantequilla! Es Dougal Drummond. ¿Qué demonios haces aquí de vuelta, muchacho?

—Feliz Navidad, Gus —dijo Dougal, con los ojos brillantes de diversión mientras miraba al hombre mayor.

—Feliz Navidad, Dougal —respondió Gus—. Lo cual no cambia el hecho de que ayer te marchaste jurando que nunca volverías a cruzar esta puerta.

—*Och*, no fue tan malo —dijo Dougal, bajando la mirada con un gesto avergonzado.

Gus asintió, tajante.

—*Aye*, sí lo fue. Pero es Navidad, así que pasaré por alto tus prisas por largarte de aquí.

La boca de Dougal se curvó en una ligera sonrisa.

—Si todo sale como espero, Gus, oscureceré tu puerta durante mucho tiempo.

El padre de Kirsty alternó una mirada entre Dougal y su hija. La sorpresa, curiosamente, brillaba por su ausencia.

—¿Así que has entrado en razón, eh, muchacho?

Dougal se sonrojó ligeramente.

—*Aye*.

—Te ha llevado tu tiempo.

El humor seco que Kirsty adoraba torció la sonrisa de Dougal.

—*Aye*, eso también.

—Y ahora, supongo que quieres hablar conmigo en privado.

—*Aye*, si es posible.

—A estas horas de la madrugada en el día de Navidad, no me parece nada conveniente.

—Lo siento. Debería haber esperado.

Gus lanzó una mirada significativa a Kirsty, una mirada cargada de conocimiento y de algo parecido a la satisfacción.

—*Och*, no creo que debieras haber esperado, después de todo.

La sonrisa de Dougal se amplió.

—Es un asunto de vida o muerte.

—Estoy seguro de que lo es. Y, una vez que hables conmigo, apostaré a que querrás hablar también con mi hija en privado.

—*Aye*.

El corazón de Kirsty saltaba en su pecho con tanta fuerza que temió que se le saliera. La anticipación le tensaba el estómago vacío, dejándola mareada. ¿De verdad estaba pasando esto?

Su padre alzó las cejas, con un tono sardónico que ella conocía bien.

—Qué razonable te has vuelto de repente, señor Drummond. —Bajó al último escalón y colocó su robusto brazo alrededor de los hombros de su hija—. ¿Qué opinas, pequeña? ¿Debería escuchar a este rufián?

Kirsty parpadeó, intentando disipar la niebla de emoción que nublaba su vista. Su corazón dejó de brincar para empezar a danzar con alegría. Poco a poco, comprendió que no pasaría el resto de su vida sola, anhelando a Dougal Drummond. En su lugar, un milagro de Navidad se había obrado: él había vuelto por ella. Y lo mejor de todo era que había regresado proclamando su amor. Aún le costaba creerlo, pero cosas improbables sucedían en Navidad, ¿verdad?

—Sí, por favor, papá —dijo con la voz ahogada por la emoción.

—Entonces, vamos a quitarnos este asunto de encima. Tenemos un *ceilidh* que preparar.

—Mi boda no cuenta en comparación —intentó responder con el mismo tono irónico de su padre, pero estaba demasiado alterada para lograrlo.

Gus le sonrió, y la calidez de ese gesto llenó el pecho de Kirsty.

—*Och*, no estoy seguro de que lo diga en serio. —Luego miró a Dougal, que los observaba con atención—. Voy a subir a vestirme como el caballero que soy. Me niego a entregar la mano de mi hija en matrimonio mientras estoy en camisón. —Se detuvo un momento y miró a Kirsty —. Y creo que tú tampoco querrás aceptar la propuesta de este joven vistiendo solo tu camisón, ¿verdad, niña?

Ella se sonrojó de inmediato, un rubor tan intenso como el de Dougal. Bajó la mirada a su propio atuendo, completamente olvidado en medio de la emoción.

—Oh.

—A mí no me importa —dijo Dougal con una sonrisa traviesa.

Gus soltó una carcajada.

—Estoy seguro de que no, muchacho. Pero te tocará esperar en la biblioteca unos minutos, y bajaré cuando esté presentable para el día del Señor.

—Claro que sí. —Dougal sonrió, primero a Gus y luego a Kirsty—. Nos vemos pronto, Gus. Y, Kirsty… nos veremos después.

Ella no podía esperar. Con la felicidad inundando sus venas y tiñendo el mundo de luz, giró sobre sus talones y corrió escaleras arriba hacia su habitación. Iba a sacar su vestido más bonito y arreglarse como era debido para recibir una propuesta de matrimonio del hombre que adoraba.

«Navidad», pensó Kirsty mientras se apresuraba. Realmente, era el día de los regalos.

Capítulo 10

Kirsty esperaba en el salón con los nervios a flor de piel, aunque había anhelado este momento desde que conoció a Dougal Drummond. Eso había sido solo una semana atrás. Desde aquel día, sentía como si hubiera vivido toda una vida.

Cuando bajó las escaleras, al principio se situó junto a la ventana, intentando parecer encantadora y memorable para cuando él entrara. Luego le pareció que era demasiado artificial, así que se sentó en una de las butacas junto al fuego que crepitaba en la chimenea. Al poco rato, el calor le sonrojó la piel, y no quería recibir a Dougal pareciendo un tomate maduro. Se levantó y se colocó frente a un aparador lleno de porcelanas Meissen, pero otra vez sintió que su postura parecía forzada.

Finalmente, se dejó caer en el asiento junto a la ventana, donde se dedicó a doblar los pliegues de su vestido de seda amarilla durante lo que le pareció una eternidad. Sin embargo, al mirar el reloj sobre la repisa de la chimenea, vio que solo llevaba veinte minutos en la habitación.

Por fin, se escuchó un leve golpe en la puerta, y Dougal entró a zancadas. Kirsty se levantó de un salto antes incluso de decidir hacerlo. Toda idea de posar desapareció al instante.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Kirsty, con la voz temblorosa.

Dougal soltó una risa grave mientras cruzaba la estancia para tomar sus manos temblorosas entre las suyas.

—Que soy un cabezota por no haberme dado cuenta de inmediato de que tú eres la mujer para mí y, aún peor, que soy un egoísta por haberte herido los sentimientos.

Kirsty apretó los dedos alrededor de los suyos mientras lo miraba con desazón.

—Oh, cielos, eso no suena bien.

—Tiene razón. Fui horrible contigo —dijo Dougal, con un tono de contrición que conmovió a Kirsty, aunque ella sabía que no era del todo culpa suya.

—Me lo merecía —dijo ella con suavidad.

—No, no lo merecías. Y lo siento desde el fondo de mi corazón por haberte hecho infeliz.

Kirsty intentó sonreír, aunque le costaba.

—Te perdonaré si haces todo lo posible por hacerme feliz a partir de ahora.

Dougal llevó sus manos a los labios y las besó con una intensidad que hizo que el corazón de Kirsty latiera como un ave atrapada.

—Te lo prometo. —Hizo una pausa, mirando sus ojos—. Y se lo he prometido también a tu padre.

La sonrisa de Kirsty se volvió más segura.

—¿Eso le hizo cambiar de opinión sobre permitirte cortejarme?

—*Och*, no necesitaba convencerle en ese aspecto. Me dijo sin rodeos que si no te pedía matrimonio hoy mismo, era el mayor idiota de toda la cristiandad. La reprimenda vino después. —Los ojos de Dougal brillaron con un destello de triunfo—. Está listo para anunciar las amonestaciones, mi amor.

¿Su amor? Todavía no se acostumbraba a esas palabras. Cada vez que la llamaba “mi amor” o “mi querida”, sentía que se derretía como miel al sol.

—Me alegra tanto… —susurró Kirsty.

—A mí también —respondió Dougal.

Con los ojos muy abiertos, Kirsty lo vio arrodillarse frente a ella. Incluso de rodillas, seguía siendo casi tan alto como ella de pie.

—Dougal…

—Sh…, muchacha. Déjame hacer esto como se debe.

Dougal aún sujetaba sus manos y las besó otra vez, enviando una oleada de calor por su brazo y directo a su corazón palpitante.

—Mi querida señorita Macbain…

—Kirsty. Aquí no nos andamos con ceremonias…

—En Askaval. —Dougal terminó la frase junto a ella, y ambos rieron. Kirsty comenzó a sentirse un poco menos tensa.

—Kirsty, te amo con locura, y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. —La profunda voz de Dougal vibraba de emoción sincera—. ¿Me harías el inmenso honor de aceptar ser mi esposa?

¿Cómo podía alguien sobrevivir a tanta dicha?

—Dougal, eso es precioso.

Dougal la miró con tal intensidad que cualquier sombra de duda se desvaneció como la niebla en un día soleado en las Tierras Altas.

—Sería aún más precioso si dijeras que sí, *mo chridhe*.

Kirsty soltó una risa entrecortada, mientras las lágrimas nublaban su vista.

—Sabes que te amo. Fui tuya desde el momento en que te vi. —La última vez que le había confesado su amor, se había sentido culpable y avergonzada. Ahora no. Levantó la barbilla con orgullo—. Me sentiría honrada de ser tu esposa. Así que sí, Dougal, sí por siempre. Me casaré contigo cuando tú quieras.

—Kirsty, me haces el hombre más feliz del mundo… —Su voz se quebró, y se levantó para rodearla con los brazos.

Kirsty, sorprendida, se dio cuenta de que Dougal no estaba tan seguro de ella como debería haber estado. Esa incertidumbre, más que sus bellas palabras, la convenció de que para él esto era realmente un asunto de vida o muerte. No había exagerado cuando llegó esa mañana.

—Oh, Dougal… —suspiró ella mientras se inclinaba hacia él.

Sus brazos se apretaron más a su alrededor, y sus labios encontraron los de ella. Durante un intervalo eterno, Kirsty se abandonó a su pasión. Había creído que su primer beso había sido lo más emocionante que podía experimentar, pero este, ahora que ambos habían declarado su amor, contenía tal emoción que la hizo querer llorar.

Cuando él se separó, vio el reflejo de su propio sentimiento en el rostro conmovido de Dougal.

—*Och*, mi amor…

Pero Kirsty tenía algo más que decir antes de rendirse al deseo que crecía entre ellos. Se apartó lo justo para hablar.

—Nunca, nunca volveré a mentirte. Tienes que creerme, Dougal.

—Déjalo ya, mi preciosa. Te dije que estoy contento de que lo hicieras.

—Eso es difícil de creer.

—Pero es verdad, te lo juro. Cuando pienso que podría haber zarpado hace una semana, habiéndote conocido solo unas horas…

—Y ahora vamos a casarnos. Apenas puedo creerlo.

—*Aye*, créelo, mi amor. —La miró con una expresión de puro deleite—. Esta promete ser una Navidad muy feliz. Y aún mejor, nos esperan muchas Navidades felices por delante.

Kirsty se alzó sobre las puntas de los pies y depositó un beso suave en sus labios.

—Sí, así será, mi valiente Highlander. Pero hasta el día de mi muerte, tú serás el mejor regalo que haya recibido.

No mucho después del amanecer de la mañana siguiente, Kirsty empujó la pesada puerta de roble de la capilla en el bosque, cerca del lugar donde ella y Dougal habían pasado la tarde cortando ramas verdes. Una sonrisa curvó sus labios al recordar las risas de esas horas. Dougal era entonces un extraño, recién llegado a Askaval, pero ya había sentido que él era la otra mitad de su alma. Siempre había sido así, incluso cuando estaba furioso con ella por sus maquinaciones.

No había dormido mucho. En el *ceilidh*, ella y Dougal habían bailado hasta altas horas de la noche, y la felicidad mezclada con la falta de sueño la mantenía en tensión. Los isleños habían recibido su compromiso con el heredero de Bruard con vítores. El *ceilidh* de Navidad siempre era una fiesta animada. Pero ese año, la celebración casi había hecho saltar el techo de Tigh na Mara.

El único aviso de que alguien más estaba en las sombras fue el susurro de un rincón oscuro detrás de ella. Algo grueso y sofocante cayó sobre su cabeza, bloqueándole la visión por completo.

Kirsty dejó escapar un jadeo y abrió la boca para gritar. El párroco vivía cerca, y con suerte la oiría y acudiría en su ayuda.

El grito murió en sus labios. Su cuerpo, que se había tensado para luchar, se relajó al reconocer la alta figura detrás de ella.

—No grites —dijo una voz grave mientras unos brazos fuertes la envolvían con firmeza.

—No necesitas cubrirme la cabeza, Dougal —respondió Kirsty, sin aliento, no tanto por el pesado manto sobre su rostro como por la salvaje emoción que aceleraba su corazón.

—Sabías que era yo. —Él sonó un poco decepcionado.

—Tu capa huele a ti.

—¿Reconoces eso?

—Por supuesto que sí. —Ella se movió en su agarre, intentando acomodarse—. Además, me enviaste una nota diciendo que querías verme aquí antes del desayuno. ¿Qué estás haciendo?

—Te estoy secuestrando.

—¿Qué demonios…? —Kirsty logró liberar un brazo para apartar los pliegues pesados de lana negra que cubrían su rostro. Alzó la cabeza para poder verlo, aunque desde ese ángulo lo único que alcanzó a distinguir fue la masculina y decidida línea de su barbilla.

—En mi familia, es una estrategia probada para conseguir una novia. Funcionó de maravilla para mi primo Callum.

—Ya tienes a tu novia. No necesitas recurrir a medidas extraordinarias.

—*Aye*, pero me gustaría disfrutar de mi victoria en privado. Desde que tuviste la imprudencia de aceptar casarte conmigo, no hemos tenido ni un momento a solas. Tuvimos más privacidad cuando reparábamos el barco.

Por desgracia, era cierto. La alegría de los isleños al recibir la noticia había significado un interminable desfile de felicitaciones y buenos deseos. La feliz pareja había sido el centro de atención toda la noche, sin una sola oportunidad de escapar para disfrutar de una celebración más

íntima de su compromiso.

—Podrías besarme aquí —sugirió ella, girándose para enfrentarlo.

Dougal arqueó las cejas con una exagerada expresión de horror.

—Qué vergüenza, señorita Macbain, estamos en una iglesia.

—A Dios no le importará.

—En ese caso…

El abrazo de Dougal se hizo más firme, y sus labios buscaron los de ella. Kirsty le devolvió el beso con todo el amor que le desbordaba el corazón. Pero pronto llegó el momento en que quiso tocarlo. Cuando intentó liberarse de la capa que la envolvía, él levantó la cabeza.

—Hace demasiado frío para hacer esto aquí. Sujétate bien al aparejo.

Antes de que pudiera protestar, Dougal la levantó en brazos y salió al aire libre.

—Alguien podría vernos —dijo ella, incluso mientras se acurrucaba más cerca de él. En ese helado día de invierno, Dougal era tan cálido como un horno.

—A estas horas del Boxing Day, mi amor, las únicas criaturas que se mueven en todo Askaval somos tú y yo, y quizá ese precioso pony tuyo. Todo el mundo estará profundamente dormido o con resaca.

—Déjame bajar. Puedo caminar. —Aunque había algo tremendamente emocionante en que un hombre grande y fuerte la llevara como si no pesara más que un gatito.

—*Och*, ¿y qué clase de secuestro sería ese?

Kirsty se acurrucó más cerca, inhalando grandes bocanadas de su delicioso aroma. Como le había dicho, conocía ese olor mejor que su propio nombre: sal, jabón de limón y la esencia cálida de Dougal. Era el aroma del paraíso para ella, la prueba de que lo imposible había sucedido. Él había regresado, y se casarían en un par de semanas.

—Me alegra ver que llevas pantalones. Temía que ahora que eres una respetable prometida, decidieras llevar faldas todo el tiempo.

—Bueno, un descarado muchacho me pidió que las llevara. Y odio decepcionar a los descarados muchachos. ¿Me llevas de vuelta a Tigh na Mara?

Dougal soltó un gruñido desdeñoso.

—Kirsty, mi preciosa, no estás escuchándome. Devolverte a salvo a tu padre no sería un secuestro digno de ese nombre.

Kirsty liberó una mano de debajo del manto y la enroscó alrededor de su cuello. Ahora que su sorpresa, aunque no su curiosidad, empezaba a desvanecerse, empezó a notar más detalles. Dougal llevaba un abrigo negro largo y un sombrero de tres picos que debía haber tomado prestado de su padre. Su cabello grueso estaba recogido en una coleta ordenada, aunque ella moría por despeinarlo. Le encantaba verlo con su rica melena castaña cayendo por la espalda.

—Dougal, no necesitas secuestrarme. Iré a donde quieras.

Por primera vez, encontró sus ojos. El calor de ese azul resplandeciente recorrió sus venas y le hizo encoger los dedos de los pies en sus relucientes botas negras. Por el cielo, no parecía un ángel. Parecía un pirata.

—Eso suena muy de esposa, *mo chridhe*.

Ya habían dejado atrás la iglesia, y las botas de Dougal crujían sobre las hojas secas esparcidas por el suelo. Kirsty miró a su alrededor, observando el bosque azotado por el viento.

—No estamos yendo hacia casa.

Aunque, en verdad, desde el momento en que lo vio por primera vez, su hogar estaba donde estuviera Dougal.

—Te dije que no vamos a Tigh na Mara.

—¿Entonces adónde vamos?

Desde abajo, pudo ver que su mandíbula se tensaba.

—A un lugar donde pueda estar seguro de que ni padres amorosos ni isleños entrometidos nos interrumpan. ¿Tienes miedo?

—Aterrorizada —dijo ella, acariciándole la nuca—. ¿Me besarás cuando lleguemos?

—¿Sería un secuestrador digno de su reputación si no lo hiciera?

Ella sonrió, deslizando los dedos por su cuello.

—Siempre has sido un caballero de brillante armadura. Esta nueva faceta de pirata no termina de convencerme.

—No estás entrando en el espíritu adecuado para esto, muchacha —dijo Dougal, lanzándole una mirada de desaprobación por encima de su larga y recta nariz—. Tendré que esforzarme más.

—Eres la caballerosidad personificada.

—Sería una pena, ahora que he renunciado a toda ambición de interpretar a Sir Galahad.

Salieron del bosque y cruzaron la pradera que se extendía sobre la playa.

—¿De verdad? —preguntó Kirsty con una sonrisa.

—*Aye*. Ahora estás en manos de un pirata despiadado.

Ella había tenido un momento, breve pero real, en el que lo había imaginado como un pirata. Pero no duró mucho.

—No necesitas robarme en absoluto.

—No estás presentándome mucho desafío, Kirsty —suspiró él con una decepción teatral que era tan poco convincente como su actuación de corsario. Cuando llegaron a la cima de una colina, Kirsty vio lo que ya esperaba: el *Kestrel* atracado en la playa debajo de ellos—. Salí de Bruard jurando que rescataría a una doncella de una isla y la haría mía. Por las buenas o por las malas, eso es exactamente lo que pienso hacer.

Curiosamente, la mención a la Dulce Ellen no le dolió como lo había hecho antes.

—No necesito que me rescates.

—Eso crees tú. —La acomodó mejor entre sus brazos y descendió la pendiente hacia la pequeña playa.

Kirsty no protestó cuando él la depositó con suavidad en el asiento de la estrecha popa. Tampoco intentó escapar cuando Dougal empujó el barco al agua y saltó dentro. ¿Por qué habría de hacerlo? Estaba exactamente donde quería estar.

El *Kestrel* se balanceó salvajemente cuando él subió a bordo, y ella colocó las manos sobre las bordas para mantener el equilibrio. Ese lado de Askaval solía ser inútil como fondeadero por los vientos predominantes, pero desde la tormenta de Nochebuena, el viento había cambiado de dirección. Los vientos también habían cambiado para ella, prometiendo un rumbo favorable, cuando dos días antes solo había previsto un clima desolador en su vida.

—¿A dónde me llevas?

Dougal izó la vela. Para Kirsty, verlo así era un placer. Era grande, elegante, competente. Se estremeció y se envolvió más en su capa, pero su temblor tenía más que ver con la expectación que con la brisa juguetona. Porque no era la única que ansiaba tiempo para explorar su amor.

Antes de sentarse junto a ella, Dougal se quitó el sombrero y lo guardó bajo el asiento. Luego tomó el timón con una mano mientras controlaba la vela con la otra.

—Ya te lo dije. Quiero estar a solas contigo.

Ella enroscó los dedos alrededor de su musculoso brazo. Incluso a través de varias capas de ropa, sentía el calor radiante de su cuerpo colándose en su piel.

—Papá se preocupará. Quizá deberíamos quedarnos en Askaval para ayudar a limpiar

después del *ceilidh*. Podrías secuestrarme esta tarde, después de cenar.

Dougal frunció el ceño, aunque el brillo en sus ojos hizo que el corazón de Kirsty diera un vuelco como un cordero juguetón en primavera.

—Eres una cautiva muy práctica, muchacha. ¿No estás ni un poco nerviosa?

—¿Debería estarlo?

—Quizá deberías esperar a oír lo que tengo en mente. Cualquier chica sensata estaría fuera de sí, por Dios.

—Soy lo bastante valiente para enfrentarme a lo que sea que planees.

—Lo sé, Kirsty. —Por primera vez en el día, su voz grave dejó de tener un matiz de humor —. También le dije a tu padre que te llevaba a navegar y que no nos esperara hasta esta noche.

Definitivamente Sir Galahad más que pirata, pensó Kirsty, aunque esta vez con un destello travieso en los ojos que no pasó desapercibido.

—Pensará que estamos tramando algo.

—Y puede que tenga razón.

Ella tuvo un momento para procesar esas palabras, y por fin sintió una punzada de inquietud genuina.

—Dougal…

—Hablaremos cuando lleguemos, *mo chridhe*.

Su brillante sonrisa disipó sus temores, aunque no debería haberlo hecho. Nunca había visto a un hombre tan decidido a hacer travesuras.

—Entonces agárrate fuerte mientras te llevo a mi guarida.

—No puedo esperar a que lo hagas.

Kirsty ya tenía una idea de a dónde podrían dirigirse. Un grupo de pequeñas islas fértiles rodeaba Askaval, deshabitadas salvo en verano, cuando los isleños llevaban allí a sus ovejas para aprovechar los pastos ricos. Esas islas eran el secreto del famoso cordero tierno y sabroso de Askaval.

Dougal suspiró con dramatismo.

—Tu cooperación está arruinando la emocionante historia que esperaba contarles a nuestros hijos, *mo chridhe*.

Un torrente de anticipación recorrió su sangre.

—¿Hijos, dices? Eso parece un gran paso desde donde estamos ahora, mi arrogante muchacho.

Esta vez, Dougal le dedicó una sonrisa tan dulce que su corazón dio un vuelco y se convirtió en azúcar. ¿Cómo podía resistirse a él?

—*Aye*, bueno, tenemos mucho de qué hablar y muchos planes que hacer. Pero esperemos a estar en tierra firme y a que no tenga que luchar con una cautiva y un barco en un mar agitado.

—La cautiva no te está dando muchos problemas.

—Yo diría lo contrario. No me has dado más que problemas.

Sin embargo, Dougal no parecía molesto por eso. Kirsty se acomodó junto a él y lo dejó dirigir el barco. En ese momento, no le importaba a dónde la llevara, mientras él estuviera cerca y siguiera llamándola su corazón en suave gaélico.

Cuando el *Kestrel* salió de la pequeña bahía, captó la brisa y cortó las olas como un cuchillo a través de la mantequilla. Pasaron junto a las islas más pequeñas y cercanas antes de virar hacia el embarcadero de la más grande, más alejada en el mar. La Isla de las Focas tenía la cabaña más robusta de ese archipiélago.

Sin sorpresa, Kirsty notó el humo elevándose de la chimenea del cálido refugio.

—¿Cómo sabías de la Isla de las Focas?

—He tenido unas cuantas charlas con los isleños sin que estuvieras rondándome. —Saltó al embarcadero y ató el *Kestrel*. Luego se inclinó hacia ella, con una sonrisa que volvía sus ojos de zafiro—. Venga conmigo, señorita Macbain.

Capítulo 11

Apesar de haber visto el humo desde fuera, Kirsty se sorprendió al encontrar la cabaña preparada con un fuego rugiente, comida y una botella de vino.

—¿De dónde ha salido todo esto? —preguntó.

Dougal cerró la puerta tras él, encerrándolos a ambos en aquel pequeño espacio. Kirsty tragó saliva, inquieta, mientras miraba a su alrededor, notando que la gran cama en la esquina estaba hecha con sábanas mucho más finas de lo que solían usar los isleños. Otro escalofrío de temor, que no era del todo temor, recorrió su cuerpo.

—No eres la única que sabe andar a hurtadillas por Askaval haciendo cosas astutas en mitad de la noche, muchacha —dijo él, quitándose el abrigo y colgándolo en el gancho junto a la puerta.

—¿Todo esto es de Tigh na Mara?

—¿De dónde si no? —respondió, colocándose frente a ella y mirándola con ojos serenos y penetrantes.

Kirsty todavía llevaba la capa que él le había puesto en Saint Ninian. Lentamente, se la quitó y la dejó sobre una silla, sin apartar la mirada de la suya.

En algún punto del trayecto hacia la isla, había tomado una decisión. Este podía ser su único momento privado antes de casarse. Con un compromiso tan breve, pronto ambos quedarían atrapados en un torbellino de preparativos. Ella amaba a este hombre, y este era su momento de demostrarle cuánto.

—¿Me besarás, Dougal? Dijiste que lo harías.

Se quitó la chaqueta y levantó las manos para deshacer la trenza de su cabello. Mientras la observaba, los ojos de Dougal se oscurecieron con un interés carnal que hizo que su corazón se acelerara aún más.

Separó los dedos y los pasó por su espesa melena oscura, liberándola de su confinamiento. Dejando caer su corta chaqueta, dio un paso hacia él.

—Ojalá llevara seda y encaje.

Dougal hizo un gesto desdeñoso.

—No me importa un comino lo que lleves puesto. Eres tú a quien deseo.

Otro estremecimiento voluptuoso recorrió su cuerpo. Kirsty tiró de su sencilla camisa blanca, sacándola de los pantalones.

—Y eres tú a quien yo deseo. Muéstrame lo que sientes.

Dougal retrocedió con una expresión de asombro en el rostro.

—Kirsty, me malinterpretas. No te traje aquí para seducirte.

Ella arqueó las cejas, incrédula. A pesar de su aparente confianza, su corazón latía con fuerza.

—¿Y las sábanas finas?

Dougal suspiró.

—*Aye*, bueno, quizá fue más un deseo que una intención.

—Quizá sea yo quien te seduzca a ti —dijo ella con una risa baja—. Dougal, estás sonrojado.

Él sonrió con ironía.

—*Aye*, lo estoy.

—Caballerosidad, de nuevo.

—*Och*, no, ya te dije que he abandonado la caballerosidad.

—Nunca la abandonarás. —Fue su turno de sonreír con ironía—. Siempre serás mi caballero perfecto.

Dougal pareció incómodo.

—No dirías eso si supieras lo que pasa por mi mente ahora mismo.

—Qué intrigante.

Kirsty se quitó la camisa por la cabeza y la dejó caer al suelo de madera, un lujo en una cabaña de campesinos como aquella. Debajo llevaba un chaleco de lana que preservaba su modestia. Por el momento.

Dougal retrocedió.

—Kirsty, deberías detenerte. Le prometí a tu padre que te devolvería tan pura como estás ahora.

Definitivamente no era un pirata.

—No me siento muy pura.

Él suspiró y levantó una mano para acariciarle el rostro. En el momento en que sus dedos tocaron su mejilla, Kirsty vio cómo su expresión cambiaba.

—Ni yo, mi preciosa muchacha.

—Quiero que me hagas tuya, Dougal —susurró ella, mirándole a los ojos brillantes.

Kirsty observó cómo el honor luchaba contra el deseo en su rostro. Como sabía que debía suceder, el deseo salió victorioso.

—Kirsty, ¿estás segura?

—Sabes —dijo ella en voz baja, como si compartiera un secreto valioso—, que existe una tradición en las Tierras Altas: el *handfasting*. Si te juro mi amor y tú me juras el tuyo, estaremos casados ante todos.

Él levantó la otra mano hasta que sostuvo su rostro entre las palmas. Cuando dio un paso hacia ella, el corazón de Kirsty se estrelló contra sus costillas para luego detenerse con un temblor.

—Te juro mi amor, Kirsty Macbain —dijo Dougal, con una voz profunda y resonante de sentimiento.

La felicidad la inundó, aunque tuvo que parpadear para apartar unas absurdas lágrimas. Puso sus brazos alrededor de él.

—Y yo te juro mi amor, Dougal Drummond. Para siempre.

—*Och, mo chridhe* —murmuró él antes de colocar sus labios sobre los de ella en un beso que confirmó la promesa sagrada que acababan de hacerse.

Kirsty se apartó lo justo para alisarle el cabello despeinado. Amaba la textura de su melena, pesada, sedosa y cálida, como el resto de él. Solo entonces comprendió que él le había dado permiso para tocarle cuanto quisiera. Y, por los cielos, quería hacerlo.

Dougal inclinó la cabeza hacia su caricia, como un gato que busca afecto.

Luego, Dougal se apartó, para disgusto de Kirsty. Pero tomó sus manos y las llevó a sus labios para besarlas con un fervor que combinaba homenaje y seducción. Kirsty no pudo resistirse a esa mezcla embriagadora. Su respiración quedó atrapada en los pulmones, y las

rodillas le flaquearon.

Dougal la miraba como si estuviera contemplando a una diosa. Y cuando la miraba así, ella se sentía como una diosa.

—Mi amor…

Kirsty se estremeció, y Dougal se detuvo.

—¿Qué ocurre?

—Me encanta cuando me llamas así.

El beso suave que él depositó en sus labios se sintió como una adoración.

—Te acostumbrarás.

Ella negó con la cabeza.

—No lo creo.

Dougal volvió a besarla, y todo el anhelo salvaje de Kirsty estalló en un éxtasis incandescente. Ella se hundió en el beso, tan perdida en el universo de sensaciones que fue una sorpresa cuando él la alzó en brazos y la llevó hasta la cama.

Con manos temblorosas, él le quitó el chaleco y luego se deshizo del suyo propio y de la camisa. Las manos ávidas de Kirsty comenzaron a explorar los amplios y musculosos planos de su pecho y hombros.

Los labios y las manos de Dougal estaban por todas partes, haciéndola suspirar y jadear. Cuando inclinó la cabeza para besarle los pechos, ella dejó escapar un grito de asombro. Él atrapó uno de sus pezones entre los labios, y una oleada de deseo la sacudió. Un calor palpitante se encendió entre sus muslos, y se retorció contra la cama buscando alivio de aquel placer tortuoso.

Hubo movimientos confusos, suspiros de deleite y risas entrecortadas mientras él se detenía, después de cubrirla con una lluvia de besos, para quitarle las botas y los pantalones.

Por primera vez en su vida, Kirsty estaba desnuda ante un hombre. Temblaba, sintiendo el aire sobre su piel al descubierto, aunque no hacía frío en la cabaña. Pero cuando la mirada de Dougal se fijó en ella, una ola de calor inundó sus venas. Parte de ello era timidez; el resto, un deseo invencible.

—Dougal…

De nuevo apareció esa dulce sonrisa que le decía cuánto la amaba, y el placer borró su breve vergüenza.

—Eres tan hermosa —murmuró él suavemente.

Se inclinó sobre ella para besarla hasta que no pudo ver con claridad, mucho menos preocuparse por ideas absurdas como la modestia.

Su mano, exploradora, acarició la espalda y el pecho de Dougal, rozando los rizos de un cobrizo intenso que cubrían sus pectorales. Esos rizos descendían por su vientre plano hasta desaparecer bajo la cintura de sus pantalones, que poco hacían por ocultar su excitación.

—¿Puedo… puedo tocarte? —tartamudeó ella, justo cuando él deslizaba los dientes por su cuello. Ese gesto la volvía loca y hacía que hablar fuera casi imposible.

—*Aye*, mi amor. Por favor.

Él tomó su mano, y por primera vez ella notó que también estaba temblando. Dougal presionó su palma contra la parte delantera de sus pantalones. Algo grande, duro y vibrante se hinchaba bajo su toque.

Él dejó escapar un gemido mientras ella lo miraba con los ojos desorbitados.

—Eres… grande.

De su garganta salió una risa ahogada, mientras adelantaba las caderas para que su mano se

moldeara mejor a su virilidad. Incluso a través del fino tejido de ante, Dougal se sentía terriblemente vivo. El pulso entre las piernas de Kirsty se volvió más insistente, estremeciendo todo su cuerpo. Aquella parte de él, que pronto estaría dentro de ella, era la marca definitiva que la convertiría en su mujer. Ya no sería más una virgen, sino la mujer de Dougal Drummond.

Él levantó las manos para soltar el cordón que ataba su cabello. Este cayó sobre sus hombros en una cascada rica y rojiza. El corazón de Kirsty se encogió de anhelo. Era tan hermoso, y ella había estado tan segura de haberlo perdido para siempre. Apenas podía creer que estuviera allí con ella ahora, febril por convertirla en suya.

—¿Tienes miedo? —preguntó él, mientras le acariciaba un pecho con la mano, jugando con la punta tensa de su pezón hasta que ella se removió con impaciencia.

—No… —respondió en un gemido. Volvió a moverse—. Sí.

El corazón de Kirsty jugaba una violenta partida dentro de su pecho. Cerró los ojos con éxtasis mientras él giraba su pezón entre los dedos pulgar e índice.

—¡Maldición, Dougal! ¿Cómo esperas que piense, y mucho menos hable, cuando haces eso?

Él rió suavemente y bajó la cabeza para besarle el otro pecho. El suave roce de su lengua tensó cada músculo de su cuerpo y la hizo presionar la mano contra los pantalones de Dougal. Para su sorpresa, sintió que él se endurecía aún más bajo su toque, cuando ya parecía imposible.

—Estás listo para mí —dijo ella en un suspiro áspero.

—*Aye*.

Él se apartó para bajarse de la cama. Con la mirada aturdida, ella lo observó quitarse las botas y desabrocharse los pantalones. Unos instantes de ternura punzante arañaron su corazón cuando notó que Dougal, normalmente tan seguro, luchaba por controlar sus manos mientras forcejeaba con los botones.

Cuando se irguió desnudo frente a ella, la ternura dio paso a la admiración. Alto, poderoso, perfectamente formado. Su mirada descendió hasta aquella imponente y urgente parte de su anatomía que se alzaba contra su vientre, rodeada por un vello rojizo. Otro escalofrío recorrió a Kirsty, haciéndola temblar.

Tragó saliva para aliviar la abrumadora emoción que le oprimía la garganta, una mezcla de orgullo, anticipación y, sobre todo, un amor tan punzante que la hacía marearse.

—Dougal, eres magnífico.

—Déjate de cosas, muchacha —respondió él con aspereza, mientras sus mejillas se teñían de rosa.

—Te he hecho sonrojar otra vez —dijo ella con deleite.

—*Aye*, lo has hecho.

Kirsty se incorporó, apoyándose en el sencillo cabecero de madera, mientras sus ojos lo devoraban. Qué afortunada, afortunada chica era.

—Eres magnífico, pero estás demasiado lejos.

Ella vio cómo los ojos de Dougal se oscurecían hasta volverse índigo, y su mandíbula se endurecía con una determinación impresionante.

—*Aye*, lo soy.

Acto seguido, él cruzó la distancia entre el suelo y la cama de un solo salto, y la tomó entre sus brazos.

Capítulo 12

Dougal derribó a Kirsty bajo él y la besó con un éxtasis hambriento. Ella le devolvió el beso como si estuviera muriendo de hambre por él. Cuánto la amaba... Nunca había pensado que podría amar a alguien tanto como amaba a la mujer entre sus brazos. La acarició por todo el cuerpo glorioso, explorándola, excitándola, hasta que tembló, jadeó y gritó su nombre.

Pronto se posicionó entre sus muslos. La miró al rostro radiante y se inclinó para besarla de nuevo, prometiéndole el placer que estaba por venir.

—Te amo, Kirsty —susurró.

Notó cómo su expresión cambiaba cada vez que pronunciaba esas simples palabras. La primera vez que se las había dicho, ella había parecido gratificada, pero sorprendida y, en parte, incrédula. Con cada repetición, veía crecer su confianza en él y en la fuerza de su amor. Ahora sus ojos brillaban con tal alegría y confianza que él se sentía un rey.

—Yo también te amo, Dougal.

—¿Estás lista, *mo chridhe*?

Ella tomó su rostro entre las manos y lo atrajo para otro beso.

—Muero de ganas —susurró con una voz ronca vibrante de anhelo.

—Levanta las rodillas —pidió él, acariciando el calor húmedo de su abertura.

Ella se estremeció con una intensidad arrebatadora.

—Haz eso otra vez.

—¿Esto?

—No… —Él la tocó de otra forma, y ella volvió a estremecerse—. Justo… ahí. Tócame ahí.

Dougal acarició la pequeña perla de carne, hasta que ella se retorció bajo su mano.

—No me hagas esperar más. Por favor, por favor…

Su grito ahogado fue todo el estímulo que Dougal necesitó. Avanzó dentro de ella con fuerza. Sintió una estrechez maravillosa mientras ella gritaba y marcaba su espalda con las uñas.

El súbito escozor lo hizo detenerse.

—Kirsty, ¿estás bien? Si te he hecho daño, nunca me lo perdonaré.

Le resultaba difícil mantenerse quieto cuando cada instinto le pedía avanzar y reclamarla como suya para siempre. Pero no era tan difícil como mirar su hermoso rostro y ver dolor donde quería ver rendición extasiada.

—Solo… dame un momento.

Su voz rota lo hizo sentirse como un bárbaro. Cuando ella abrió los ojos, para su consternación, brillaban con lágrimas.

—*Och*, te he hecho llorar. ¿Debería detenerme?

Ella dejó escapar una risa espesa.

—Ni se te ocurra.

Él permaneció inmóvil. El apretado abrazo de sus músculos alrededor de su virilidad era un tormento y un deleite.

—¿Estás segura?

Una sonrisa valerosa iluminó su rostro. Incluso en aquel día oscuro, cuando había decidido que nunca quería volver a verla, siempre había admirado su espíritu.

—Claro que estoy segura, grandísimo tonto.

Para su sorpresa, el insulto lo hizo sonreír.

—No es una forma bonita de hablarle al hombre que amas.

Las manos que se aferraban a sus hombros se aplanaron y comenzaron a acariciarlo.

—No, pero es lo que se merece cuando se comporta como un tonto.

Su sonrisa desapareció.

—Te lastimé.

—Ya no duele.

Dougal la miró con escepticismo.

—Y juraste que nunca volverías a mentirme. Qué vergüenza.

Para su alivio, eso la hizo reír. Esta vez su risa sonó un poco más natural. Aún mejor, algo de la tensión abandonó su cuerpo. Sin darse cuenta, él se deslizó un poco más profundamente en ella.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Cielos, haz eso otra vez.

—Como desee, mi señora.

Con cuidado, Dougal empujó hacia adelante, consciente de cada sensación cambiante: el apretado agarre de ella, los jadeos entrecortados de su respiración, el calor ferviente de sus caricias por su espalda y brazos.

Cuando estuvo dentro de ella por completo, el cuerpo de Kirsty lo recibió. Esta vez, su suspiro transmitió únicamente disfrute. Estaban tan cerca que Dougal sintió que verdaderamente se convertían en uno solo.

—Dougal, esto es maravilloso.

Él se apoyó en sus codos para verla.

—Lo es.

Ella arqueó el cuerpo para besarle los labios.

—No te detengas.

—No quiero volver a lastimarte.

—Creo que ya hemos superado eso. —Peinó con los dedos la maraña despeinada de cabello de él hacia atrás—. Es hora de que nos descubramos el uno al otro.

—*Och*, Kirsty…

La emoción teñía su voz, aunque cuando comenzó a moverse, las demandas de la pasión pronto tomaron el control.

Kirsty se preparó para un nuevo dolor, pero lo único que sintió fue un deslizamiento suave de puro placer. Soltó el aliento que contenía y se movió debajo de Dougal, buscando un nuevo ángulo. Con cada cambio, nuevas sensaciones la asaltaban, llenándola de un asombro desconcertante.

Con un suspiro, se entregó al hombre que amaba. Pronto, una necesidad salvaje comenzó a enroscarse y elevarse dentro de ella, similar a las asombrosas sensaciones que había experimentado cuando él la había acariciado entre las piernas.

Esto era como aquello, pero aún mejor.

Kirsty enroscó las manos alrededor de los hombros de Dougal, sintiendo la poderosa contracción y liberación de músculos y tendones mientras él se movía. El aire estaba impregnado

del aroma del deseo. Dougal siempre olía delicioso, pero este era un aroma más pesado, más terrenal.

Bajo sus manos, la piel de Dougal estaba caliente y tersa. Su respiración escapaba en ráfagas irregulares. Y aún seguía moviéndose dentro de ella, inexorable como la marea. Con cada embestida, esa respuesta en espiral se tensaba más y más.

Instintivamente, ella se inclinó para encontrarse con él, queriendo más, aunque no sabía exactamente qué significaba "más". Dougal dejó escapar un gruñido de agradecimiento.

—Dougal, no te detengas —logró decir con la garganta apretada.

Él no respondió con palabras, pero sus manos temblorosas se aferraron a sus caderas, levantándola hacia él. La presión dentro de ella alcanzó un clímax que rozaba la tortura, antes de que él la llenara con una fuerza profunda e intensa.

Una explosión incandescente recorrió su cuerpo, y ella se vio arrastrada hacia un universo de placer cegador.

Kirsty gritó su nombre con asombro, hundiendo las uñas en su espalda mientras cabalgaba las estremecedoras corrientes de fuego. Mientras su cuerpo seguía temblando con aquella magnífica conflagración, sintió que Dougal se movía con mayor rapidez y desesperación.

Mientras ella aún vibraba con la intensidad de su clímax, lo escuchó gemir. Su cuerpo se sacudió contra el de ella, y un calor líquido la inundó.

Durante un largo rato, Dougal se estremeció en el alivio de su liberación, antes de desplomarse sobre ella, jadeando. Apoyó la cabeza en su hombro y le dio un beso suave en la piel desnuda.

Ese beso era como una declaración de amor.

Dougal la aplastaba contra el colchón, pero a ella no le importó. Todo lo que quería era quedarse cerca de él. Exhausta, aún perdida en las brumas de sensaciones celestiales, pasó los dedos por su melena roja y sedosa.

Demasiado pronto, Dougal se movió y levantó la cabeza para mirarla. Parecía cansado y feliz, y más joven de lo que Kirsty lo había visto nunca.

—Eres magnífica, Kirsty Macbain.

Ella sonrió y le dio un beso fatigado.

—Seguramente, ahora soy Kirsty Drummond.

—*Aye*, lo eres, Kirsty Drummond. Y lo proclamaré al mundo cuando te cases conmigo.

Se inclinó para besarla de nuevo, una conexión breve que, sin embargo, prometía una vida entera de amor esperándolos. Como si compartiera su pensamiento, le dedicó esa sonrisa especial que ella ya consideraba solo suya y dijo:

—Te amo, Kirsty.

Dougal observó cómo Kirsty aceptaba la declaración como algo que le correspondía por derecho. Ya era hora.

—Y yo te amo a ti, Dougal.

Ella colocó una mano sobre su hombro desnudo y lo miró con tal amor que el corazón de Dougal se comprimió en un puño palpitante. Había pensado que entendía el amor cuando había vertido su semilla en ella con un abandono extático. Pero ahora, al ver el alma de Kirsty brillar en sus suaves ojos plateados, comprendió que el amor tenía muchas formas y que solo el tiempo se las revelaría todas. Él y esta mujer maravillosa tenían toda una vida por delante para explorar juntos.

Los labios enrojecidos por los besos se curvaron con el humor familiar y querido. Ella se

movió bajo su cuerpo, y Dougal no pudo evitar pensar en otras exigencias más carnales que probablemente lo ocuparían pronto.

—Si te mueves así, no vamos a hablar mucho —gruñó, empujando las caderas hacia adelante.

Esta vez, sus ojos se abrieron de par en par con asombro.

—¿Podemos?

—Por lo visto, podemos.

Se inclinó para besarla. Probó el cansancio en sus labios, pero también el principio de un renovado interés.

La risa breve de Kirsty vibró a través de él de la forma más intrigante. Dougal rodó hacia un lado, disfrutando del placer del roce mientras sus cuerpos se separaban.

Ella frunció el ceño.

—De verdad necesito encontrar un nombre para lo que tú y yo acabamos de hacer. Cuando ponemos al carnero con las ovejas, lo llamamos monta. Pero eso me parece un poco…

—¿De corral?

Un resoplido divertido escapó de ella.

—Bueno, supongo que transmite la idea básica.

Él apartó con cuidado unos mechones sueltos de cabello negro de su frente.

—Tengo la sensación de que fuimos más allá de lo básico, mi amor.

Cuando ella se incorporó sobre las almohadas, él alcanzó a vislumbrar la curva de uno de sus hermosos pechos blancos antes de que tirara de las mantas para cubrirse. La habitación empezaba a enfriarse. Debería levantarse y avivar el fuego, pero en ese momento no podía obligarse a salir de aquella cama acogedora y del lado de la mujer que lo tenía hechizado.

—No lo sé. Nunca había hecho esto antes.

Dougal se apoyó un poco más alto para poder ver su rostro. Nunca se cansaría de mirarla.

—Yo tampoco.

Un silencio profundo cayó sobre ellos. El único sonido en la cabaña era el crujido del fuego de turba en la chimenea.

Un rubor traicionero tiñó las mejillas de Dougal cuando Kirsty lo miró incrédula.

—Pero… pero sabías qué hacer.

Él pasó una mano temblorosa por su cabello.

—Instinto puro.

—¿Instinto? —Sonó como si no confiara mucho en lo que acababa de oír.

—Y deseo.

Sus labios se curvaron en una sonrisa incierta.

—Pero asumí que habías tenido amantes. Después de todo, eres mucho mayor que yo.

A pesar de sí mismo, eso lo hizo reír.

—No tanto. Solo tengo veinticuatro. ¿Cuántos años tienes tú?

—Diecinueve.

—Parece absurdo que estemos descubriendo estos detalles ahora.

Ella extendió la mano para tomar la de él.

—Ya conocemos las cosas importantes.

—*Aye* —respondió con una voz áspera por la emoción—. O al menos las estamos descubriendo.

—¿Cómo sabías cómo…? —Esta vez fue ella quien se sonrojó—. He escuchado a las mujeres hablar. He oído lo suficiente como para saber que contigo encontré un placer que no

todas las mujeres experimentan cuando se acuestan con un hombre.

Eso fue un gran alivio. Estaba seguro, o casi, de que ella había disfrutado lo que acababan de hacer tanto como él. Y, al parecer, no se había equivocado. Bendito instinto. Al parecer, el instinto podía llevar a un hombre muy lejos. Y no solo el instinto: los hombres también cotilleaban sobre los placeres del lecho, y él había escuchado mucho a lo largo de los años. Algo de eso, al menos, había ayudado a complacer a su amada.

—*Och*, Kirsty, me estás avergonzando.

Ella llevó su mano a sus labios y besó sus nudillos. El contacto tierno lo atravesó como un trueno.

—No, dímelo.

—No sé. Tienes un rostro muy expresivo, y presté atención a lo que te gustaba. Luego, simplemente hice más de eso.

Deslizó un brazo alrededor de ella para que se apoyara en él en lugar de en las almohadas apiladas.

—De hecho, no puedo creer que no adivinara desde aquella primera noche que estabas haciendo lo posible por sabotear mi barco. No eres una mentirosa muy hábil, mi amor.

—No lo hago muy a menudo —respondió ella incómoda, evitando su mirada, aunque él se alegró de notar que no intentaba apartarse de su abrazo—. No creo que haya mentido nunca, hasta que estuve tan desesperada por mantenerte en mi isla. O al menos no sobre algo importante. Cuando era niña, mentí sobre subirme a un árbol peligroso y sobre robar un poco de galletas. No me sirvió de nada. Nadie me creyó jamás.

Dougal dejó escapar un gruñido de diversión.

—No me sorprende.

Al fin, Kirsty lo miró directamente, aunque, para su pesar, volvió al tema de su falta de experiencia como amante.

—¿Pero cómo demonios has escapado de acabar en la cama de alguna muchacha? La primera vez que te vi, te deseé. ¿Acaso no te das cuenta de lo hermoso que eres, Dougal? Eres como un héroe sacado de un cuento.

Después de lo que acababan de hacer, pensó que había perdido la capacidad de sonrojarse, pero los elogios de Kirsty, tan desmesurados, hicieron que su rostro volviera a arder como el sol.

—Anda, muchacha. Los hombres no pueden ser hermosos.

—Tú lo eres, Dougal Drummond. —Su mirada se agudizó—. Las chicas debieron perseguirte. Por el amor de Dios, yo te perseguí.

Su brazo se apretó más alrededor de los hombros de ella.

—Y estoy muy feliz de que me atraparas... o de haberte atrapado yo. No creo que importe mucho.

Vio desaparecer las últimas dudas de Kirsty.

—Me alegro de que lo sientas así.

—Yo también.

Entonces, porque sintió su curiosidad presionándolo, trató de explicarse.

—Soy el hijo del *laird* y el heredero de todas las tierras de los Drummond. Tengo responsabilidades. No puedo andar por los valles de Bruard tumbando muchachas a diestra y siniestra. Eso molestaría a mi familia, por no mencionar a los campesinos. Lo mismo ocurre en Achnasheen, donde soy huésped de mis primos. Y no es solo eso, por Dios. Si muestro demasiado interés por alguna chica local, se emociona con la idea de convertirse en la señora de Bruard. Soy un muchacho de sangre caliente. No voy a decir que nunca me sentí atraído por una

muchacha, pero nunca me gustaron lo suficiente como para convertir a alguna en mi esposa. Eres la única mujer a la que he querido llevar al altar, Kirsty.

Una sonrisa irónica curvó sus labios hacia abajo.

—Yo, y la Bella Ellen.

—*Och* —dijo él en tono despreocupado—. ¿Quién necesita a la Dulce Ellen cuando tengo a la Bella Kirsty?

La diversión chispeó en sus ojos.

—Aun así, he pasado casi toda la semana queriendo arrancarle cada pelo de su hermosa cabeza... si es que existe para que la torture, claro.

Dougal acomodó a su amada más cómodamente contra él y se recostó en el cabecero de la cama. Había algo profundamente satisfactorio en estar acostado en una casa cálida mientras afuera hacía tanto frío. Aún más satisfactorio cuando tenía a la mujer que amaba acurrucada a su lado.

—Si existe, tendrá que esperar a que otro caballero tonto la rescate. Mis días de rescatador han terminado.

Kirsty no sonrió, aunque él esperaba que lo hiciera.

—¿Te importará renunciar a tus sueños de realizar grandes hazañas?

Dougal tomó su barbilla entre los dedos y levantó su rostro para un beso tierno. Encontró esa mirada plateada y luminosa y habló desde las profundidades de su corazón fiel.

—Conquistarte es una gran hazaña. Tengo la sensación de que cuando fijé la vista en esa dama mítica de Innish...

—O de Canna o de Pabbay.

—O de Hyskeir o de Inch Kenneth... o de Groenlandia, para el caso. —No pudo resistir robarle otro beso rápido—. En fin, creo que emprendí mi búsqueda porque era hora de liberarme del hogar y sus restricciones. Amo Bruard y estaré orgulloso de liderar a mi clan cuando llegue el momento, aunque espero que eso no ocurra en muchos años. Amo a mis padres y a mi tribu de hermanos y hermanas. Pero hay una carga tremenda para un muchacho que debe comportarse, actuar como un caballero y dar un buen ejemplo.

Kirsty frotó su mejilla contra el pecho de él.

—Pero tú ya eres un buen ejemplo.

—*Mo chridhe*, no lo estropees. Aquí estoy, pensando en qué salvaje y temerario bribón me he convertido, secuestrando a mi prometida y seduciéndola antes de que pronunciemos nuestros votos ante el ministro. *Aye*, soy un villano de primer nivel.

Ella soltó una risita, y aquel sonido tan tonto y femenino fue tan dulce viniendo de la franca y capaz Kirsty Macbain que Dougal la atrajo para un beso más profundo. Sabía que debía devolverla a su padre mucho antes de la noche. Ya había se había arriesgado suficiente escándalo. Al parecer, no era tan despreocupado como se jactaba.

Pero aún era temprano. Tenían tiempo para explorar más de aquel placer que empezaban a descubrir. Aunque también era dulce quedarse allí, en brazos de su amada, compartiendo confidencias. Aún tenían tanto que aprender el uno del otro. Qué vida los esperaba. Apenas podía esperar.

—Grandísimo tonto —dijo ella, y él no pudo objetar la descripción cuando las palabras resonaron con tanto amor—. Me alegra tanto que hayas decidido que me amas.

—Cuando te conocí, supe que había pasado algo extraordinario. Me llevó demasiado tiempo identificar qué era, sin embargo. Ciertamente te deseé a primera vista.

Ella lo miró sorprendida.

—¿De verdad?

Dougal dejó escapar un gruñido bajo de aprecio nostálgico.

—Te ves mejor con unos pantalones que yo jamás lo haré.

El humor burlón curvó sus labios.

—Yo no diría eso. —Hizo una pausa, y él captó un destello de travesura en sus ojos—. Aunque te ves aún mejor sin ellos.

Su rostro se calentó, pero eso no le impidió besar a la descarada hasta dejarla sin aliento. Dougal tampoco quedó en mejor estado, así que su voz tembló cuando retomó su explicación. Cada vez estaba menos interesado en hablar.

—Todo el tiempo que estuve en Askaval, no pude dejar de pensar en ti. Eres la chica más interesante que he conocido. Pero había prometido rescatar a la Bella Ellen. Me parecía un pecado estar tan preocupado por otra mujer.

—¿Te sigue pareciendo un pecado?

—*Och*, no. El pecado sería dar la espalda al amor de mi vida por perseguir a una dama que no es más que un velo de niebla de las Tierras Altas. He encontrado todo lo que necesito aquí contigo, Kirsty.

Se acomodó para mirarla directamente al rostro. No quería que hubiera malentendidos con lo que iba a decir.

—Te amo y no quiero nada más que hacerte mi esposa. Quiero que seas la madre de mis hijos. Quiero que envejezcamos juntos mientras vemos prosperar tanto Bruard como Askaval. Quiero dedicarte mi vida, *mo chridhe*. ¿Qué te parece?

Mientras hablaba, las lágrimas comenzaron a brillar en los ojos de Kirsty.

—Dougal…

Él frunció el ceño, desconcertado.

—¿Y ahora por qué demonios lloras, muchacha tonta?

Una risa quebrada escapó de ella, incluso mientras una lágrima bajaba por su mejilla sonrosada.

—Porque soy tan feliz, cuando en Nochebuena pensé que nunca volvería a serlo. Porque estoy aquí contigo. Porque lo que acabas de decir fue tan hermoso, y atesoraré tus palabras mientras viva.

Dougal cerró los ojos y tragó el nudo que se le formó en la garganta. Aun así, cuando la miró de nuevo y habló, su voz era áspera.

—*Och*, Kirsty, si sigues así, pronto estaré llorando yo también.

Ella dejó escapar otra risa ahogada.

—Tú no, mi valiente caballero.

—Entonces, ¿qué piensas de mis planes?

Un amor trascendente iluminó su rostro cuando levantó una mano temblorosa para acariciarle la mandíbula.

—¿Qué otra cosa puede decir una muchacha sino «aye, te acompañaré hasta el fin del mundo, mi querido Dougal»?

El corazón de Dougal se inundó con tal felicidad que amenazó con estallar.

—Mi amor, me haces demasiado honor.

La atrajo hacia sí para darle un beso profundo que empezó con una devota dedicación, pero pronto estalló en un calor volcánico.

Su mano se curvó posesivamente alrededor de uno de sus deliciosos pechos, y se movió sobre ella con una intención que no se molestó en ocultar.

—Sí, Dougal —jadeó Kirsty, mientras el cuerpo desnudo de él se acomodaba, pesado y preparado, contra el suyo.

—Sí, Dougal, claro que sí —repitó él con una risa.

Después de eso, ninguno de los dos dijo nada sensato durante mucho tiempo.

Epílogo

Askaval, Día de Navidad, 1729

Al final de otro animado reel, Kirsty Drummond se desplomó riendo en los fuertes brazos de su esposo. A su alrededor, la sala estallaba en charlas animadas y más risas, mientras los violinistas afinaban para la siguiente pieza.

El salón de Tigh na Mara estaba abarrotado de gente que asistía al tradicional *ceilidh* navideño, y los bailarines se habían desbordado hacia el salón y el comedor a ambos lados. Kirsty estaba agradecida de haber supervisado la retirada de la mayoría de los muebles de la planta baja de la casa. También había habilitado la biblioteca como un lugar para que los invitados se sentaran y conversaran, si no tenían ganas de bailar. La última vez que había mirado, estaba vacía, ya que incluso los asistentes menos dispuestos a movimientos enérgicos habían salido a unirse a la diversión.

La casa estaba brillante y alegre, adornada con ramas frescas y decoraciones de cintas, papel de colores y dorado. Kirsty apostaría lo que fuera a que no había ningún lugar en el mundo más festivo que Tigh na Mara aquella noche.

Dougal le sonrió desde su gran altura mientras tomaba su mano y la llevaba a un lado.

—Los de Bruard se han integrado como si hubieran nacido aquí.

Para su primera Navidad como matrimonio, habían invitado a la familia de Dougal a unirse a ellos, lo que explicaba en parte la multitud. Cuatro días antes, sus padres, John y Kate, habían llegado con sus seis hermanos y hermanas y varios parientes Mackinnon de Achnasheen. No quedaba una sola cama libre en la isla.

—Creo que tus padres se están acostumbrando a nuestra manera de hacer las cosas.

Cuando visitaron Askaval por primera vez en enero para la boda de Dougal y Kirsty, los mayores Drummond parecían algo desconcertados por las relaciones tan cercanas entre los campesinos y la familia del *laird*, y aún más por la falta de formalidad en la gran casa. Cuando Kirsty viajó a Bruard unos meses después, entendió por qué.

Al casarse con Dougal, no había comprendido el alcance del poder de la familia a la que se unía. Para empezar, él había crecido en un castillo de verdad, sin mencionar que el jefe del clan Drummond era responsable de cientos de sus parientes.

Su suegro había sido algo intimidante para una novia recién llegada, pero con el tiempo Kirsty había llegado a quererlo tanto como él la quería a ella. La felicidad transparente de Dougal en su nueva vida ayudó a John a aceptar a la joven esposa de su hijo. Su suegra, Kate, sin embargo, la había acogido desde el principio, y ambas se habían convertido rápidamente en grandes amigas.

Dougal soltó una risa baja.

—*Aye*, aquí no somos muy ceremoniosos. Por si no lo habías notado.

Ella se rió ante la referencia velada al día en que él había llegado a la isla.

—Es la manera de los Macbain, mi amor.

Los violinistas comenzaron la introducción de otro *reel*. Al otro lado de la sala, Kirsty observó cómo Gus hacía una reverencia a una tía viuda de los Mackinnon y le ofrecía el brazo. Ah, aquello era interesante. Su padre siempre estaba en su elemento durante la fiesta de Navidad, y lucía feliz y orgulloso mientras conducía a la dama hacia la pista.

Gus había estado encantado cuando Dougal se casó con Kirsty, y las idas y venidas entre las familias durante el último año le habían proporcionado un buen número de nuevas amistades. Ella sabía que había estado solo desde la muerte de su madre. Solo al ver cómo se animaba su espíritu con nueva compañía se dio cuenta de cuán solo había estado realmente.

Dougal deslizó su brazo alrededor de su cintura.

—Parece que a tu padre le gusta la tía Ada.

No le sorprendía que él adivinara sus pensamientos. La afinidad que habían sentido desde el principio había crecido hasta alcanzar un nivel casi sobrenatural desde que se casaron.

—*Aye*. Es la tercera vez que baila con ella.

—Creo que ella también le gusta.

Kirsty levantó la vista hacia su apuesto marido, elegante con su kilt formal en verde y amarillo de los Drummond y su chaqueta de terciopelo negro con botones de plata. Su rica cabellera roja estaba recogida en una coleta. Un año de matrimonio había añadido madurez a sus rasgos, pero su belleza masculina seguía siendo tan poderosa como para hacerle temblar las rodillas.

—¿Puedo tentar a mi hermosa esposa con otro baile? —Esa sonrisa brillante aún podía hacerla sentir mareada.

Aunque, quizás, esta noche el mareo no se debía únicamente a lo loca que estaba por el hombre con el que se había casado.

—Más tarde. —Ya casi era medianoche, pero el *ceilidh* de Navidad siempre continuaba hasta el amanecer—. Salgamos. Tengo ganas de besar a mi dueño y señor bajo las estrellas.

Una ceja pelirroja se arqueó inquisitivamente en su dirección.

—Dueño y señor, ¿eh?

Ella batió las pestañas en un gesto coqueto.

—Por supuesto.

Su risa calentó la sangre de Kirsty. Porque aquel año juntos no había sido del todo un mar en calma. Con dos personas tan obstinadas unidas en matrimonio, habían tenido algunas batallas de voluntades mientras definían cómo querían vivir. Hasta ahora, los resultados estaban equilibrados y, por Dios, Kirsty adoraba cómo se reconciliaban tras una discusión. Aquello siempre era increíblemente emocionante.

—No puedo llevarme a la muchacha más bonita de la fiesta lejos de sus admiradores.

—Oh, Dougal, no me adules.

—Es cierto. ¿Te he dicho lo bien que te queda ese vestido?

—Lo has dicho, pero puedes repetírmelo.

El vestido de seda púrpura con encajes de Bruselas era uno de los extravagantes trajes que había comprado en París durante su viaje de bodas. Gus no era el único cuyos horizontes se habían ampliado ese último año. Cuando conoció a Dougal, Kirsty no había ido más lejos que Edimburgo. Ahora había visitado Londres y Francia, lugares que le habían encantado, aunque pensaba en secreto que no eran nada comparados con su hermosa isla.

—Pero luego, querida, luces maravillosa con todo lo que llevas. Incluso con pantalones.

—Volveré a ponérmelos cuando tus padres regresen a Bruard. Ellos creen que te casaste con

una dama civilizada y no con una descarada escandalosa.

Él besó su alborotado cabello negro, recogido en una masa de rizos sobre su coronilla. Al comienzo de la noche, el estilo había sido la cima de la sofisticación, pero el enérgico baile había descolocado algunos de los pasadores.

—Amo a mi descarada escandalosa.

—Y yo amo a mi caballero galante —dijo ella suavemente, mirándolo a los ojos azul brillante.

La música comenzó de nuevo.

—¿Estás segura de que no quieres unirte al baile?

—Al próximo. Escapémonos ahora, mientras nadie nos presta atención.

—Muy bien. —Su sonrisa se volvió pícara—. Nunca digo que no a un beso en la oscuridad.

Ella dejó escapar una carcajada.

—Nunca dices que no a un beso en ningún lugar. Ni a lo demás.

Para su deleite, Dougal se sonrojó. Su piel clara aún lo traicionaba.

—Sabes que tengo un hambre terrible por la testaruda que desposé.

—Y yo sé que la testaruda no lo tendría de otra forma.

—Aquí hay demasiada gente.

Ese gruñido bajo siempre hacía vibrar sus huesos con emoción.

—Por eso quiero salir.

—¿Por qué no lo dijiste antes, muchacha tonta?

Ella le lanzó una mirada de reojo que sugería que sus bromas no la habían encantado, aunque lo hicieran.

—¿Nos vamos?

Se había equivocado al pensar que nadie se fijaría en ellos. Les llevó mucho más tiempo del que había planeado salir del salón. Había demasiadas personas que querían hablar con ellos, desearles felices fiestas y elogiar lo hermosa que estaba resultando la velada. Cuando Kirsty finalmente logró sacar a Dougal por la puerta principal y adentrarse en la fría noche despejada, los relojes estaban dando la hora.

—Sí, por todos los cielos —murmuró ella, tomándolo de la mano y arrastrándolo por los escalones hasta el camino de grava.

Apretó el chal que había tomado del vestíbulo alrededor de sus hombros. A sus espaldas, aún se escuchaban risas, conversaciones y música. Sobre ella, las gloriosas estrellas titilaban con intensidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, guiándola hacia los desnudos olmos que bordeaban el camino y que los ocultarían de miradas curiosas.

—Tenía el capricho de besarte justo al dar la medianoche.

Su suave risa derritió su momentáneo enojo.

—*Och*, ¿a quién le importa la hora, *mo chridhe*? Ven y bésame de todas formas.

Ella se apoyó contra él mientras Dougal la rodeaba con sus brazos y la besaba con una ternura que la hizo sentir la mujer más amada de toda Escocia. Con un suspiro de placer, Kirsty respondió al beso con toda la adoración y gratitud que llevaba en el corazón.

Cuando el beso empezó a tornarse más intenso, ella se apartó a regañadientes.

—Espera, Dougal.

—No me hagas esto, Kirsty —gimió él—. Hace un frío de mil demonios aquí afuera, y lo único que me mantiene caliente es tenerte entre mis brazos.

Era cierto, hacía frío. Demasiado como para quedarse mucho tiempo, pero Kirsty había

estado desesperada por tener un momento de intimidad que dentro de la casa no era posible.

—No te haré esperar mucho, mi amor, pero tengo algo importante que decirte.

A la luz que emanaba de la casa, ella vio el destello de sus dientes blancos y rectos al sonreír. Sus manos se asentaron con suavidad en su cintura.

—¿Este año quieres ir a Viena y Roma?

—No.

—¿De vuelta a París?

Negó con la cabeza, disfrutando de la broma, aunque consciente de que el clima no era ideal para prolongadas discusiones al aire libre.

—No, este año nos quedaremos cerca de casa.

Él frunció el ceño, intrigado.

—¿Por qué, amor mío? ¿Te has cansado ya de recorrer el mundo?

—En absoluto —respondió ella, mirando aquel rostro extraordinario—. Pero tenemos una buena razón para no alejarnos demasiado. Al menos hasta junio o julio.

—¿Junio o julio? —repitió él, y ella notó el preciso momento en que comprendió lo que estaba diciendo. Incluso con la luz tenue, vio cómo el deleite transformaba su expresión—. ¿Un bebé? ¿Vamos a tener un bebé, mi amor?

Kirsty colocó una mano sobre su vientre aún plano.

—*Aye*, en verano.

La mano que Dougal posó sobre la suya temblaba. Tenía la sensación de que su hijo ya podía sentir el inmenso amor de sus padres.

—Un hijo o una hija.

Ella soltó una risa entrecortada.

—Esas suelen ser las opciones.

La mano de Dougal se tensó sobre la de ella.

—*Och*, Kirsty, estoy tan feliz...

—Yo también —respondió ella, mientras él la atraía para besarla de nuevo. Cuando por fin levantó la cabeza, Dougal dejó escapar una risa ronca—. ¿Acaso hay mejores noticias que un hombre pueda recibir?

—Feliz Navidad, Dougal —susurró ella.

Él suspiró.

—Estás llorando, ¿verdad?

Kirsty levantó las manos para secar las tontas lágrimas sentimentales que le escurrían por las mejillas.

—Sabes que siempre lloro cuando soy feliz.

—*Och*, lo sé —dijo él. Kirsty notó que intentaba parecer tolerante y resignado, pero el peso de su amor llenaba cada palabra, haciéndolo sonar más como un hombre satisfecho con el rumbo que había tomado su vida—. Si de mí dependiera, los próximos cincuenta años van a ser muy húmedos, eso te lo aseguro.

Ella soltó una risita quebrada.

—Eso espero, mi maravilloso esposo. Eso espero.

Mientras la música vibrante del *ceilidh* resonaba desde Tigh na Mara y las estrellas brillaban sobre Askaval, Dougal tomó a Kirsty en sus brazos una vez más. Su apasionado beso fue una promesa muda de alegría y amor para todos los días que compartirían juntos.

Sobre la autora



Anna Campbell es una autora de romance histórico australiana, cuyas novelas han recibido numerosos galardones, como el Ella, (Australian Romantic Novella of the Year Award), concedido por The Australian Romance Readers Association, además de muchos otros premios y nominaciones. Como autora independiente, ha publicado más de treinta novelas superventas. Sus libros han sido traducidos a más de veinte idiomas. Cuando no está viajando por el mundo en busca de inspiración para sus historias, vive cerca del mar en la hermosa costa este de Australia. A Anna le encanta recibir noticias de sus lectores. Puedes contactar con ella en:

www.annacampbell.com
www.facebook.com/AnnaCampbellFans
twitter.com/AnnaCampbelloz
contacto@coraliapress.com

Créditos

Edición digital: noviembre de 2024
© 2024, Anna Campbell
© 2024, de la traducción, Rosa María Calvo Luque
© 2024, Coralia Press
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Gracias por comprar este libro y respetar las leyes del copyright. https://coraliapress.com/

Sinopsis

¡Kirsty ha encontrado al hombre ideal, pero él no tiene planes de quedarse con ella en su isla!

Escocia, 1725. Kirsty Macbain se enamora perdidamente de Dougal Drummond en cuanto lo ve. El apuesto highlander ha llegado por accidente a la isla de Askaval, propiedad del padre de Kirsty, tras una tormenta fortuita ocurrida unos días antes de Navidad. Sin embargo, Dougal tiene claro que su estancia es temporal y que, una vez reparado su barco, retomará su camino. Sus brillantes ojos azules están enfocados en aventuras heroicas y en un horizonte lejano, y ninguna *lassie*, por muy bonita e inteligente que sea, lo va a amarrar en dique seco.

¡Quizá sea hora de recurrir a un poco de sabotaje!

Mientras su barco esté fuera de servicio, Dougal se verá obligado a permanecer en la isla, y Kirsty está convencida de que, si logra retenerlo en Askaval el tiempo suficiente, él se dará cuenta de lo perfectos que son el uno para el otro.

Para lograrlo, además de sus armas femeninas, decide emplear otras igual o más contundentes. ¡Quién podría imaginar que un taladro y un martillo van a ser sus mejores aliados!

Pero, si Dougal descubre sus maquinaciones nocturnas, **¿el orgulloso highlander le hará pagar un elevado precio, o le entregará su corazón para siempre, como el mejor regalo de esta disparatada Navidad?**

Índice

Cómo atrapar a un Highlander por Navidad
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo
Sobre la autora
Créditos
Sinopsis

---

[1] «Sí», en gaélico escocés.

[2] Trozo de tela de tartán, tradicionalmente plegado y envuelto alrededor de la cintura, usado como vestimenta masculina en Escocia.

[3] Espíritus del folklore gaélico que anuncia la muerte en una casa.

[4] Gachas de avena, tradicionales en Escocia.

[5] Festejo con danza tradicional en Irlanda y Escocia.

[6] En gaélico escocés: «Mi corazón».